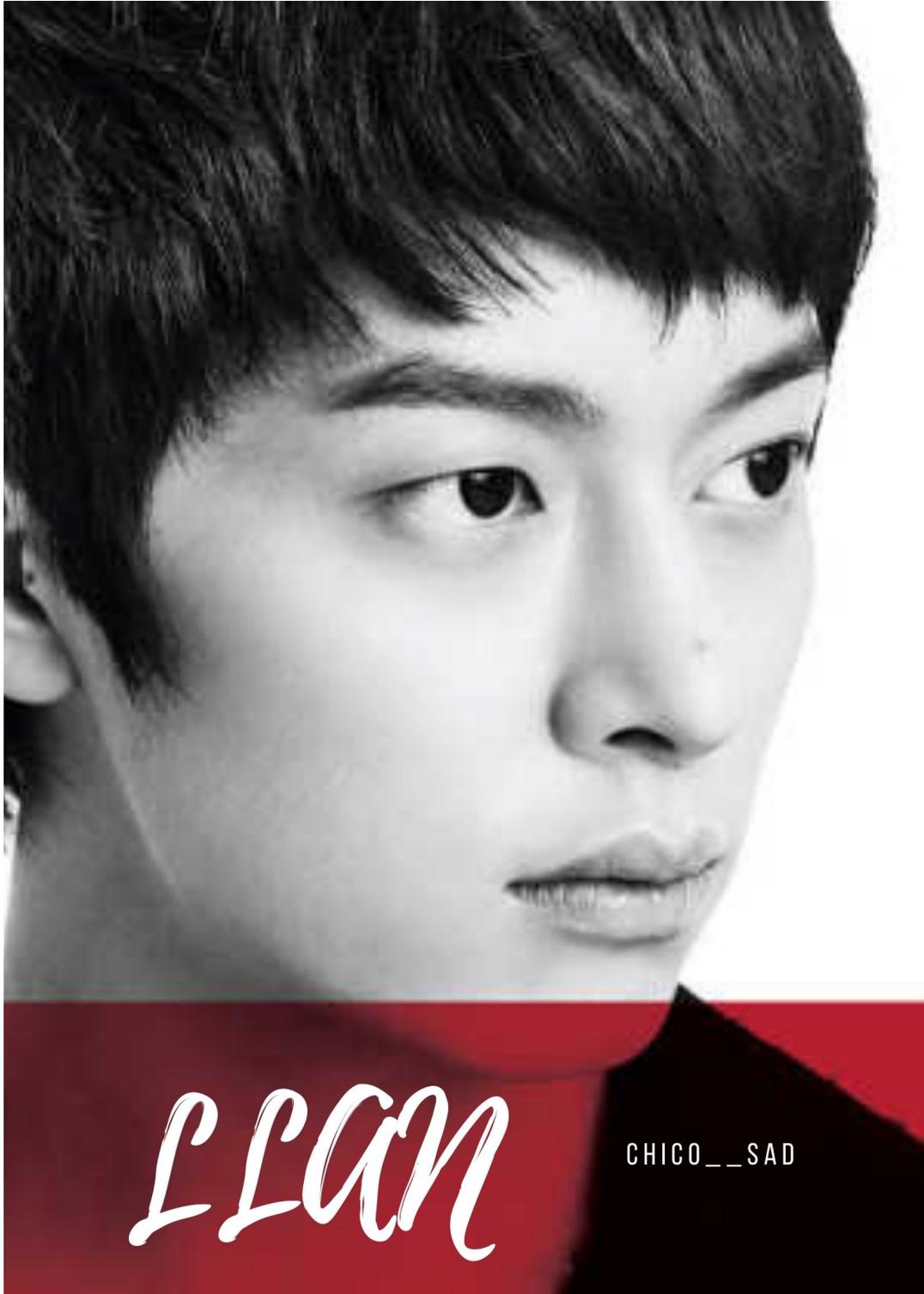


Algo más que negro

chico sadsadsad



Capítulo 1

Capítulo I: Comienzo:

“Como el anticristo, sus alas se perdieron en un profundo negro azabache, se colapsaron y cayeron, dejando así de birlar. En sus pupilas se reflejó la peor de todas las expresiones, sí; él ya no era nada, tan solo un sucio y podrido humano a quien denominaron ‘Nick’. Su corto y peli-oscuro cabello caía en cascada cubriendo sus cejas lisas y oscuras. Sus ojos pálidos y marrones reflejaron un temor absorto. Con su traje negro se sacudió las mangas y con paso firme se dirigió a la lápida; allí; donde estaban inscritas sus iniciales, [□ □ □] = [Bong-Min-San] al observarlas con detenimiento quedó sorprendido, después, pensó para sus adentros t comprendió que él estaba vivo, más vivo que nunca. Agarró su makuto y se dirigió al hostel más cercano, allí, pidió un vaso de burbon; se lo bebió de un trago y salió a la calle. Del bolsillo de su traje sacó un mechero con inscripciones en un idioma desconocido, lo encendió a la par que sacaba el cigarro. Al fumar el cigarro miró hacia la luna viva y llena por sus colores blancos. Guardó su mechero en el bolsillo de su traje y mantuvo la calma en todo momento, sentado en la acera sonrió de oreja a oreja”.

Una chica que pasaba justo al lado lo miró; el sonriente le dijo:

__¿puedes ayudarme nena?

(Intentó hablar el horrible idioma de los humanos) *Inglés*

Comienza a hablar en inglés

La chica se rió y aceptó sin contemplaciones. Sus ojos normales decían más de lo que nunca nadie había dicho jamás. Sus labios dulces pero pequeños callaban y esbozaban "eternamente " una pequeña mueca.

La chica dijo: __¿Where is your name? (¿Cómo te llamas?)

__ my name is Nick. And I’m from Paris *se inventa su procedencia.*

Las manos de ella agarraron mis hombros.

No parecía estar muy borracha, pero desprendía un fuerte olor en alcohol.

Ella: ___ Soy Nicole y soy de Londres, nice to meet you. (Sus encantos hacían de esta una dama atractiva y eso a Nick le gustaba.)

___ Si no es mucha molestia, ¿Podría venir conmigo?

La chica le siguió (Posiblemente causado por su borrachera.) hasta donde el mismo había aparecido. Allí el detalladamente le explicó lo sucedido. La chica incrédula le siguió la corriente pensando que así podría acabar cuanto antes.

___ Tu sabes... es posible que no me creas pero; acabo de caer del cielo.

___ Entonces... caíste del cielo, ¿no? ¿No será que te diste un golpe en la cabeza y ahora estás delirando?

___ ¿Crees que miento? Si me crees o no, eso me da lo mismo, lo único que quiero es saberlo, Por qué parece que nadie lo vio.

___ vamos a hacerlo, vamos a dar por sentado que es cierto, pero no importa. En caso de que realmente cayeras del cielo, ¿qué crees que pasaría?

___ No lo sé, pero supongo que sería importante.

___ ¿Y no ves lógico que si te caes del cielo mueres y todas tus tripas se convierten en un batido de carne asqueroso y pegajoso?

___ No, además no me he aplastado por qué... po-por qué...

___ por qué... (?)

___ por qué tenía alas!!!

___ ¿Me estás diciendo que eras un ángel y que caíste del cielo?

___ Algo así.

___ ¡vamos, no me jodas! Esto no es una película hecha por Hollywood.

__ vamos a ver... Son 12:39 de la noche. *Me quedé mirando al cielo y le dije sin preámbulos*: Tu nombre es Nicole Schaffer, eres de Sirley , tu calle es el 'bulevar de la discordia', tienes o tuviste un "Cocker Spaniel", fuiste al Rapsody High School y posiblemente trabajes en una farmacia.

(Ella se sorprendió tanto que solo un: ¡Coño! ¡Qué bien me conoces!)
Deja de hablar en inglés y pasa al español

Mi cara se iluminó El cigarro que conservaba en la boca se me calló a causa de mi asombro.

__ ¡Oh mierda! ¡Mira lo que has hecho! ¿Y encima me hablas en español?

__ Sé Español, mi padre nació en Madrid y mi madre en Londres.

__ ¡Gracias Sherlock por decirme lo que ya está confirmado! *Dije en tono sarcástico*

(Recogí mi cigarro)

__ Podías, podías haber empezado por ahí, mi inglés no es muy allá; y; si encima le sumamos el esfuerzo pues...

__ ¿Y por qué sabes español si el inglés es la lengua más usada y hablada del mundo?

__ ¿Por qué? Te responderé con otra pregunta ¿Por qué Roma calló?

__ ¿Por corrupción?

__ Exacto, por corrupción.

__ ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

__ En esta lápida pone... Sir "Juno Klaus Pennynton", 1936-2009. Qué raro..

__ ¿Por qué?

__ Nada más caer del cielo y levantarme, miré esa misma lápida y ponía mi nombre.

__ ¿Tú nombre?

__ Sí, mi nombre.. yo.. yo... está bien, ciñámonos a lo que sabemos, aquí

pone Sir Juno-Klaus Pennynton 1936-2009.

__¿Y quién ese tal Pennynton?

__¿Y a mí me lo dices? Por dios, ni le conozco siquiera.

__Pero caíste justamente cerca de esta lápida, ¿no? Eso debería darnos una pista.

__Sí, ¿y eso qué?

__¿Y si a lo mejor es uno de tus antepasados?

__¿Pero acaso soy Londinense? ¿No ves que tengo rasgos Asiáticos?

__Me refería que pudo ser tu antepasado en otra vida.

__A ver empezado por ahí, por esa regla de 3 tú pudiste ser un indio, pero eres de Londres y no de los estados unidos de América.

La cara de la chica empezó a despertar enfado

__Vamos, ¡Follow me!

Capítulo 2

¿Por qué caí del cielo?:

Hasta el momento nadie ha podido prever el futuro, y los que han creído hacerlo sólo han terminado siendo unos farsantes. Por otro lado, ningún ser humano debería pegar una paliza a alguien por placer o antojo. A saber cómo está el panorama en Londres, pero en el lugar dónde yo vivía era más común que nunca que matones típicos de escuela se metieran con el más débil. Como era de esperar, las personas se cruzaban de brazos por temor a que la pelota se la pasaran a ellas, ateniéndose a jugar a sabiendas de que recibirían golpes y moretones. Estaba en un parque, sentado, pensativo y con un cigarro en la boca. El día se había tornado soleado, calentando exageradamente mi nuca, y para no variar, un poco expectante en sí; quise hundirme en mis más oscuros pensamientos. Algo me rondaba por la cabeza: "¿por qué yo, por qué no otro, tenía que ser yo?". Esos eran los tres porqués sin respuestas que rondaban dentro de mí. Realmente después de lo de ayer no creí que sobreviviera. Ella me dio su teléfono y eso hizo que pudiera considerar una segunda oportunidad, pues de no ser por ello, me vendría obligado a actuar de mendigo eternamente, lo cual desde mi punto de vista significaba la muerte. La joven me dijo que la llamase si necesitaba ayuda, pero...¿los ángeles acuden a dicha opción realmente? Sí y no. Un ángel promedio no la necesita, a menos que haya perdido sus alas, ahí sí que cambiaría la cosa porque habrá perdido todo su poder, ya que la fuente del mismo reside en ellas, entonces si se las quitas, ya pasa a ser otro pútrido humano más. No obstante, a pesar de esa carencia, puede conservar algo de lo que le otorga fuerzas, mas eso pocos lo tienen. En mi caso jamás lo probé porque me encontraba tan abatido a la par que agotado que ya me daba igual. Estaría condenado a deambular por el resto de mi vida en este mundo purulento salvo que resolviese el misterio del por qué me habían traído aquí.

Algo me sacó de mis profundos sueños: un perro. No tenía collar, parecía abandonado y su condición física no es que fuese muy agradable; le acaricié aquellas orejitas felices. Los perros siempre han sido los mejores amigos de los humanos, o eso decían. Como era natural, el peludo buscaba comida. Lo último que recordaba era verme cayendo del cielo a punto de ser aplastado contra el mismo suelo. No tenía teléfono, tampoco dinero y ni siquiera alimento. ¿Entonces? ¿Cómo se supone que llamaría a Nicole?

Por unos instantes creí divisar una figura masculina, y así fue en cuestión de segundos. Estuve un rato con el chucho esperando a que aquel extraño diera señales de disponibilidad. Mientras tanto le hacía muecas, rascaba su barriguita e incluso traté de ponerle un nombre causado por el aburrimiento.

—Veamos... s... sa... sa... ¡Eso es! ¡Sabueso! Porque eres un chico, ¿cierto?

Lo cogí en brazos un momento y me di cuenta de que era una hembra.

—¡Oh, mierda, hoy no me sale nada bien! A ver... so... so... so... ¡Sombra! Te llamarás Sombra.

Al estar en territorio inglés decidí ponerle Shadow, aunque a la perra le importaba un pimiento, ya que dio un ladrido de alegría.

—Decidido, pequeña. A partir de ahora vendrás conmigo.

Aquel fue el momento decisivo donde elegí adoptarla.

Me acerqué a aquella persona que divisé a lo lejos. Le pedí amablemente al hombre que me prestase su móvil, y sí, sé lo que son los buenos modales, pero en un caso así no quedaba otra que sacar mi parte más sencilla.

—¡Eh, colega, déjame un momento tu teléfono! —alcé un poco la voz comentándole a posteriori que era algo importante y que después de esto no nos volveríamos a ver en la vida.

Curiosamente el tipo aceptó. La llamé. Esperé unos ocho segundos hasta que por suerte lo cogió.

—¿Sí? —preguntó ella.

—It's me, Nick, necesito tu ayuda. Estoy en el parque. Sí, el de las tres cabezas. ¿Cómo? Espera, espera, espera, ¿cómo es eso de que no sabes dónde ando? ¡Ah, vale, vale, entonces nos vemos ahora! —contesté animado.

—No te muevas de ahí, por favor —rogó.

—¡Entendido, señora! —exclamé

—De acuerdo, coronel. Hasta luego.

Agradecí de corazón que aquel señor me echara un cable dejándome su teléfono. Teniendo en cuenta que lo que hice no es muy normal, todo esfuerzo debía ser valorado por mínimo que fuera.

—Thanks, man. Now delete this number and I'll disappear like a thunder.

—You are very rare.

—I'm just one more asian guy.

—Yes, I see...

—Bye, sir.

—Goodbye, boy.

Me puse en cuclillas y acaricié el lomo de la perra. Ella me miraba con curiosidad.

—¡Bien, pequeña Shadow, es la hora del show! —dije entusiasmado.

Esperábamos a Nicole dando vueltas en el mismo sitio, aunque la paciencia se estuviese agotando.

—No te preocupes, ya queda poco para que venga nuestra amiga
—intenté tranquilizarla hablándole como si fuese un bebé.

Pasaban las horas y por un momento creí que no aparecería. Estaba a punto de dormirme en un banco que crujía más que los escalones de madera de una casa abandonada. De repente escuché a lo lejos esa voz conocida.

—iiiHOLA!!! —gritó para que su presencia se notase.

El sobresalto provocó que abriera los ojos de golpe. Ni los platos de porcelana eran tan redondos y brillantes como los míos en esos instantes.

—Ho-ho-ho-hola —la saludé tartamudeando.

Su pelo rubio a la altura de los hombros, el olor de aquel perfume y una dosis comedida de maquillaje inundaron mi mente. No es que nunca

hubiera visto a una chica, pero es que hay bellezas portadoras de imposibles en los peldaños de esa pureza. Al verla tan arreglada y peinada, quedé ligeramente embobado.

—¿Vas a alguna cita después de ayudarme?

—No, ¿por qué?

—Vas muy arreglada —puntualicé sorprendido.

—Las chicas suelen arreglarse.

—Ayer no estabas así.

—Era domingo —aclaró.

—Ya, ¿y?

—No me suelo maquillar el último día de la semana.

—¿Eh?

—Como oyes. Venga, ¿qué necesitas?

—Lo primero es darle de comer a la pobre muerta de hambre.

—¿Y esta chucha?

—No es una chucha, se llama Shadow.

—¿La has recogido de la calle o ha sido al revés? —pretendió hacer un comentario jocoso, ya que de divertido no tenía nada.

—Ja, ja, muy graciosa, "doña odio a los animales" —respondí con el mismo tonito burlón.

—¡Eh, no he dicho que lo sea! Iremos, pero me lo debes, ¿eh?

—Sí, sí —contesté esquivando la mirada y un poco molesto.

—Lo primero es lo primero. Ahora conocerás a mi mascota de cuatro ruedas.

Sostuve a la perrita entre mis brazos y cruzamos la calle. Dimos varios rodeos hasta girar a la derecha. Después de eso, mis ojos no terminaban de asimilar aquel flamante coche de fábrica que tenía delante de nuestras

narices.

—¿Un Benz?

—Puede. ¿Listo?

Abrió la puerta con su mando y entré sin mayor dificultad. Nicole hizo un gesto con la mano invitando a Shadow a acomodarse en la parte trasera del vehículo; yo me quedé dentro como copiloto.

—¿Realmente me estás ayudando? —dudé.

—¿Acaso no lo ves?

—¿Por qué?

—Porque siempre me han enseñado a no ser descortés con la gente. Además, creo recordar que recibí tu llamada para sacarme de mi hermoso descanso "vacacional".

—¿Paro?

—Si lo quieres llamar así...

—¿Tus padres están desempleados?

—Soy yo, idiota. ¡Por el amor de todos los santos, ni siquiera se te da bien escuchar!

—¡Vaya! —solté un ligero silbido de alivio.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —sonsacó mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde.

—Supongo que me alegro.

—¿Te alegras de que esté sin trabajo?

—No, sino de tomar en cuenta tu ayuda, es decir, que tendremos bastante tiempo para descubrir qué pinto aquí.

La incomodidad de la situación fue interrumpida cuando la luz roja parpadeó durante los últimos tres segundos.

—FUCK OFF!! —chilló al conductor de un Opel Corsa gris que tocó la pita nada más cambiar de color.

—Me dijiste que te habían enseñado a no ser descortés con la gente. ¿Lo de ahora qué ha sido, un piropo camionero? —insinué.

—Ese tío es un gilipollas. Lo normal es esperar unos cuatro segundos para que el vehículo de delante pueda acelerar con el tiempo suficiente.

—Con sacar la mano era suficiente, Nicole.

—Cierto, debí haber hecho un corte de mangas. ¡Qué tonta soy!

Resoplé porque no soportaba esa actitud de niña caprichosa, burlándose de cualquier rectificación como si el mundo le debiera hasta el aire que respira. Será muy guapa y todo lo que quiera, pero con un temperamento así no conseguirá nada en la vida.

Mi atención se enfocó en los paisajes borrados por la velocidad. El clima imitaba un comportamiento pueril y despreocupado, ya que no te podías fiar de él. Si salía el sol, no por fuerza significaba que el día estuviera como para tumbarse en la arena de una playa famosa, sin embargo, cuando el viento jugaba a ser el peluquero de todos los ciudadanos, la gran mayoría de ellos llevaban casi siempre un gorro, es decir, se preparaban para el buen frío. La imaginación permanecía activa hasta que la contestona dejó de conducir.

—¿Por qué paramos?

—Necesitamos comida de perro.

—¿Vas a comprar granulado para Shadow?

—No sólo para ella, también para Buddy.

—¿Tienes otro perro?

—Pues claro. Max fue el cocker spaniel que tuvieron que sacrificar mis padres por la enfermedad. La parte buena es que al menos murió a los catorce otoños y no siendo un cachorro; hubiera sido una pesadilla con el cariño que le cogimos.

—Lo siento...

—Déjalo, así es la vida. Para empatizar no hace falta sentirse culpable por una acción que ni llevaste a cabo. Sólo decimos "lo siento" cuando alguien la ha cagado en algo y tú no lo has hecho, ¿entendido? Estás exento de

culpa.

Asentí desde el silencio de mi pensamiento.

—Go?

—Go!

Cerré la puerta al salir, dejamos a Shadow en el coche y entramos a ese abarrotado lugar. Una vez dentro, me puse a mirar muchísimos productos del supermercado que resultaban extremadamente caros. El “market” era amplio, luminoso y con una gran variedad de precios. Lo primero que pudimos ver fue la sección de zumos. No creo que hacer publicidad de un producto sea malo, pero hay límites, y esas caras de felicidad forzada en una imagen familiar daban muy mal rollo. Si seguíamos más adelante, nos encontrábamos en la zona de congelados, embutidos, quesos, yogures e incluso carnes y pescados; vamos, parecía un todo en uno. Esperaba una mejor organización, aunque tampoco íbamos a ponernos exquisitos. Girando a mano izquierda estaba la comida chatarra. También había productos de limpieza, pero esos estaban al final del pasillo. Acabamos dando una vuelta enorme sólo para comprarle comida a los peludos.

Al terminar, pasamos por la caja registradora. Una mujer corpulenta de pelo rojizo y moño despeinado nos atendió amablemente.

—¿Quiere una bolsa, señorita?

—Sí, gracias —le dedicó una sonrisa a la empleada—. Como te iba diciendo, Nick, el perro es el mejor amigo de la mujer.

—¿No era el mejor amigo del hombre?

—No, porque yo no lo soy y tengo uno.

—Pero la frase está mal dicha.

—¿Y eso a quién le importa?

—A mí.

—Son... veintisiete libras —calculó la dependienta.

Nicole sacó de su cartera un billete de cincuenta. La mujer le explicó que debido a la política de la empresa no estaba permitido recibir más dinero del que el cliente había invertido en la compra, pero recordemos que es

tozuda como un burro, así que convenció a la trabajadora para que se quedara con el cambio, apoyándose en el truco de coger de la caja la parte restante como una especie de propina por su buen servicio, entonces nadie la acusaría de robar.

—Bonito gesto el que has hecho, pero creo que te han timado con el precio.

—No es algo que me importe. Lo bueno de tener pasta es que nadie te mira mal.

—Para nada. Sólo pensarán por dentro que eres gilipollas mientras te regalan una sonrisa por fuera.

—Puedes seguir, eh, por mí no te cortes. ¿Qué será lo siguiente? ¿Enseñarme el título de un cursillo vocacional donde asume que eres un experto en lenguaje corporal?

—Parece que te esmeras en ser odiosa.

—Dios mío, voy a llorar —aprovechó la burla para hacer muecas con la cara fingiendo un llanto.

Cambié de conversación preguntándole por la hora. Dijo que eran las siete de la tarde y que no me preocupara porque su casa quedaba a quince minutos del supermercado.

Llegamos al coche. Por suerte no lo aparcó lejos, aunque viniendo de ella no descartaría la idea de ver cómo lo deja a cuatro manzanas con tal de joder. Abrí la puerta, entré, la cerré y escuché los ladridos de Shadow. Sólo le faltaba decir que fui un grandísimo mamón por haberla dejado tirada, mas esa sensación de abandono se esfumó cuando vio que permanecía sereno; no tenía nada que temer.

—Tranquila, pronto podrás comer y reponer fuerzas— la alenté con uno de esos ruiditos que hace la gente con la boca al hablarle a los perros.

La petarda y yo iniciamos una ligera conversación.

—¿Te gustan los animales?

—Obviamente. La única putada es que en mi mundo apenas encuentras tiempo para dedicarte a ellos; resulta casi un lujo.

—¿Realmente es tan guay como lo pintan? —interrogó Nicole.

—¿El qué, el cielo? —esbocé una sonrisa desganada—. No es como crees, parece una segunda Tierra, pero allí arriba.

Mientras hablábamos nos dejábamos llevar por el ambiente. En un cuarto de hora llegamos a la casa de la señorita jaleo.

—Quítate los zapatos —ordenó.

—Pero si aún no hemos entrado. Además, ahora mismo estamos en el césped.

—Tú hazme caso.

Obedecí porque no me quedaba alternativa. Supuse que aportaría alguna razón de mayor peso y no fueran manías suyas.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación tan increíblemente agradable que sentí cuando estuve descalzo. Ahora conozco el motivo por el cual Nicole insistió.

—Oye, yo...

—Lo sé, Nick, por eso te dije que me hicieras caso.

—Es que donde yo vivo, se puede decir que esta textura únicamente la conocen los ricachones.

—Pues espera a ver el interior —me guiñó un ojo.

—¿Entro con los zapatos o voy sin ellos?

—Como prefieras. Si es por mí, te diría que sólo te quedes en calcetines.

—¿Por alguna razón especial?

—Sí, a ver, el suelo está lleno de alfombras importadas que unidas forman a plena vista un degradado precioso, entonces...comprende que no quiero estropearlo. Sobre todo porque mis padres se han dejado billetes en ello.

—De acuerdo.

—Thank you.

Nicole abrió la puerta, dejó las llaves en un tocador de porcelana que estaba justo a mano izquierda en la entrada del recibidor. Desde lejos supe que lo que me iba a encontrar no era un piso de estudiantes, aunque sobra decirlo, ya que ella se encargaba de hacerse notar en cuanto a dinero.

—¡Guau! Tu casa parece muy grande, ¿no crees, Shadow?

—¡Vaya, no sabía que tu perra pagaba la hipoteca al igual que mis padres!
—aplaudí dejando ver nuevamente su tono sarcástico.

—¿Es que no sabes qué es el humor? —reproché.

—Sí, cariño, sé lo que es, pero eso no es gracioso.

—Llamarme cariño cuando no tiene ni pizca de gracia es incluso peor que vacilar con mi perra. Ni siquiera me gustas.

—Tranquilo, donjuán, el sentimiento es mutuo.

—Al menos en eso estamos de acuerdo.

Colgué mi chaqueta en el perchero que se encontraba detrás de la puerta. La niña mimada contaba con una calefacción automática que se activaba nada más entrar a la vivienda. La sensación de amplitud se coordinaba con los colores blancos e inmaculados de las paredes, desprendiendo un aura acogedora, elegante y rozando el estilo clásico. No me extrañaría que sacara partido de los días en los que sus padres no estuviesen para montar fiestas en las que como mínimo no faltarían treinta personas. Parecía una de estas escenas de película en la que el invitado permanece sentado en un rincón esperando a que el anfitrión dirija sus pasos comentándole dónde puede ir al baño o que se sienta igual que en su casa cuando la realidad es bastante obvia: nadie termina comportándose del mismo modo que en su hogar porque las confianzas establecen un límite entre nuestras posibilidades y los hechos. Por suerte, los cuadros te envolvían en un ambiente agradable, cálido y familiar debido a la forma en la que estaban colocados.

—¿Es original? —rompí el hielo al ver aquel cuadro de Van Gogh.

—Noche estrellada sobre el Ródano ha sido mi obra favorita de Vincent desde los inicios de mi infancia. Me hubiera gustado que fuera el auténtico, pero no, hablamos de una copia, aunque...es bonito saber que

te gusta el arte.

—Siempre lo disfruto.

Nicole sonrió, sacó un coiletero del bolsillo de su pantalón y se hizo un recogido improvisado. ¡Qué bien le quedaba! Si yo imitara ese mismo moño, el aspecto guardaría una curiosa similitud con las bolsas de basura cuando las cierras.

—Voy a la cocina —avisó.

—Te acompaño.

Allí sacó las latas de comida para perros, después cogió un plato llano de color verde y le echó varios trozos a Shadow, que tenía muchísima hambre. Ciertamente es que estaba un poco desnutrida, pero su estado aún no era tan alarmante como para llevarla al veterinario y tampoco corría riesgo, por consiguiente, podía recuperarse. Eso sí, con mucho tiempo a la par que esfuerzo.

El ruido del tenedor arrastrando la comida en un recipiente aparte fue la llamada perfecta para Buddy, la mascota de la pija.

—¿Cómo está mi cosita linda?! —le preguntó al perro de forma cariñosa y dando palmaditas en sus muslos para que viniera.

El cavalier movía la cola con una alegría impresionante. Cualquiera diría que han pasado varias horas desde la última vez que ambos jugaron. Daba gusto ver a Nicole tan llena de energía y sin ser esa persona que habitualmente contesta mal o se comporta como si le molestara todo.

—Despacio o te atragantarás —le dije a mi niña.

—No te oye, está demasiado hambrienta.

—Ya veo que no soy el único que se fija en los detalles.

Soltó una pequeña risa.

—Que sepas, que estás dejando entrar en tu casa a un desconocido.

—Ya no lo eres. Sigues siendo Nick, ¿no?

—Sí, lo soy.

—Entonces olvídate de esas tonterías. ¿Quieres algo de comer?

—No quisiera ser descortés y molestarte.

—¿Descortés? ¿Molestar? ¡Venga ya! Ahora come o no podrás volver a tu mundo.

—¿Qué tienes?

—¡Pasta!

—¿Qué es eso?

—Espaguetis.

Ella me indicó dónde estaban guardados los cubiertos. La cocina conservaba un diseño alemán sencillo y los utensilios se hallaban con facilidad, así que fui en busca de ellos con la mayor rapidez para no perder más tiempo y engullir. No recordaba a qué sabía la comida recién calentada ni tampoco qué eran unos espaguetis. Los alimentos en mi tierra casi siempre se comían fríos o ingeridos a través de una pajita, por no decir que allí la pasta brillaba por su magnífica ausencia, pero en lugar de eso había una especie de masa hecha con trigo y algo de cebada que se parecía mucho a lo que me estaba gozando: la llamaban "trevada".

—Delicious! —elogié.

—Me alegro de que te guste.

—¿Puedo repetir?

—¿Cómo? ¿Aún sigues con hambre?

—Si no quieres, puedo soportarlo.

—No, no, come. Disculpa mi asombro, es que tu barriga es tan plana y no sé cómo te cabe tanta cantidad. ¿No te hace daño?

Le dije que no mientras me servía la segunda ración. Ella vivía una vida de ricos, prácticamente. ¿Qué iba a perder por probar un poco de la manzana que nunca me dejaron morder? Tragué como un puerco a causa del apetito que tenía, pero mi estómago no podía continuar con la labor porque si no, finalizaría la cena con vómitos en la mesa.

—Joder... estoy llenísimo —coloqué mis manos en la panza.

—Y todavía se sorprende —liberó una risotada que ni venía a cuento.

—Déjalo, ¿quieres? Sigamos con el plan.

—¿Y si Dios te estuviera probando?

—No dispone de tanto tiempo libre, querida.

Iba a encender el cigarro cuando de repente, ella me cortó.

—¡Eh, si quieres fumar, a la terraza!

—Acompáñame.

—¿Y los platos?

—Ya me encargo de ello, no te preocupes.

—¿Tú, siendo hombre?

—Soy hombre, no un inútil.

—A ver, lo sé, pero aquí sólo los lavamos mi madre o yo. Mi padre casi nunca ayuda en los quehaceres de la casa.

—Para empezar, deberías aprender una cosa.

—¿El qué?

—Cuando hay varias personas viviendo bajo el mismo techo, el deber de todos es colaborar, no ayudar; se ayuda en el momento que eres una persona ajena al hogar. Tu padre es un caradura y si no le ponéis los puntos sobre las íes, seguirá convencido de que las tareas domésticas no son para él.

—Tienes razón. Deberíamos comentárselo en vez de dar por sentado que su pereza es la justificación ideal. Quizás algún día nos armaremos de valor y se lo diremos.

—Que sea cuanto antes, por favor.

Nicole asintió con la cabeza. Se dirigió a la terraza para preparar los cojines en un sofá de exterior blandito. Colocó un par de ellos en ambos extremos y el resto los distribuyó en el centro para nuestra comodidad.

Estando en la cocina tardé menos de dos minutos en fregar la loza. Me puse guantes de látex, eché líquido de lavavajillas y dejé impecable todos los platos. Al ir hacia donde estaba ella, noté un olor agradable, pero algo no cuadraba.

—¿Y mi cigarro? —espeté.

—Apagado y tirado.

—¿En serio? ¡Mierda! —protesté disponiéndome a encender otro.

Noté una sutil indiferencia por su parte, mas comprendí que si había recurrido al ambientador, no se debía a una ligera obsesión a la hora de fusionar ambos olores, sino porque ya eligió uno y no era el de mi droga.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Te quedaste en la parte donde aseguraste que Dios no tenía tanto tiempo libre.

—En efecto. Además, él no juzga ni condena, somos nosotros quienes lo hacemos porque no sabemos ni qué es la verdadera empatía.

—¿Y si fue Satanás?

—¿Un tío con cuernos y cola?

—Sí.

—¿De verdad crees en algo así?

—¿Tienes pruebas que indiquen lo contrario?

Froté mi nuca con la mano derecha. No supe qué responder porque a efectos prácticos rara vez me cuestionaba la existencia de un personaje de ese calibre. ¿Cómo podría confirmar la presencia de alguien cuya naturaleza está más basada en mitos que en una realidad demostrada?

—La verdad es que no, pero no importa, podrían pasar milenios hasta averiguar la veracidad de ese dato —respondí rápidamente.

—¿Qué te parece si damos una vuelta? —sugirió.

—¿Acaso no íbamos a pasar el rato en este sitio?

—¿Quieres morir de aburrimiento o prefieres volver a tu casa?

—Vale —hinché mis mofletes de manera infantil.

—¿Y tu perro?

—Señora Perra.

—Usted perdone —volvió a utilizar ese tonito burlón.

—Ella puede quedarse aquí.

—¡Claro, como tú no pagas la casa! ¡Ni que te debiese algo!

—En verdad sí.

—¿El qué? Vamos, dime.

—Eso lo dejaré para luego. ¿Salimos o no?

—Si salimos... ¿me lo dirás?

—Si salimos, te lo diré.

Me levanté del sofá para ir en busca de los zapatos que dejé detrás de la puerta junto al perchero. Ahí la familia solía colgar los abrigos, las bufandas y los bolsos. La excusa que me dio Nicole para justificar su tardanza era que fue a la habitación de su madre para coger algunos billetes en caso de urgencia. Le dije que no hacía falta, pero ella insistió en que nunca está de más ser precavida por si las moscas.

Al ser las nueve y media de la noche apenas había un alma inquieta merodeando por Shirley Park. Ambos nos sentamos en la zona de picnic donde sólo se escuchaba el cuchicheo de dos ancianos a lo lejos. Bonito momento para no saber qué carajos decir.

—¿Y bien?

—No lo sé, tú eras el que quería salir y quedamos en que me comentarías aquello que no soltaste en casa.

—Ya ni me acuerdo.

—Entonces no sería tan importante.

—Puede, pero recuerda que las personas se ayudan.

—¡Mira, chico, tienes más cara que espalda!

—Al menos yo controlo mis contestaciones y no me dejo llevar por la rabia del momento, ¿o es que a ti jamás se te ha olvidado algo?

—Se me olvidan muchas cosas, Nick, eso no lo niego. Lo que no soporto es tanto misterio para nada.

—Que te den.

Admito mi error. Ella esperaba alguna historia como mínimo, un porqué resumido o cualquier idea que la hiciera pensar. No obstante, la figura de un hombre extraño se adentró en mi mente sin ton ni son. Intenté evadir ese pensamiento por nuestro propio bien, ya que la intención principal cumplía con las bases establecidas en el propio código de un buen ángel: proteger a toda costa.

Hubiera preferido ir a un sitio más concurrido porque me encantan los ambientes llenos de jovialidad, energías vibrantes y buenas compañías. De todas formas tampoco iba a quejarme.

De repente, el rostro de Nicole quedó paralizado a causa del asombro, pues parecía alarmada al reconocer a alguien que rondaba por la zona.

—Hola, Ni, ¿paseando? —preguntó el extraño.

Le puse mala cara. Sí, sé que soy el primero en criticar los modales de mi amiga, pero ese tipo no me daba buena espina.

Antes de que ella consiguiera responder, insistió con otra cuestión.

—¿Y este es...?

Procuré darle la mano y ser amable, aunque no sirvió de mucho porque me negó el saludo.

—Nick —contesté.

—Un pringado —añadió maliciosamente—. Oye, nena, ¿por qué no vuelves conmigo? ¿Salir con un chino? Sería el remate de tu vida amorosa, ¿no crees?

Traté de calmarme a pesar de que mi sangre estaba empezando a hervir.

—¿Quién es, Nicole? ¿Algún conocido?

—Creí que te habías ido —dijo asustada mientras retrocedía despacio.

—Nunca me fui, siempre estuve ahí, lo que pasa es que ni las órdenes de alejamiento pueden conmigo —hizo una pausa para lanzar un escupitajo al suelo—. ¿Y bien? ¿Volverás?

—Lo siento, Pitt, yo... —ansió explicarle por qué no regresaría con él.

—¡Vamos, zorra, no seas así! Sabes que siempre te hice sentir una mujer y no lo valoraste. Además, echo de menos ver esos morritos rojos de chuparme tanto la polla —finalizó la frase con un gesto que imitaba una felación.

—¡Oye, te estás pasando! —levanté la voz para que se callara de una maldita vez.

—Eso lo decidiré yo.

—¡Pídele perdón! —exigí.

—¿Un chino dándome órdenes? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Lo que faltaba!

—¡¡No lo repetiré!! —grité sin contemplaciones.

—¡Uh, niliripitirí! —remedó mi tono como si la advertencia fuera un chiste.

—No importa, Nick, él no iba en serio. ¿No es así, Pitt? —intervino Nicole con una caricia en mi espalda a modo de frenar el conflicto.

—Claro, puta asquerosa, yo nunca voy en serio. Espero que algún día dejes de mentirle a tu amado chino y sepa que las tías como tú únicamente llegan lejos de rodillas.

—No voy a tolerar ni una sola falta al respeto por tu parte —indiqué.

—¡Oh! ¿Me vas a pegar? ¿Tú y cuántos más? —dudó de mis habilidades a base de carcajadas sonoras.

Sin más dilación y con un sencillo movimiento de cadera, le propiné una patada en toda la cara. A consecuencia de ello, cayó al suelo quedando inconsciente, dado que el golpe fue tan directo que no le dio tiempo a reaccionar. Acto seguido, le escupí.

—Los perros deben aprender cuál es su lugar.

—¡¡¡Idiota!!! —vociferé aún con endereza.

Hice lo mismo, pero esta vez con más fuerza y velocidad.

—Vámonos, Nicole, esta escoria no merece tu tiempo.

Sostuve sus muñecas y me la llevé. Cuando todo parecía bajo control, Pitt salió detrás de mí levantándose, dando pasos largos y firmes en cuestión de segundos, como si mi patada no le hubiera hecho ningún rasguño. Realmente no le otorgué la importancia necesaria. Pensaba que sólo tendría que reventarlo de nuevo y ya con eso sería suficiente, pero lo cierto es que no me tocó; algo que me descuadró por completo. Fue a por mi amiga, tomó con soltura una pistola y le disparó en el pecho. Ella cayó al suelo, notando cómo su sangre comenzó a brotar.

—Ahora ya no habrá más, ni siquiera para los dos —señaló el tipo.

Me sentí impotente. No creí ni por asomo que iría tras ella, ya que después de la paliza que le di, no esperaba que tuviera en su mente la idea de incorporarse sin mayor esfuerzo. Mi cólera empezó a hacer lo suyo en el interior. Un llamamiento caliente y explosivo se apoderó tanto de mi cuerpo como de mi cabeza, la cual se nubló por completo y dejé que mis propios actos hicieran el resto.

—Ahora estamos en paz, ¿me escuchas? ¿¿iiMe escuchas, chino inmigrante!!??

—iiiNo, escúchame tú, grandísimo hijo de perra, te juro que te mandaré al infierno!!!

Realmente fui un estúpido. No pude prever que la atacaría, y menos con un arma blanca. Tampoco sabía si la podría llevar en su chaqueta porque la apariencia del joven encajaba más con el refrán de perro ladrador, poco mordedor.

Le propiné varios knockouts. Los iba combinando de ambas maneras junto con las llaves de yudo hasta dejarlo fuera de combate. Esta vez definitivamente. Me di media vuelta preocupado y corrí hacia ella que yacía en el suelo con la boca ensangrentada a causa del disparo.

—iiNO!! iiiNOO!!! iiiNICOLE!!!! iiiiiNOOO!!!! iiiiiiNOOOO!!!!!!! iiiiVIVE, VIVE, MALDITA SEA!!!

Aún conservaba mis poderes, o eso quise creer. Intenté llevar a cabo un pacto con uno de mis superiores.

—Te escucho —musitó una voz interna.
Tragué saliva.

—No sé si eres uno de ellos, no sé ni siquiera si eres una deidad u otro ángel como yo, pero juro dar parte de mi vida si la salvas —sollocé—. Prometo darte parte de mi corta vida si la salvas.

—Eso no es suficiente —retumbó dicha negación en mi interior.

—iOfreceré todos mis poderes!

Hubo un minuto de silencio.

—De acuerdo —aceptó mi propuesta.

Nicole recobró el conocimiento. Su herida sanó de inmediato y la bala terminó desapareciendo.

Llamé a la policía.

Mientras tanto, sostuve entre mis brazos el cuerpo de mi fiel ayudante. Aunque la conociera en apenas tres días, ya se había convertido en mi compañera de aventuras.

—Nick, ¿qué acaba de pasar?

—Que has vuelto, y eso, es lo que importa —la tranquilicé con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella me la devolvió, calentando mis manos heladas con las suyas a modo de agradecimiento.

—Estás aquí. Estás... aquí —pronuncié pausadamente aquellas palabras de forma serena.

Por primera vez en mi vida sentí síntomas que sólo las personas sienten: tristeza, amor y angustia. Mis lágrimas eran tan grandes que no cabían en mi rostro. Por supuesto, también viví una rabia momentánea cuando decidí enfrentarme al condenado de Pitt. A mi parecer, me estaba volviendo cada vez más humano.

De repente vino la policía y lo detuvo. En verdad pude haberme callado porque carecía de sentido alguno llamarlos cuando Ni (Nicole) ya se recuperó de inmediato, pero a estas alturas muchos sabréis que el mundo es un pañuelo, y aunque en teoría lo normal es que la gente siguiera su camino, un disparo se escucha sin problema a bastantes metros de distancia.

A los dos nos llevaron a comisaría. El aspecto de mi enemigo exterminó aquella apariencia triunfal, orgullosa y megalómana. ¿Dónde quedó ese mozo de ojos negros, nariz griega, cabello de color castaño claro ocre, labios amenazantes y que medía casi dos metros de estatura? Ni la chupa negra de cuero con esos vaqueros azules desteñidos lo ayudaron a desenvolverse en la pelea. Ahora se encontraba tendido en el suelo a la espera de una ambulancia para llevarlo al hospital. Por suerte la atención médica fue rápida, y si acaso, lo que más resaltaban eran los moretones que dejé en su piel.

A mí me tuvieron que hacer un interrogatorio. El doctor Pau Swells, un hombre ya mayor —prácticamente calvo salvo por ambos lados de la

cabeza, donde aún conservaba algo de pelo— examinó con cuidado a Nicole. Me di cuenta de que el bigote le sentaba bien, ya que era de tipo herradura, pero la barba quizá fue poco acertada, considerando que hablamos de un señor y no refiriéndonos a un joven que puede permitirse el estilo heleno en su rostro. Su manera de vestir se basaba en la formalidad que cualquier persona admiraría por la elegancia que desata. Llevaba unos bluchers oscuros y brillantes a juego con ese abrigo de lana business. En cuanto a los pantalones, los loose fit favorecían su imagen. Desde que terminó la revisión, quedó sorprendido. Según él, un balazo provoca una herida muy grave, algo que ni como profesional consiguió explicar en relación al motivo de su rápida sanación, ya que no había rastro alguno de la bala y tampoco le quedó cicatriz. Le comenté que tenía conocimientos de medicina, es decir, verdades a medias. Allí en el cielo se estudiaba la carrera como algo opcional. Probé durante tres años, hasta que me cansé. Pude haber terminado lo que empecé, mas no era lo mío y mis expectativas tampoco es que ayudasen si añadimos la razón principal: aburrimiento.

Veamos, no es que el doctor Swells dudara de mi justificación, pero al no saber mucho acerca de mí, pidió encarecidamente a los policías que me interrogaran para quedarse tranquilo, así que acabé en una habitación que sólo reflejaba una luz. El espejo estaba trucado, eso ya lo sabemos todos, por lo que cualquier poli podía verme o escuchar mis largas e inútiles charlas en el caso de merodear por allí. Fijé la mirada en una mesa metálica, alargada a la par que rectangular, tres sillas viejas cubiertas por un plástico y poco más. Para ser una sala tan amplia y ordenada, había demasiado polvo. Las paredes desgastadas poseían un rasgo característico de determinadas películas donde el ambiente restregaba una mala vibra en el miedo de los intrusos. Ojalá las pinten pronto y entierren ese gris tiza desteñido con un color ligeramente alegre.

Supe que la parte del documento nacional de identidad sería la más cruda, pero de forma "mágica", noté en mis bolsillos traseros del pantalón un pasaporte que venía con un DNI de regalo. ¿Cómo sucedió? Ni idea. Lo único relevante es que a ojos de aquellos hombres ya no me tacharían de espía, asesino o timador.

—Cachéale, Thomas —ordenó el agente con mala leche.

—Sí, Jellber —obedeció el sumiso.

—Bien, póngase de pie.

Tocaron todas las partes de mi traje como si de un narco se tratase.

—No tiene nada, está blanco —me sonrió con amabilidad.

—¿Fumas, bebes?

—Tabaco —concreté.

—¿McAlister, Roy Royal, SugarB?

—McAllister.

—Nada mal. Tienes dinero, por lo que veo.

—Bueno, voy tirando.

—¡No te pases de listo, chico!

—No, señoría —negué de manera irónica.

El policía me dio un puñetazo, así que ante tales modales, no pretendía ser descortés, por lo que sonreí y devolví su agresividad multiplicada por dos. Los guardias de seguridad me agarraron cual loco a punto de escaparse.

—¡¡No debiste hacerlo, te va a caer la de dios!!

—Yo no quería llevarme ese golpe sin venir a cuento, pero creías que no me iba a defender y recibiste tu merecido.

Thomas, que era un trocito de pan, habló con ellos a solas y les pidió por favor que se marcharan. Al menos sé que con él la comunicación prevalece, no como Jellber, que en su caso manda la altanería.

—Descuide, señor, tómese un respiro, que ahora sigo yo —anunció al cobarde que se largó con la placa en el pecho.

—¿Bebes?

—No.

—Pero sí fumas.

—En efecto.

Ambos nos sentamos al mismo tiempo para continuar la conversación.

—Podías haber arreglado esto civilizadamente. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé, pero su compañero se comporta como un mafioso y dudo mucho que la culpa sea mía por ejercer mi derecho a la defensa.

—Jellber no es trigo limpio. Utiliza cualquier situación para descargar toda la mierda que lleva encima en lugar de acudir a un especialista.

—Y siendo su amigo, ¿por qué no le recomiendas esa opción en vez de criticarlo? —propuse entrelazando los dedos de las manos.

—Porque ya lo he hecho —respondió cruzando los brazos—. Además, ahora estará tomándose un café y dispongo de vía libre para hablar de un personaje que jamás cambiará.

—Parecías muy inocente.

—Cumpló mi rol de poli bueno, no idiota. Por cierto, no somos amigos.

—Pensé que sí.

—Congeniamos y es obvio que el compañerismo debe ser fundamental en cualquier trabajo, pero eso no quita que reconozca la actitud tan pésima que carga en la vida —aclaró jugueteando con unas llaves que sacó de su chaqueta.

—Sí, supongo que razón no te falta.

Carraspeó un poco mientras se acomodaba en la silla. Preparó unos papeles que ni me inmuté en intentar leer y se centró en lo que pasó recientemente. Dejé el DNI encima de la mesa para que pudiera dirigirse a mí sin sonsacar mi identidad, aunque en el fondo sé que no lo habría hecho hasta notar que mi incomodidad se esfumara.

—Cuéntame, Nick, ¿cómo es que un chico inteligente, con recursos y una novia preciosa llama a la policía para que le ayude en circunstancias que prefiere evitar?

—Nicole no es mi novia.

—Entonces sólo sois amigos, ¿cierto?

—Correcto. La defendí de Pitt, el chico que estaba tirado en el suelo.

—¿Y por qué empezó la pelea?

—Dejémoslo en que ese capullo la humilló delante de mí, haciéndole pasar vergüenza por su actividad sexual y todavía se reía cuando le dije que parara.

—Espera, espera, ¿qué relación tiene Pitt con ella?

—Es su expareja.

—Comprendo.

—Pegar a la gente no es normal ni está bien, lo que pasa es que tuve un mal presentimiento y luego...

—Se te fue de las manos.

—Exacto. De ninguna manera pretendo normalizar situaciones como esta, pero sí me gustaría que Nicole estuviese bien siempre.

—Háblame de la herida.

—Estudié algo de medicina.

—Sí, pero ni los mejores médicos de Harvard han conseguido un resultado tan bestia como el tuyo en varios años, y mucho menos en una noche. ¿Qué hay de tus utensilios?

—Eran desechables, posiblemente sigan en la basura.

El policía llamó con su Walkietalkie para dar la orden y que el equipo investigara la zona donde se produjo el altercado.

—¿No me crees?

—Aunque no nos mintieras, debemos verificar la información. ¿Qué clase de profesionales seríamos si nos creyésemos todo lo que nos dicen los sospechosos?

—Entiendo. ¿Necesita saber algo más?

—¿Cómo lograste extraer la bala?

—Si se lo cuento, entonces sí que va a pensar que miento.

—A lo mejor no. Te escucho.

—Verá, no sé si usted es muy fan de las energías, el cosmos y asuntos vinculados a ese tipo de temas.

—Creo en ellos debido a experiencias personales y casos en los que he indagado sobre el poder de la mente.

—Bien, pues imaginemos por un momento que la suma de cuatro técnicas milenarias junto al control mental de las células reparadoras se uniese de manera que sin saber cómo explicarlo —científicamente hablando—, Nicole sobrevivió.

—Reconozco que suena a locura, pero claro, tampoco puedo negar algo que no he comprobado estando presente.

—Ya —cruce los dedos para que el argumento fuera creíble.

—Voy a hacer una cosa, chaval.

—¿Iré a la cárcel?

—No, no irás, confío en ti. Ya me encargaré de inventar algo de cara al informe, pero si vuelvo a verte por aquí y la historia se repite, no tendrás tanta suerte como hoy.

—Muchísimas gracias, agente. ¡Dios mío, no sabe cuánto valoro esto!

—Bueno, ya hemos acabado.

—¿Así de rápido?

—¿Quieres continuar?

Negué con la cabeza. Iba con el policía de camino a la puerta cuando Jellber nos cortó el paso.

—Descansa, querido Thomas, es mi turno.

—Terminamos hace dos minutos, señor.

—Él me debe una disculpa.

—Pero...

—A solas, por favor.

—Lo veo innecesario. El chico y yo finalizamos esto y todo ha quedado en un malentendido.

—Nunca viene mal un aviso extra —me guiñó un ojo adoptando una actitud amistosa de lo más falsa.

Thomas nos dejó.

—Escúchame, mocososo, no sé qué mierdas te traes. Juro por mi vida que te estaré vigilando, así que espero no coincidir contigo en este mismo lugar o las cosas se pondrán muy feas.

—No sea quisquilloso, buen hombre.

Trató de pegarme un puñetazo, aunque lo detuve al instante.

—Me encantaría saber qué rayos quiere de mí —dije apoyando el brazo derecho en el marco de la puerta—. Créame, busque cuanto quiera, que no lo va a encontrar.

—Veo que tienes agallas —aprueba sonriendo maliciosamente.

—No soy yo quien está empleando la fuerza.

—¡La emplearé las veces que me dé la gana porque por algo soy la autoridad!

—Los idiotas como usted no me dan miedo.

—Entonces deduzco que no te importará que le pase nada a tu amiguita, ¿no?

La expresión de mi rostro cambió en milésimas de segundos; pasé de controlar la situación con calma a la amenaza directa.

—¡Como le ponga la mano encima y descubra que es el causante, no dudaré en crucificarlo! —dije sin contener mi ira.

—Eso ya lo veremos.

—Pruebe la manzana y saldrá del paraíso —advertí.

Acto seguido me levanté para coger camino. Sin embargo, no contento con el aviso, intentó atacarme de nuevo. Conseguí esquivarlo y lo tumbé con un golpe en la barriga.

Salí de la sala de interrogatorios dirigiéndome hacia ella.

—¿Te encuentras bien, Nicole?

—Sí, gracias. ¿Qué tal tu sesión? —contestó quitándole importancia a lo suyo.

—Bien. Hubo algún que otro encontronazo con el poli malo, pero nada que no se pudiera solucionar con un buen diálogo.

Acaricié su rostro notando cómo su pelo rozaba ligeramente mis dedos.

—¿Vamos?

—¡Espere! —expresó con entusiasmo Pau a lo lejos del pasillo.

Ladeé la cabeza para ver qué deseaba y presté atención.

—¿Está seguro de que no quiere trabajar para mí? Seríamos el mejor equipo de Reino Unido.

—Por el momento no. Agradezco su petición, doctor, pero ahora mismo ando un pelín ocupado en varios asuntos que requieren muchísimo tiempo.

—Bueno, por si lo necesita, aquí tiene mi tarjeta.

La tomé valorando el detalle de haber pensado en mí.

—Vámonos, Ni.

Y ahora vendría la pregunta más sencilla: ¿por qué caí del cielo?

Fácil para mí, difícil para el resto.

Fluían mis ganas de saber si se encontraba con ánimo después de todo lo que nos pasó en la calle, así que una vez asimilada lo movidita que fue la noche, una pequeña tregua no nos vendría nada mal.

—Me alegro de que estés bien.

—Como para no estarlo con la pedazo de amiga que tengo.

—Te pasas de zalamero.

—No es verdad, tía. Eres una chica fuerte, aunque no te dé la gana

admitirlo.

La ternura alquiló mi mirada durante unos cuantos segundos. Posteriormente pasé mi mano por encima de su hombro.

—¿¿Se puede saber qué haces??

—Los amigos siempre se apoyan, ¿no?

—Hay formas de hacer eso sin tanto toqueteo —rechazó la muestra de cariño.

—No seas así, mujer. Al final todo ha salido a pedir de boca.

—Me salvaste —susurró.

—Y lo haría mil veces más. El día que nos conocimos pudiste ignorarme porque yo no ofrecía nada a cambio, pero no lo hiciste; ahí tienes otra manera de salvar a la gente.

—¡Vaya mierda de comparación!

—Desde mi punto de vista no. Sólo te saqué una bala, no hablamos de una operación a corazón abierto.

Al salir de la comisaría llamamos a un taxi para que nos dejara cerca de Shirley Park, que era donde Nicole aparcó su coche.

—Tranquila, tu exnovio estará en la cárcel pronto. Tendremos que testificar ante el juez.

—Vaya...qué emocionante —destapó el sarcasmo inmortal que la definía en momentos incómodos.

—Ya verás qué diver, Ni —procuré seguirle el rollo para ocultar la tensión en el ambiente.

—Así me llamaba mi ex.

—¿Te molesta? —inquirí rascándome la nuca con el fin de disimular la preocupación.

—No, pero pensé que deberías saberlo.

—¿Entonces puedo...?

—Que sí, pesado.

El taxista iba a lo suyo, pero en determinados instantes nos daba la sensación de que estaba más pendiente de la conversación que de conducir. ¿Cómo lo sabíamos? Analizando el número de veces que los coches de atrás tocaban la pita a modo de insistirle para que acelerara y no formara un atasco.

—Daría mi vida por ti si hiciera falta.

—¿A qué viene esto ahora?

—A que me gusta decirte las cosas sin contemplaciones. Recibiría diez balas y más con tal de protegerte.

—Vamos a ver, Nick, esto ha sido algo puntual, ¿vale? No significa que a partir de ahora deba dormir con un ojo abierto y otro cerrado por si acaso, así que deja de comportarte como si fueras mi jodida pareja.

—¿Y quién te ha dicho que lo sea? ¿Es que ahora no puedo ayudar sin que se te suba el ego pensando que terminaremos en ese plan?

—Es que actúas igual que uno.

—¡Porque tú lo ves de esa manera!

—Chicos, si me permitís un pequeño consejo, os diría que no perdáis el tiempo con cosas así. El destino está escrito desde un principio —se entrometió el taxista—. Mi mujer y yo también teníamos este tipo de discusiones y al final llevamos más de veinte años juntos.

—Usted no debería meterse en conversaciones ajenas —rechistó.

—Lo sé, señorita, disculpe, no quise sonar atrevido.

—Disculpas aceptadas —dijo levantando la barbilla con arrogancia.

Esta vez fui yo quien sacó el billete grande de mi cartera. Cerré la puerta educadamente cuando el conductor nos dejó cerca de la acera, le dije que pasara una buena noche y Nicole dio un portazo de propina. El taxi se perdió en la lejanía.

—¡Me has dejado en mal lugar! —apresuró sus pasos debido al enfado que llevaba encima. En seis segundos la alcancé.

—No es mi culpa que tu actitud sea la de una niña malcriada. ¿Qué te costaba callar o dar tu opinión sin demostrar lo insoportable que eres?

—¿Para?

—¡Para no fastidiar el día a nadie!

—A los taxistas se les paga para que nos lleven a un sitio concreto, no con el propósito de esperar un consejo que ni pedimos.

—Te queda mucho que aprender de la calidad humana.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Y me lo dice un ángel!

—Pues parece que me llevo mejor con la empatía que contigo.

—¿Y tú eras el que recibirías diez balas con tal de protegerme? Los amigos de verdad no atacan.

—Ah, claro, no atacan, pero sí permiten burlas, tratos nefastos a personas que no son de su círculo de confianza y un sinfín de improperios, ¿verdad?

—¡Te estás pasando!

—Acabas dolida porque sabes que razón no me falta y quieres que yo me limite a cerrar el pico mientras machacas a quien pretende echarle una mano.

—¿Has terminado?

—Y tanto.

—Bien. Ya empezaba a cansarme de oír lo que me sé de memoria.

—Esto sería muy distinto si te dejaras ayudar.

—Dime qué cambiaría y quizá admita mi error.

—Paso.

—Es que no hay nada que ofrecer, mentiroso.

—¡Oh, sí! Por eso insisto, ¿no? Porque me falta material. ¡Que te jodan, Nicole!

—Esa lengua...

—¡Tú no eres la más indicada para dar lecciones que ni te aplicas!

—Relájate, ¿de acuerdo?

—Voy a ser breve.

—Adelante.

—Si consigo mi objetivo, serás recompensada.

—¿Qué intentas decirme con esto?

—Te concederé el deseo que quieras.

—¿Ahora te has convertido en el genio de Aladdín?

—¿Importa tanto como para que sólo te fijes en dicha tontería?

—Es un poco inverosímil, no te ofendas.

—Pídeme algo.

—Trae personas muertas a la vida.

Tragué saliva.

—Eso ya son palabras mayores.

—Ya veo.

—No digo que sea imposible, me refiero a que es complicado; no todos los muertos desean la resurrección.

—¡Venga ya, tío! Los únicos que no se arriesgan a vivir de nuevo son aquellos que echaron a perder sus oportunidades en vida.

—También pensaba lo mismo hasta que vi que no era tan sencillo.

—Me surge una duda tonta.

—¿Cuál?

—En el caso de poder resucitar, ¿volverían siendo jóvenes o viejos?

—Al vivir una segunda vida, es como empezar de cero, por lo tanto, regresan con una frescura evidente.

Asintió sin decir ni pío.

—Aunque no es lo más conveniente, podría traer a tu abuelo —empaticé con el recuerdo y cogí sus manos.

—No quiero eso.

—¿Entonces?

—Me conformo con haberte ayudado.

Lo anonadado que estuve durante ese momento fue gracias al consuelo que tenía acerca de su reacción. Esperaba una respuesta distinta en lugar de explorar el instante idóneo para que aquella comprensión oculta saliera unas cuantas veces por cuenta propia y no bajo una sugerencia ajena.

Evité sonreír, pero era inevitable. Acaricié esos cachetes fríos que habían adquirido un tono pálido similar al de los cadáveres.

—Deberíamos entrar —invité señalando con la mirada la puerta de su casa.

Una mezcla de energía y felicidad recorrió mi cuerpo desde que escuché las patitas de Shadow correteando hasta donde estábamos; aquellos ladridos lentos y sonoramente presentes se hicieron notar al poner un pie en la alfombra.

—¡Ya he vuelto, preciosa! —anuncié mi llegada rascando esa barriguita y aupándola para darle un beso tierno en la frente.

Nicole trazó una línea de indiferencia en su cara que se transformó en una sonrisa infantil y llena de cariño.

—¿Cómo ha estado mi chucha? —examinaba cada movimiento de júbilo ladeando su rabo de lo contenta que estaba al verme.

—Parece que te quiere y todo.

En menos de lo que canta un gallo, Shadow comenzó a gruñir, alejándose unos cuantos metros sin parar de ladrar, así que en cuanto giré la cara, vi algo detrás de Ni que me dejó helado; un ente maligno con aspecto mortífero se encontraba en la sala. Al principio no podía atacar sin un conocimiento básico previo de sus intenciones, pero cada vez se acercaba más a mi amiga y eso en el mundo de dichas criaturas no es nada bueno. Rápido como un rayo me puse delante de ella tratando de marcar las distancias con aquel esperpento de aura aterradora.

—¡Escóndete, vamos!!

—¿¿Qué ocurre?!!

—¡Nicole, por tu propio bien, no mires!

—iiiiNick!!!! —intentó sujetar mi chaqueta de una punta antes de enfrentarme a él.

—iiiiPor la fuerza de los maknaes, yo te destruiré!!!!

En mi mente resonó una voz endeble que pronunció las siguientes palabras con una portentosa ferocidad de ultratumba; una frase que no esperaba escuchar y que fue dominada por su ser en mi interior.

“Dios te hizo bajar y Dios te hará caer. No somos más que marionetas hechas y creadas por él, movidas por la corrupción de lo que miles de humanos llaman salvación”.

Una luz tan cegadora como el propio sol hizo que ambos quedáramos deslumbrados durante ocho segundos. Ella seguía sin dar crédito a lo que acababa de pasar, y por mi parte, cuando conseguí abrir los ojos, el ente había desaparecido.

—¡Dime qué has visto, joder!

—Algo que nunca querrías saber y lo peor que ha existido: un ente. De su boca emanaban intestinos y de su barriga pulmones ensangrentados. Sus manos estaban repletas de cabezas cortadas que colgaban como un adorno desagradable. Piernas y dedos humanos que permanecían pegados en su enorme espalda.

—¡Qué asco! —procuró no vomitar al colocar su brazo derecho sobre la boca.

—Y eso que no has escuchado las palabras que proyectó en mi mente.

—¿Dijo algo concreto?

—Dios te hizo bajar y Dios te hará caer. No somos más que marionetas hechas y creadas por él, movidas por la corrupción de lo que miles de humanos llaman salvación.

—¿Los fantasmas existen?

—¡Entes, entes!

—Lo que sea.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? Si no llego a actuar rápido, te mata —puse los brazos en jarras.

—Porque yo no creo en entes, chalado.

—Eso no me convierte en un lunático. Es fácil hablar de lo que uno no ha vivido.

—Lo que tu digas, chico —terminó la conversación.

Nicole se tomó una taza de té para relajar el cuerpo, pues era propensa a temblar en momentos donde las cosas no salían a pedir de boca, y más con mi presencia de por medio. En ocasiones me comportaba más bien como un profesor de ética y eso la sacaba de quicio porque no estaba acostumbrada a que la gente le pusiera fin a sus argumentos. Afortunadamente he sabido analizarla en todo, no sólo en lo malo. Le encanta dormir abrazada junto a Buddy cuando terminan las películas de miedo, ya que la sensación de seguridad que le ofrece es un regalo que ni cuestiona por el mero hecho de ser un perro. Disfruta de la comida rápida sin prisa alguna, saboreando cada parte grasienta de una hamburguesa con extra de queso y beicon. Su vestido favorito es un modelo francés rosa que tiene una pequeña tira en la parte trasera donde se va formando la torre Eiffel desde el inicio hasta el final de su columna. Ella dice que no le gustan las chicas comunes que parecen princesas sacadas de un cuento para niños, pero lo cierto es que sabe manejar esa hermosura espontánea cuando nadie la ve, aunque eso implique convertirse en lo que no admite. Rara vez escribe un diario, a menos que se despierte con ganas de hacer que las palabras tambaleen; el Evernote sabe la inmensa mayoría de sus secretos. A los quince años asistió a una manifestación en contra de los experimentos con animales para fabricar cosméticos y tuvo éxito. Diga lo que diga, en el fondo es un hada que se disfraza de monstruo. Ella construyó la coraza que medio planeta mira en sus ojos y quizás me encuentro ante una de las incógnitas más dudosas respecto a este mundo: ¿por qué a los humanos les cuesta ser sinceros? Si me dijeran

que ese comportamiento se debe a un secreto muy fuerte o superpoderes que están en proceso de ser controlados, lo entendería. No obstante, el dolor más grande que experimentan es la pérdida de un familiar o mascota a la cual aman con locura, ya sea en una guerra, por negligencia emocional o muerte natural, no a causa de un destino planeado que arrasa con las ganas de seguir buscando respuestas...no como el mío.

Me desperté a las siete y media de la mañana. El olor a tostadas con miel y mantequilla consiguió activar mis sentidos para ir directamente a la cocina. Noté a Nicole contenta y preocupada al mismo tiempo.

—¿Qué te pasa, chica?

—Nada.

—Cuéntame lo que quieras, así de paso tenemos algo de qué hablar en el desayuno.

—¿Pueden dos personas...?

—¿Compartir una visión? Sí.

Ella sacó una tableta de chocolate que conservaba en un cajón de la despensa y me ofreció la mitad.

—Espérame, ahora vengo —informó con la boca llena.

No tardo demasiado en regresar. El lado positivo ni siquiera fue su rapidez, sino el papel que llevaba en la mano. Su cuerpo se detuvo en seco cuando vio que encima de la mesa también había otro; ambos teníamos una copia. Arrugué la frente y el número que aparecía en el suyo era igual que el mío.

—88672311 —leí en voz alta.

—No hace falta que lo leas, Nick, tenemos el mismo código de clasificación.

—Ya lo sé, pero de todas formas debemos comprobar si la cuenta permanece inactiva o no.

—¡Dios mío, no se puede ser más lerdo! —aporreó la mesa.

—¿Por qué? ¿Por verificar la información?

—¡No, porque ahí está la dirección de su casa!

—¿Y eres tan ingenua que no ves la trampa?

—Si vas al banco, sólo vas a quedar como el típico nieto aprovechado que ni se ha preocupado por su “abuelo” en años. Además, falsificar una dirección que está ligada a una cuenta no es tan simple —abrió un paquete de galletas.

—Puede, pero a mí no me da miedo hacer el ridículo —cogí una.

—Exacto...

—Pues nos vamos a Barclays, señorita.

Los servicios públicos de recogida de residuos no habían pasado por la zona y las calles desprendían un olor a basura acumulada. Aun sabiendo que iríamos al banco apestando, las ganas no detuvieron mis deseos a la hora de informarme acerca de todo esto, por mucho que Nicole no parara de repetir por el camino que el momento sería embarazoso. La intriga me mataba, pero suponiendo que dicha búsqueda fuese en vano, siempre contaríamos con alguna pista indirecta.

Una vez que llegamos allí, las buenas noticias no es que hicieran acto de presencia. A pesar de los intentos de Richard, que fue el gentil empleado rechoncho, pelirrojo y sonriente que nos atendió, no hubo resultado alguno.

—Lamento decirle que esta cuenta está inactiva desde hace dos décadas, señor.

—¿Al menos sabe en qué año se cerró?

—Aquí pone que en 1998.

—¿Y el dinero?

—Me temo que eso no lo puedo decir debido a la política de la empresa.

—¿Le han comentado algún dato acerca del antiguo propietario?

—preguntó Nicole con inquietud.

—Señorita Schaffer, aunque lo supiera, no está en mis manos ofrecer información privada a una persona que no es titular de la cuenta, a menos que sea un familiar cercano y ambos la compartan.

—Es que esa persona podría ser el bisabuelo de Nick —concretó falsamente.

—¿Y por qué no acude directamente a la dirección que aparece en la tarjeta?

—Porque él cree que hay gato encerrado.

—¿Perdone?

—Suplantación de identidad.

—Eso es imposible. Disponemos de todos los recursos para prevenir justamente cualquier tipo de problema que perjudique la imagen del banco. Aseguraos primero de que esa casa pertenece al señor Pennington, y si después de averiguarlo, contáis con la información necesaria para verificar que hay un delito de por medio, id a la policía.

—Vale, muchas gracias. Disculpe las molestias —me apresuré porque necesitábamos seguir indagando y una despedida rápida era mejor que nada.

—Que tengáis un buen día.

Salimos con naturalidad y acto seguido vi que Nicole estaba llamando a un número. Supe que se trataba del doctor Pau cuando escuché su voz a lo lejos. Sacó un papel blanco a la par que arrugado del bolsillo de su chaqueta, cogió un boli que encontró en el bolso negro de charol que llevaba y escribió algo. Una vez finalizada la conversación, me acerqué a ella para preguntarle qué había anotado.

—¿Quiere que vayamos a su vivienda?

—Eso parece.

—¿Y dónde queda?

—En el distrito seis de Downing Street, número tres de Hall.

—¿Tardaremos mucho?

—Seguramente cogeremos un autobús. Hay varias líneas que pasan cerca de su casa.

—Usted manda, señorita.

—Estaremos allí en cuarenta minutos —miró la hora en el móvil.

El transcurso del tiempo era un alfiler malintencionado. Nicole caminaba con mucha calma, mientras que a mí esos pasos aletargados me transmitían todo lo contrario: ganas de correr. Ella trató de relajarme para convencerme de que las cosas saldrían bien. No es que el doctor fuera mala persona. Bueno...en realidad no lo sé. Quiero pensar que su amabilidad no formaba parte de un enmarañado plan, así que no perdía nada por averiguar lo que necesitaba.

Menos mal que Ni no exageró cuando calculó los minutos exactos. Estaba empezando a aburrirme con la cantidad de gente entrometida que había en el medio de transporte. Una señora muy emperifollada nos lanzó una de esas miradas que conseguían que apartaras los ojos sin discreción alguna, sólo por una cuestión de incomodidad que asumía el mando de su orgullo. Luego dirán que los ingleses no son así, que muestran una desconfianza bruta al principio, pero siento discrepar, amigos; la educación importa. No es normal entrar y una vez que pretendes sentarte, ponen una mochila al lado cuando el sitio ni siquiera fue ocupado por alguien previamente. Un hindú tiró a lo lejos un papel lleno de grasa. Mi amiga se atrevió a devolvérselo con un insulto incluido porque la compostura le duraba poco y cómo no, el tipo la llamó zorra de mierda.

—Oye, ¿lo de la pelea formaba parte del trayecto? ¡Nos quedaban dos paradas!

—Es que si espero a que me defiendas, la llevo clara.

—Tía, no fui yo quien le dio una patada en los testículos al chico.

—¿Y ese es tu pretexto? Te escudas igual que un niño.

—Si ser un hombre implica estar constantemente involucrado en peleas o demostrar que puedo "salvar" a las chicas por el mero hecho de haber nacido así, gracias, pero aprecio mi actitud infantil.

—Que te follen. Ya hemos llegado.

—De puta madre.

—¿Llamas tú o yo?

Me encogí de hombros.

—Da gusto preguntar —resopló.

Tocó el timbre. Ambos esperábamos que el doctor abriera pronto porque esa zona era tan gélida como una pista de patinaje. Escuchamos un pequeño ruido, acercamos nuestras caras y nos dimos cuenta de que había una mirilla.

—¡Anda, pero si sois vosotros! ¡Pasad, por favor!

La casa ya tenía su antigüedad. No sabría explicarlo, pero la decoración me recordaba bastante a un restaurante español que imitaba el mismo aspecto de una cueva. El suelo estaba repleto de adoquines. Al entrar a su despacho vimos unas alfombras de color mostaza un tanto desgastadas. Tendió la mano para ofrecernos asiento en un sofá de cuero negro donde comenzaríamos la ronda de preguntas.

—Y dígame, ¿qué le trae por aquí? —me miró extrañado.

—Lo cierto es que yo... —procuré allanar el terreno.

—¿Ha pensado en mi oferta?

—No vine para eso.

—Es una lástima —agitó con cuidado la copa de vino que se sirvió nada más entrar.

—Iré al grano. ¿Conoce usted al señor Pennington?

—Sí, fue mi primer paciente, aunque eso no os incumbe por una cuestión de privacidad, no obstante, creo que puedo hacer una excepción, siempre y cuando sepáis tener la boquita cerrada —avisó—. ¿Qué queréis de él?

—Necesitamos información —agregó Nicole.

—¿Para?

Ella iba a contarle mi historia, pero algo dentro de mí me decía que no era el momento apropiado. Por suerte, sabía que en el peor de los casos quedaría como un lunático, y siendo optimistas, me tacharía de imbécil, así que, ¿qué es lo máximo que podría hacer? ¿Echarme de casa? ¡Menuda novedad!

—Está bien. Digamos que soy un ángel, por alguna extraña razón caí del

cielo sin más y quiero saber el motivo o cuál sería mi propósito.

El doctor Pau se rió durante veinte segundos. Me esperaba algo insolente, sin embargo, se mostró bastante comprensivo.

—¡Qué interesante! Supongo que tu cometido podría resumirse en matar o bien inspeccionar a los humanos.

—¿Usted cree?

—O quizá fuiste desterrado.

—¿Por qué?

—Eso ya no lo sé.

—¿No tiene respuesta?

—Joven, soy doctor, no adivino. Lo que sí te puedo decir es que busques dentro de su subconsciente, a lo mejor así encuentras la respuesta que tan desesperadamente cala en tu interior.

—¿Para esto he venido hasta aquí? ¿Para que me dé un consejo espiritual?

—Ni un detective lograría ayudarte si no ofreces más pistas.

—Me da que no entiende la gravedad de la situación.

—Lo haría encantado con el material adecuado.

Resoplé fuertemente y Ni me cogió de la mano. Leí sus labios diciéndome que guardara la compostura.

—¿Os apetece un té?

—No, gracias, dentro de nada nos iremos —respondió ella.

—Chicos, lo único que sé es que todo lo que tuvo lo perdió. El descontrol en las partidas de póker arruinó su vida. Dicen las malas lenguas que después de esa pérdida, se suicidó, pero yo sé que no.

—¿Lo mataron?

—Es posible.

—¿Algún familiar?

—Sí, una hermana, creo que estaba en Blackpool.

—¿Esposa, hijos?

—No.

—¿No?

—Antes del suceso pensaba casarse. Lo que ocurrió fue que su pareja al darse cuenta de la que se le venía encima, lo dejó y terminó yéndose con otro.

—Entonces sí tenía novia.

—Sí, pero no sé su nombre.

—¿Y el de la hermana?

—Ese sí. Alison.

—¿Y dónde podemos encontrarla?

—En BlackPool.

—¿Algo más que deba conocer acerca de su vida?

—Es todo lo que sé.

—Fantástico. Muchísimas gracias, Dr. Pau —dije levantándome al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

—Me alegro de haberle servido de ayuda.

—Enseguida voy, Nick, quiero hacerle algunas preguntas. Tú vete adelantando —expresó Nicole con firmeza.

Decidí irme y esperarla fuera. Seguramente le amenazaría en caso de notar que hay datos que no encajan, pero por el momento nada me sonaba a chino.

—En verdad sabe por qué he venido aquí, ¿no es cierto?

—Sí, querida, pero no pensé que fuera tan pronto. El 01010111 sigue estropeado.

Asentí como la maravillosa perra del engaño que soy.

—¡Debemos actuar ya, Pau!

—No se preocupe, en menos de lo que canta un gallo acabarán por venir unos sicarios. Además, la dirección que le di es falsa.

—Eso espero. No quisiera acabar yo misma con él.

—Descuide. Seguramente acabe renegado y deje atrás su pasado para afrontar el presente. Una bonita forma de olvido, ¿no cree?

—Sí.

—Recuerde, llévelo a Blackpool.

—¡Allí no hay nada!

—No, pero si va y no encuentra ni un alma, se desilusionará y no querrá volver a saber nada de su pasado, por lo tanto, ganaremos tiempo.

—Entiendo.

—Estaremos en contacto, que hoy tengo demasiada faena.

—Hasta pronto, doctor.

—Hasta pronto, Mel.

Capítulo 3

Blackpool:

El cansancio empezaba a manifestarse. No es que llegar hasta Blackpool costara una vida y media, lo que pasa es que la desesperación también sumaba puntos en mi contra, por consiguiente, ya no era yo el que hablaba, sino mis ganas de acabar con todo esto cuanto antes.

—¿Realmente hay que ir allí? —apoyé mis manos en las rodillas con tal de mantenerme despierto.

—Sí. Ten en cuenta que tardaríamos media hora, siendo generosos, o cuatro, suponiendo que nos alejemos de la ruta que nos pone el GPS, pero ni te preocupes porque iremos por la M40 y después pillaremos un atajo por la M6.

—Madre mía...

—¿Ya estás con las quejas otra vez? ¿Acaso no quieres regresar al cielo?

—¡Claro que quiero!

—Entonces no hay tiempo que perder.

—Es que no pretendo dejar sola a Shadow.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Y qué solución aportas?

—Ya me he encargado de eso, Nick.

—¿Estará bien? ¿Le dejaste suficiente granulado?

—¡Que sí, deja de comerte la cabeza!

Para colmo, cuando creía haber superado una parte de aquellos problemas, las alucinaciones volvieron al ataque en mi mente. No fue suficiente ver a un malvado y diabólico ente, sino que también empecé a delirar.

En la primera salía Ni hablando con Pau. Realmente no pude escuchar sus palabras, pero desde luego, no eran agradables. Ella sonreía con malicia, él sólo le estrechaba la mano y se dedicaba a decir que sí. No le hice

mucho caso, pues no se trataba de algo en lo que creyese, aunque si todo lo que yo había soñado se volvía realidad, entonces tendría que andarme con ojo.

Nicole comenzó la ronda de preguntas de camino a casa, a pesar de encontrarme fatigado y en mi mundo.

—¿Qué sucede, chico? Pareces pensativo.

—No es nada importante, simplemente siento que cada vez estoy un paso más cerca de descubrir el porqué de esta mierda.

—Suenan genial, ¿no?

—Sí, suponiendo que el proceso de la búsqueda no se alargue tanto.

Tan pronto como llegamos a casa, recogimos a nuestras mascotas y nos fuimos. Ella me sugirió dejar a los peludos en casa de una buena amiga suya, la cual se llevaba fenomenal con los padres, y en caso de tardar dos días o una semana —por poner una aproximación—, la familia de Nicole podría ir a buscarlos.

Nos adentramos en la carretera. Mantuvimos la vista al frente, pero la cabeza en otro lado.

—Nick...

—¿Sí?

—¿Cómo es el cielo?

—Ya te lo dije, es igual que La Tierra, sólo que mejor.

—¿No se paga el alquiler ni la hipoteca de la casa?

—Por supuesto que sí —respondí con ligera timidez frotando la mano contra mi nuca—. Somos como unos humanos con superpoderes y privilegios que nos permiten ver a vuestros familiares, decidir a quién salvar e incluso a quién dar un toque de atención.

—¡Vaya, pues sí que está alto el listón!

—No era tan difícil, Ni.

—Entonces, ¿no tienes familia?

Desvié la mirada hacia otro lado, concretamente al de mi ventanilla. Permanecí en silencio y eso no le gustaba. Proyectó un punto inquietante que me encantaba por su parte, desde su curiosidad hasta su interés por ayudarme, sin embargo, hay ciertos momentos que deben ser respetados.

—No me has contestado.

—Los ángeles somos creación única de Dios. No se nos permite tener familia.

—¿No?

Suspiré y continué.

—Bueno, pocos pueden presumir de esa suerte. Digamos que los seres afortunados al considerarlos más listos que el resto, son abducidos por el creador, después les colocan un nítido recuerdo de su familia en el cerebro y a posteriori se les comunicará que el deber de un ángel es tan sumamente importante que ni tiempo habrá para estar con sus parientes.

—¿Y vuestros descansos?

—¿Crees que somos esclavos? ¡Por supuesto que disfrutan del tiempo libre!

—Entonces...

—Déjame acabar —la interrumpí.

Se cruzó de brazos esperando los detalles.

—Cada cierto tiempo —vamos a decir que en cuestión de unos meses— les envían una carta para que crean que tienen familia y que sus familiares en ningún momento se han olvidado de ellos, a pesar de ejercer de por vida el trabajo de un ángel.

—¿Quieres decir que en sus mentes prematuras les implantan un falso recuerdo de una familia que ni existe y que por más que trabajen y dispongan de horas libres sólo pueden mandarse cartas?

Pegué un chasquido y dije "□□!", que significa "bingo" en coreano.

—Además, yo no conservo recuerdos.

—¿Por qué? —insistió la pesada.

—Estás haciendo demasiadas preguntas.

—Lo siento.

—¡Qué más da! No tengo familia porque como ya te dije, soy un producto de Dios.

Nicole detuvo el coche minutos antes de entrar en la autopista porque hubo una cola tremebunda.

—Si eres un producto suyo, ¿no deberías heredar los mismos poderes?
—me preguntó.

—Primero, mírame de frente, y segundo, eso no funciona así. Dios a la hora de crear a un ángel dosifica el poder del mismo, por lo que sólo los más experimentados y fuertes logran soportarlo.

—O sea, que eres un enclenque.

—¡Eh, no fastidies!

Aquel comentario me hizo sentir una basura, aunque no lo fuera.

Sin darle mayor importancia —ya que sería torturarme por una gilipollez de ese estilo— saqué de mi chaqueta una caja de cigarrillos. Quería ofrecerle uno, pero con lo especial que era a veces, en el fondo sabía lo que me iba a decir.

—¿Quieres?

—¡Prohibido fumar!

—¡Venga, no me prives de la única cosa buena que me queda! —rechisté estirando mi espalda.

—¡Qué rápido llegó tu vejez!

—La ventanilla está abierta. Déjame al menos ser considerado por una vez.

—Cambia de tema y fúmate tu jodido cigarro —aceleró.

—Dicho y hecho, mademoiselle.

—Cuando nos conocimos dijiste que eras de Corea.

—Dios me dio forma y también me asignó una nacionalidad.

—¿Entonces sabes hablar coreano?

—□□ □□□□□ □□ □□□□, □□ □□□, □□□□, □□□ □ □
□□□□

—Vale, no he entendido nada.

—Lo que quise decir es que faltaría menos, puesto que sé hablar coreano, español y algo de inglés.

—Ya.

El viaje se hizo tan largo que al final me quedé dormido.

Cuando mis ojos estaban a dos segundos de abrirse, sentí el rostro de Nicole sobre mi hombro. Estaba tan cerca que poco hubiera faltado para llevarme un buen susto. Ella con su amplia sonrisa e irónico sentido del humor me dejaba atontado.

Parecía mentira, pero...¿en verdad un ángel podría tener derecho a enamorarse o flirtear con un humano? Por el momento nadie se había planteado algo semejante.

—Bájate del coche.

—¿Es aquí? —cuestioné sorprendido observando los alrededores.

—Sí.

—¡Pero si esto es un cuchitril!

—Puede, aunque también cabe la posibilidad de que en este cuchitril viva alguien.

En ese momento nacieron unos nervios que nada tenían que ver ni con el pasado ni con el cielo.

La casa era vieja y roñosa. Su fachada no me terminaba de convencer a la hora de dar un paso adelante, no obstante, tampoco es que las

alternativas levantarán la mano para emprender otro camino.

—¿Y si está abandonada?

—No lo sabremos hasta que toquemos el timbre, genio. ¡Vamos, toca!

—¿Yo?

—¿Eso que huelo es miedo?

—¡Un ángel no le teme a nada! —reconocí.

Decidido a la par que seguro, no dudé en dar tres golpes a aquella puerta de madera desgastada y con un fuerte aroma a descomposición.

Esperé unos segundos, mas nadie respondió. Probé suerte por tercera vez, a pesar de no haber respuesta alguna.

Iba a golpear con más insistencia cuando por fin se abrió, emitiendo varios chirridos provocados por los años transcurridos. Entramos por un patio cuyo espacio resultaba un homenaje a la imaginación debido a la cantidad de historias que rondaban por mi cabeza. Un estilo que me recordaba a las casas de campo, sin embargo, los modelos rústicos guardaban un cuidado acogedor, cálido y aportaban esa sensación de refugio del que nadie desearía alejarse, cosa que este lugar transmitía la visión opuesta; nos encontramos pasto seco, ratas muertas a los alrededores y paredes viejas ensangrentadas que mostraban un aspecto tétrico con el gotelé.

—No sé tú, Ni, pero esto me da mala espina.

—¡Oh, vamos! ¿No será que te quieres ir?

—No, es sólo que...

—Suéltalo.

Escuchamos un grito ahogado que nos erizó la piel, lo que me hizo abrir aún más los ojos.

—Oh, fucking shit!! Have you heard that?

—Claro que lo acabo de escuchar, por el momento no estoy sordo. Hazte a un lado.

—Pero...

—¡Aún conservo mis poderes! —grité posicionándome delante de ella.

—¡¡No me asustas, he visto cosas peores!!

Esperaba que me contestasen, pero únicamente conseguí que mi cabeza se llenara de susurros y visiones constantes.

Cuando me quise dar cuenta, una anciana nos estaba echando de la "supuesta" propiedad privada alegando que llamaría a la policía no sólo por allanamiento de morada, sino también por meternos en asuntos que no eran de nuestra incumbencia.

—¡¡Es la última vez que os lo advierto!! A la próxima llamaré al Sheriff McClain. No sois los primeros forasteros que han deseado desvelar el secreto de este rancio y destartado caserón, así que espero que os larguéis —articuló la vieja en tono amenazante.

—Estamos buscando información acerca de los ángeles.

—Un segundo, ¿acabas de decir ángeles, mujercita?

—Sí.

—¡Pues más razón para marcharos! —bramó agitando con fuerza los hombros de Nicole.

—No podemos —se negó.

—¿¡Disculpa!?! ¿Sois del MI6 o de los Scotland Yard?

—No —respondí.

La mujer inspiró profundamente y luego espiró de forma brusca. No le sentó bien nuestra insistencia, pero si nos hubiéramos ido pronto, ¿qué habría sido de la búsqueda?

—Entrad rápido y no le busquéis las cosquillas al gato.

—¿Qué nos quiere decir con eso? —insistí desconfiando de sus intenciones.

—Que contaré todo lo que sé y luego os iréis, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señora.

—Hace escasos días vino alguien que se hacía llamar Karud.

—¿Karud?

—Sí, dijo que era un ángel —nos ofreció asiento en dos butacas grises de poliéster con un gesto amigable.

Mi cara se volvió pálida, aunque no por el detalle de invitarnos a no estar en el suelo.

—¿Eso significa que hay más ángeles? —indagué mirando a los alrededores porque me pareció escuchar el chillido de un ratón.

—¿Cómo quieres que lo sepa, señorito? Lo que sí sé es que busca una verdad.

—¿Cuál?

—Según él, hace más de dos años que cayó del cielo y todavía intenta hallar una respuesta. Supongo que esa verdad no es otra que la de un dios corrupto que juega a algo muy peligroso.

—¿Se lo ha dicho con esas mismas palabras?

—No, joven, es una teoría, aunque en mi juventud yo era bastante atea. La rebeldía es lo que tiene.

—¿Y por qué cree que siendo atea debería confiar en dicha hipótesis?

—Porque dudo hasta del último pelo viviente de mi nariz. Las cosas no aparecen de la nada sin un plan detrás, y menos cuando lo más simple se sostiene con una complejidad dominante que el ser humano no siempre es capaz de entender.

Seguí escuchándola con la esperanza de poder relacionar la conversación de ese momento con lo que me pasó.

—Resumiendo...Aterrizó aquí, le echó la culpa a Dios y quiere vengarse.

—¿Eso es todo? Con esa información no iremos muy lejos.

—Puedo darte su número si así lo deseas.

—Es lo mínimo, supongo.

—Eres un poco arrogante, joven —me juzgó.

—¡Oh, no lo sabe usted bien! —coincidió Ni con el pensamiento de la anciana.

—Es mi forma de ir al grano, no he sido un grosero.

Nicole se incorporó y me puso la mano en el hombro. Después me comentó que iba a atender una llamada, así que di por sentado que no tardaría mucho por lo práctica que es.

—Pues aquí llega el fin de esta charla, muchacho.

—¡¿¿Qué??!! ¿Esto es todo? —me negué a aceptar que había concluido al cien por cien la información que necesitaba conseguir.

—¿Y qué esperabas?

—¡Vamos, abuela, no me dejes a medias!

—A veces no por tener la copa más baja y unas ramas cortas se llega antes a la manzana.

—Un manzano no protege sus frutos ni tampoco pretende alcanzarlos, pero comprendo qué es lo que me ha querido decir.

—Sé que lo has entendido, listillo, así que quédate con la copla y lárgate con tu amiguita.

—¿La puedo visitar en otra ocasión?

—Preferiría que no, aunque tu cara me recuerda a la de un niño que se metía en muchos líos. Acompáñame a la puerta y acércame el boli azul que hay en la mesa.

Obedecí y cogí el bolígrafo que estaba encima del mueble.

—¿Está segura de que esto va a escribir?

—Hay tinta suficiente para apuntar los dos.

—¿Los dos? ¿No me iba a dar sólo el de Karud?

—Sí, junto al mío.

—¡Vaya, gracias! —valoré el detalle.

Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo de la bata blanca que llevaba puesta y anotó ambos números apoyando su mano derecha contra la pared

mientras la otra sujetaba el "papel".

—Por cierto, antes de que se me olvide, juraría que al entrar escuché la voz de un fantasma.

—¿Fantasma? ¿Te refieres a la voz programada?

—¿Entonces esta casa no esconde ninguna maldición o algún secreto?

—¡Dios me cure de espanto! Esa es la mentira perfecta para que nadie entre; ni siquiera los forasteros como tú —me explica riéndose.

Sonreí apenado a la par que entendiendo su postura porque vivía sola.

—El único secreto aquí es mi edad, chico. Espero haberte ayudado.

—No dude en contactar conmigo si sabe algo más, por favor —junté las manos como si estuviera rezando.

—Lo tendré en cuenta.

Llamé al doctor Pau al teléfono de su casa. Sabía que me armaría la de todos los santos por no mantener las cosas en su sitio como el jodido pedante quería, pero el maldito coreano sacaba lo peor de mí, y si por mis ovarios fuera, ya lo habría matado hace rato.

—Cógelo ya, joder... que es para hoy —murmuré entre dientes.

—¿Diga? —contestó al fin.

—Soy yo. Las cosas no están saliendo como esperábamos.

—¿i¿Quéééééé?!?

—¿A qué viene el asombro? ¡Me comentaste que no había nadie!

—¿Y?

—Resulta que sí. Una vieja chocha que intenta ayudar al tío.

—¿Acaso eso es relevante?

—Pues sí, señor, porque ahora sabe que existe otro ángel.

—¿i¿Cómo puedes ser tan inútil, Mel?!?

—No tuve opción y tú tampoco es que aportes muchas soluciones al tema, baboso engreído.

—iMis asuntos a ti no te importan, niña, así que haz tu puñetera labor y déjate de tonterías!!

—Se trata de Karud —concreté tragando saliva.

—¿Karud? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Ese individuo no podría oler un hueso ni aunque estuviera cerca de sus narices!

—¿Es inofensivo?

—Of course, honey.

—¿Entonces? ¿Cuál va a ser la próxima jugada? —ignoré ese apelativo inapropiado con ambas preguntas.

—Mantenme informado, sígueme el juego y cuando yo te dé la señal, mátalos.

—Creí que lo quería vivo —arqueé una ceja ante el cambio de planes.

—Sí, pero con los cabos que dejas sueltos, creo que será mejor esconder la basura debajo de la alfombra.

—De acuerdo.

—Una última pregunta.

—Sé breve.

—¿Debo cargarme a todos los ángeles existentes?

—¿Es que tengo que decírtelo todo? Ni que fuera tu jodido tutor —finalizó la llamada con una risa diabólica.

Colgué el teléfono indignadísima y respondí a la señal que me hizo Bong con sus manos, agitándolas como si no lo pudiera ver a catorce metros de distancia; menudo idiota.

Me dirigí hacia Nicole. Parecía un poco enojada por algo, pero preferí no preguntar porque quizá mantuvo una conversación delicada con su mejor amiga y mi curiosidad no ayudaría ni lo más mínimo.

—Vámonos, Ni, la señora no sabe nada —desvié mis pensamientos con una evidencia que en el fondo ella se esperaba.

—¿Seguro, Nick?

—¿Ganaría un premio gordo si te ocultara las cosas?

No respondió. Bajó la mirada durante unos segundos y luego se encogió de hombros.

—¿Qué sucede? —pregunté sacando de mi chaqueta lo que ya cualquiera se sabría de memoria.

—Nada, no te preocupes. Emily perdió a su abuela y se estaba desahogando.

—Comprendo. Al final sí que va a ser cierto eso de que la vida es dura.

—Sólo para los que no saben vivirla —me quitó el cigarro de las manos para dar una calada rápida.

Capítulo 4

El buen presentimiento:

Era de noche y hacía frío. La ventana aún estaba abierta y dejaba paso a las estrellas, tan brillantes como el sol. Continuaba sentado cerca de un escritorio relatando mis vivencias y observaciones en este mundo.

día 4 de diciembre de 2018

Llegué aquí sin previo aviso. Conocí a una chica y encontré a quien actualmente es mi mascota: Shadow. Ahora somos cuatro, contando con el otro perro, claro. Hemos ido a investigar acerca de este extraño suceso. Diré como tal que mi único deseo es volver allí arriba. No es que aquí se esté mal, pero tengo asuntos pendientes con Dios; por eso debo de encontrar una salida incluso si no la hay. ¡Oh, también hablé con una anciana que afirmaba conocer a otro ser parecido a mí! Confirmó que se llamaba Karud y que aún seguía en busca de su propia verdad. Creo que ese detalle nos hace congeniar, así que mañana lo llamaré, aunque quizá ni me escuche, mas he de intentarlo. Para finalizar, añadiré que no me gusta el inglés y que el castellano me resulta más atractivo a la hora de hablar.

Antes de caer, me vinieron recuerdos a la cabeza. Cabe recalcar que terminaron siendo premoniciones. He dejado de pensar vagamente. No obstante, viendo el futuro, algo me dice que no terminaré muy bien. Debo cuidarme del frío.

Atte. □ □ □ (Bong-Min-San).

20:00 de la noche, Londres.

Me quité el traje, me puse un pijama prestado, cerré la ventana y me dormí. La cama era suave, acolchada, tan cálida como estar flotando en una nube, así que ya te imaginarás... tuve un sueño muy profundo y pude descansar con propiedad.

A las 6:10 de la mañana decidí levantarme para vestirme lo antes posible. Tomé mi pequeño cuaderno y salí a las afueras al jardín; allí me puse a reflexionar.

No. Dios no haría eso, me repetía constantemente. Él no jugaría a divertirse con el sufrimiento de los ángeles.

Aún recuerdo el momento de mi creación. Fui asignado asiático, pero sin ninguna procedencia. En aquel entonces conté con la oportunidad de aprender varios idiomas: entre ellos destacaba el chino, el coreano y el

japonés. Yo elegí coreano pudiendo elegir el chino, porque al igual que el inglés, este ya era una obligación. También podría servirme de cara al futuro. Me había familiarizado con el coreano y el castellano. ¿Por qué este último? Bueno, supongo que me gustaban los sonidos, las expresiones faciales y las formas de comunicación. Una vez criado, con nueve o diez años, aprendí defensa personal: karate, kung-fu, taekwondo, capoeira, ninjutsu y taijutsu. Asimismo estudiaba materias. Todo lo posible para convertirme en un buen ángel guardián y protector de dios. Los que fracasaban, disponían de dos opciones. Si suspendían más veces de las que habían aprobado, deberían irse al infierno durante seis meses, ya que allí hacían pruebas para absorber una mayor fuerza, pero si no lo conseguían, serían desterrados o ejecutados. La mayoría prefería el destierro, sin embargo, no sabía a qué lugar se iba, sólo que dejaban de tener sus poderes especiales. A mí me habían enseñado a no preguntar innecesariamente y si se daba el caso, que al menos fueran aspectos fundamentales. Insisto, todos los días durante dos o tres horas, desde las 8:30 hasta las 11:10 aprendía técnicas de lucha y estudiaba desde las 12:00 hasta las 4:00 de la mañana. Libraba las horas restantes, salvo que fueran viernes, sábados y domingos, las pasaba estudiando o practicando. Cuanto más bueno fueras en él, tenías un aumento de descanso. Si eres el número uno, puedes hacerlo cuando quisieras, pero si perdías facultades o demostrabas ser malo, tu tiempo era reducido de diez minutos a uno. Es por eso por lo que las prácticas eran realmente duras, incluso para un humano. Desde el momento en el que se lanzaba por la borda todo, únicamente merecía la pena ganar, convirtiéndote en el mejor de tu clase. Como ya dije anteriormente, podías decidir cuándo y a qué hora tomar el descanso. En ese estado se suponía que eras un "oppa" (superior). Los "oppas" eran candidatos a ser los guardaespaldas principales de Dios, por lo que ejercían poder sobre los maknae (palabra coreana para describir a gente de menor edad en un grupo o miembro, y esto también vale para boybands, música, etcétera). Mandaban y los utilizaban como conejillos de indias, motivo por el cual a mí nunca me doblegaron, a diferencia de los "oppas", yo tuve la oportunidad de ser uno de ellos, pero al no gustarme la superioridad y la forma de tratar a los maknae, decidí recusarla, terminando así de la misma manera que su líder. Siempre que algún "inferior" era herido, insultado o avasallado, acudía a mí. Con mis "dotes" (porque yo nunca los consideré como tal) de lucha, les daba una paliza a la par que lección. Mi sentido de la justicia iba más allá. No bastaba con sólo pegar y hacer daño, sino de hacerles entender que todos éramos iguales, aunque Dios siempre defendiera lo contrario. Estuve por más de tres años, luego fui castigado y casi consigo ser desterrado. ¿Por qué? Pues porque uno de los sacerdotes celestiales se enteró de que un familiar suyo fue abatido por mí. Aún recuerdo sus palabras.

Se acumulan los pensamientos atrapados sin anestesia en mi pasado. En

aquel entonces (□ □ □) Bong-Min-San tenía quince años.

—¿Y bien? ¿Andan estupendamente tus acciones? ¿Es así como acoges la calurosa bienvenida de dios? ¡¿Eh?!?! ¡Tú, maldito mocoso, deberías estar arrepentido por tus actos! Esto no es bueno ni para ti ni para mí.

—No me arrepiento —aseguré secamente.

—¿Qué? ¿¡Qué dijiste!? —preguntó el agresivo sacerdote esperando escuchar una disculpa por mi parte.

—Dije que no me arrepiento.

—¿Acaso sabes con quien estás hablando, mocoso? —inquirió en un tono amenazante y con una sonrisa forzada.

—¿Acaso él no es justo? Dios no debería permitir que los "oppas" abusen de los maknae —aclaré agregando unas comillas con los dedos.

—¿¡¿Cómo osas contradecir las palabras y órdenes de Nuestro Señor?!?
¡Serás severamente castigado, cucaracha!! ¡Hasta el infierno más caliente te parecerá un caramelo! —gritó agarrando mi uniforme como si se estuviese preparando para unas olimpiadas.

Terminé encogiéndome los hombros.

—Te llevaremos a la prisión del limbo.

No me preocupaba ni lo más mínimo. Mi indiferencia se encontraba en el mismo nivel que la de un renacuajo pintando las paredes de un espacio público.

—Si me lleváis a ese lugar, decidle a Dios de mi parte que el abuso de poder del que presumen esos idiotas por creerse superiores a todos los maknaes... no debería existir. Por eso rechacé ser un oppa.

El hombre abofeteó mi rostro mandando a los guardias a encerrarme. Me atraparon, ya que no opuse resistencia. Aquella prisión era lo peor que a un ser/ángel le podía pasar, porque al menos en el infierno tenías tiempo, en el limbo ni eso. Básicamente trabajabas y trabajabas las veinticuatro horas, aunque esto sólo se daba en casos excepcionales, por lo que nadie iba, salvo que hubieras cometido un crimen extremadamente grave: eso o por supuesto quitarle mérito a la función, cargo o credibilidad del omnipotente.

Allí había gente de todo tipo. Desde muchachos conflictivos que jamás acatarían las normas —quienes no podrían ser liberados de su prisión—, hasta señores mayores no creyentes, puesto que el ateísmo está considerado algo sumamente peligroso. Primero te quitaban tus poderes, luego tus privilegios de ciudadano, y por supuesto, si eras un ángel, lo perdías todo, ya que tu vida no guardaba relación con la de los residentes. La única forma de librarse de este calvario consistía en hacer que los pecados y actos cometidos expirasen permitiendo así un sentimiento de culpa y/o remordimiento que anulara la esclavitud.

Yo, fiel a mis principios, nunca dejé de negar que no me sentí mal por golpear a un lameculos prepotente e inepto candidato a ángel.

Uno de los largos meses de frío, Dios vino a hacerme una visita. Aproveché la oportunidad para entablar una charla amigable con él. Me hizo abrir los ojos.

—Bien, ¿sabes por qué estás aquí?

—¿Por golpear a un cretino?

—Veo que tus modales siguen sin mejorar, □ □ □. Entiendo lo que sientes.

—No, usted no lo entiende, porque de ser así, haría que los oppas dejaran de abusar de los demás con sus desatinados mandatos.

—Me encargaré de eso personalmente, chico.

No le creí. Mi rabia era más grande que la fe de cualquiera.

—Oye, □ □ □, ¿no querrías regresar a tu vida normal? Sólo tienes que decir ante mí y el cura que sientes el arrepentimiento en tus venas por la negligencia de tus actos ligados a crímenes cometidos.

—Aunque así fuera, no estaría diciendo la verdad. Le mentiría a usted y a él, Padre.

—¡Vaya! Entonces, Bong Min San, ¿prefieres quedarte aquí y resistir hasta que al final seas curado?

—Me temo que no van a eliminar mis pecados.

—Ya veo, muchacho. De todas formas, necesito que comprendas esto. A veces el crimen ha de mirarse desde el crimen. Ambos sabemos que ser malo está mal. ¿Qué conseguimos siendo aquello que no nos identifica? Si cometes un delito, debes pagar por ello, así que... si vas a luchar, hazlo

por la justicia y el deber. Lo tuyo fue un acto repentino e ilógico.

—Padre, ¿ha sido malo alguna vez?

—Claro. Antes de ostentar al cargo de ser un dios, era la oveja negra de mi familia. Los problemas con el alcohol no solucionaron absolutamente nada y fui rechazado durante muchísimo tiempo, pero ¿sabes una cosa? Me mantuve sereno en todo momento, cambié mi actitud y aquí estoy, regentando este gran puesto que no todos logran poseer.

—¿Intenta darme una lección? —hurgué en la duda porque ya me hacía una ligera idea de lo que podría responderme.

—Lo que trato de decir es que si eres bueno y fomentas las buenas acciones, la vida te dará cosas buenas. Sin embargo, si eres rebelde y todo repercute en tu cabezonería, la vida te traerá auténticos desastres —decía moviendo su dedo índice a modo de desaprobación.

—¿Karma?

—Si lo quieres llamar así para comprender el mensaje, adelante.

—Debería saber algo, Señor, y lo explicaré desde el respeto.

—¡Por supuesto, joven! Aquí aprendemos sin complejos, y yo también me incluyo. Habla.

—El karma normalmente se confunde con una venganza cuando en realidad no es más que el reflejo de nuestros actos, tanto aquí como en cualquier otro lado del universo.

—Exactamente. ¿Conoces la razón por la que el mundo lo ve de esa manera?

—Porque la gente no se guía por la costumbre de aprender de lo malo. De alguna manera u otra, es como si no se admitiese un error por orgullo o falta de autocrítica.

—¿Y eso no te da qué pensar, amiguito?

—¿Cree que soy orgulloso?

—Afortunadamente, no. Tu inocencia es un grato recordatorio de lo que fue mi infancia. Hacer el bien no siempre resulta divertido, pero sí es lo

más justo a la hora de analizar qué es lo mejor para el bien común.

—Resumiendo... que la ley de la atracción debería tomarla como un ejercicio de meditación acerca de lo que conseguiría cambiar.

—Vas bien. Continúa.

—Y que mi individualismo causaría problemas por buscar qué es lo que me gustaría hacer en vez de inspirarme en la mentalidad de colmena.

—¿Ha sido tan difícil?

—Para nada. Usted es bastante inteligente y se adelanta a los hechos, a pesar de tener que lidiar con cargas espirituales intensas. Intuyo que esto es su verdadera vocación, ¿no?

—Así es. Ahora sé bueno y reflexiona sobre lo que hiciste. Puede que con un poco de suerte salgas antes de lo que crees.

Aprendí mucho de la conversación. Ignoraba que había un cargo para convertirse en dios. ¿Dedicarse a ello era como ser presidente del gobierno? Quitando eso, comprendí su enseñanza, por lo que lo empecé a venerar más, como un hijo venera a un padre y viceversa.

Superé el medio año de penitencia. Diez meses, para ser exactos. Alguien normal jamás lo habría soportado, aunque mis ansias de salir y la disciplina que adquirí para pensar antes en el resto que en mis propósitos hicieron que me arrepintiera. Me tocaba eso o morir en manos de un tribunal supremo que lo único que aportaba era su corrupción. ¡Nada que ver con la misericordia del todopoderoso!

Al cumplir los veinticinco otoños, conseguí ser despedido y ciudadano en paro. Otro dato muy divertido es que los ángeles que ya no trabajaban de guardaespaldas no podían tener empleo. Bueno, en verdad sí. Digamos que las posibilidades no eran nulas, pero no te brindaban tantas. ¿Un ángel parado? Te comparaban con los vendedores de droga o un vándalo que hace estropicios en la ciudad. Nadie me quiso contratar. Deambulé por las calles y sobrevivía en los albergues precarios. Una vez cumplido los treinta y dos años, sin previo aviso y por arte de magia, llegué aquí.

Un toquecito en el brazo logró despertarme de mis sueños.

—Ah, eres tú, Ni —regresé al mundo real después del ligero zarandeo que hizo la señorita con tal de interrumpir el descanso.

—Sí. ¿Vienes? El sol está a punto de salir.

Miré al cielo. Permanecí durante horas y horas sin darme cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. Eché un vistazo a mi reloj. Las 7:06 y ni siquiera fui capaz de percatarme antes que Nicole.

—¿A dónde vamos?

—A Harvey Nichols —comentó decidida.

—¿Para?

—¿Acaso vas a seguir vistiendo esos harapos durante toda la vida?

—Esos harapos son de máxima calidad, señorita.

—¡Uy! Usted perdone, caballero.

Cuando se ponía en ese plan, prefería no seguirle el juego porque las burlas darían para un buen par de días.

Harvey Nichols era increíblemente espacioso. Posiblemente el centro comercial más grande de Londres. Había puestos de cafés, restaurantes lujosos, pequeños supermercados y tiendas de electrónica. ¿Con dinero? Adelante. Yo lo tenía, pero no lo necesitaba por el momento. La verdad resultaba más importante que un dichoso papel verde.

—Dime qué quieres —llamó mi atención con un intenso olor a jazmín.

Ella se detuvo en una perfumería cercana donde ofrecían muestras gratuitas, y como me quedé abstraído mirando las diferentes zonas, pues no tardé demasiado en bajar de las nubes.

—Trajes —precisé.

—De eso nada.

Agarró mi mano como si de un niño pequeño se tratara, señalando con su dedo índice izquierdo un escaparate atractivo.

—¡Vamos a ir a esa tienda! Allí ves si te gusta alguna prenda y me lo dices. Luego la compramos.

—¿Por qué haces esto? —rezongué.

—¿Ves normal ir vestido como si asistieras a una gala todos los días? Si quieres pasar desapercibido como humano, tendrás que ir variando tu catálogo textil.

—Entiendo.

No terminaba de convencerme la idea de renunciar a mis gustos sólo por encajar sin destacar, pero sigo pensando que los trajes son perfectos para cualquier ocasión. De por sí dan un aire que inspira seriedad y una elegancia pulcra. Claro está que Nicole conocía esto mejor que yo.

—Ahora ve y busca, fiero.

Ojeé un modelo sencillo, al menos dentro de mis limitaciones.

—¿Está camiseta? Ni hablar.

—¿¿Por qué?? ¿Qué tiene de malo? —protesté agitándola con el perchero.

—Es demasiado llamativa. Escoge otra más afín a las expectativas de este mundo.

—Que sepas que en mi tierra está muy de moda—la puse al día por lo bajini.

—¿Me estás diciendo que esta horterada es el último grito en tu realidad? Desde luego mis pesadillas sí que son acertadas, no este crimen de tela.

Di una vuelta por los alrededores buscando atuendos que cumplieran con la aprobación de Nicole, ya que si no, gran parte de la mañana se nos iría en discutir, pero no encontré ninguno que me pareciera bonito.

—¿Y bien?

—No me gusta nada.

—¿Vamos a Mayfair? —sugirió rascándose la barbilla.

—¿Mayfair?

—¿No lo conoces?

—No sé qué es eso. Nosotros tenemos BXB y EightDM.

—Oh, my God! —llevó su mano a la frente insinuando que su paciencia superaba el aguante de mi ignorancia. Después agarró mi muñeca derecha arrastrándome a la fuerza.

—¿iQué diablos te pasa, tía!? ¡Deja de tirar de mí!

—¡Cállate y camina!

Salimos del Harvey Nichols para dirigirnos al lugar en autobús. Llegamos dos horas más tarde gracias a una cola enorme que provocó un tipo borracho en su coche. Nos adentramos en aquella tienda que parecía un apellido pijo de mujer; incluso pensé que se trataría de alguna amiga suya que trabajase allí. Evité decírselo por miedo a su reacción, aunque como todo le importaba un soberano comino, la sorpresa hubiera sido que actuara con normalidad.

—No sé por qué tenemos que perder el tiempo aquí. Además, sólo estamos desviándonos del objetivo principal.

—Tu prioridad puede esperar, Nick. No te va a dar una taquicardia si pasamos un buen rato en este sitio.

—¡Es que no me atrae nada, Nicole! ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—Lo entiendo perfectamente, pero ni siquiera te esfuerzas, no tienes gusto y tampoco das con algo que te favorezca. Sintiéndolo mucho, seré yo quien te escoja la ropa.

—Espera, se me olvida algo. ¡Shadow!

—Descuida, desastre. Tiene comida de sobra para estos días, así que puedes estar tranquilo —dijo dedicándome una sonrisa cansada—. Además, nadie te impide buscar la verdad mientras te pruebas ropa.

Me puse varios polos, camisetas y pantalones. Como era de esperar, gané esta batalla. Conseguí una camisa hawaiana junto a un traje negro de lentes que estaban rebajados. No vi a Ni especialmente convencida, pero logré que dejara de insistir después de todo.

Capítulo 5

Una ayuda diferente:

Alejado de la casa de Nicole, decidí perderme un rato. Llegó la hora de forzar a mi inteligencia a pensar en cómo hacer un intento de regresar al cielo.

Shadow no paraba de mover la cola. Creí que terminaría desnutrida por la cantidad de veces que Ni y yo salíamos por ahí, aunque parecía no importarle, pues a pesar de estar sometida a unas condiciones un tanto distintas, el animal seguía caminando como si nada. Quizá debería fiarme más de mi amiga y valorar su palabra. Por el momento no me ha mentido respecto al bienestar de la perrita.

Choqué contra algo. Lo más probable era que se tratase de una farola, ya que me encontraba tan absorto que ni me fijé en los alrededores.

—¡Rayos y centellas! —me bastó un segundo para detener la queja— ¿Una cabina telefónica? ¡Perfecto! ¡Es justo lo que buscaba!

Eché una libra esterlina. Tardó varios segundos, pero al final lo terminaron cogiendo.

—¿Sí?

—¿Es usted Karud? —inquirí.

—¿Quién llama? ¿Cómo ha conseguido mi número? —respondió en tono hostil.

Su voz era adulta, como si estuviera hablando con un treintañero.

—Eso no importa. Necesito que nos veamos —evadí sus preguntas.

—Yo no tengo encuentros con extraños. Además, podría ser cualquier cosa.

Poco faltó para que el tipo colgara. No hará falta explicar que me estaba dando largas. Podría haber dejado que las cosas siguieran su curso y no insistir hasta cansar al más paciente. Sin embargo, si ese hubiera sido el paso definitivo, ¿me hubiera servido de algo tanta emoción por encontrar

una cabina? Todos sabemos la respuesta.

—¡¡¡Espera!!! ¡Necesito saber cómo salir de este maloliente mundo!
—pedí ayuda cual desesperado.

—¿¿Perdón?? No te debo nada, inútil, y mi tiempo vale más que esta charla absurda. ¡Que te den!

—Eres un ángel —agregué—. Y no me lo negarás, ¿cierto?

—¿¿¿Cómo coño sabes eso?!?!? —vociferó.

—Digamos que...

—De acuerdo, chico, tú ganas. Este tipo de temas no se hablan por aquí, ¿me oyes?

—¿Vamos a quedar o no? Es lo único que me interesa.

—Quedaremos cerca del Hyde Park, capullo. Nos vemos a la una y media de la tarde. No te retrases ni un minuto.

—Lo que tú digas, papá —asentí.

Reconozco que me sorprendió la facilidad con la que cambió de opinión. ¿Ahora ya no era un extraño? ¿Y si se tratara de una broma? Era evidente que tenía la misma forma de actuar que los humanos. Al haber un interés muy concreto de por medio, no hacía ascos a nada. Pensándolo bien, igual los ángeles no somos tan diferentes a ellos.

—¡Qué rápido has pasado de llamarme usted a tutearme sin permiso! Las confianzas así no me gustan ni un pelo. Espero que te quede bien claro
—noté una pizca de agresividad en su tono.

Acto seguido, colgó el teléfono.

—¡Vaya cretino! —rechisté.

Salí de la cabina. Sentí que me incomodaba algo, pero me relajé al instante. Quizás esperaba una cordialidad diferente mientras hablábamos y eso ocasionó un pequeño momento de ansiedad controlada. Miré a mi perra con cariño, como si ella ofreciera al mundo su mejor solución en un ladrido o dentro de aquellos ojitos brillantes y llenos de energía.

—¿Y ahora que hacemos, Shadow?

Ladró meneando la cola y señalando el bolsillo con su hocico.

—¡Ah, claro! ¡Pero qué tonto he sido! El cigarrillo mañanero —di en el clavo gracias a ese recordatorio.

La una y media de la tarde. Tal y como acordamos. Me quedé en la entrada del parque esperando y dándole una calada profunda al cigarro. Debía dejar de fumar si quería que mi retorno al cielo no fuera repleto de nuevas enfermedades por culpa del poco control que tenía. Supongo que mi consuelo se basaba en ver distintas formas de autodestrucción por parte de estos seres. El que llevaba una vida sana, terminaba obsesionándose con el deporte, la que decía que empezaba la dieta un lunes, se premiaba subiendo más kilos, e incluso la persona que no parecía asumir ninguna clase de problemas, en el fondo albergaba innumerables líos dentro de su cabeza.

—Ahora no, chica. Ya te dije que mientras uno fuma, no —volvía a repetirle mientras ella posaba sus patitas en mis piernas estando de pie. A veces se pasaba pidiendo chucherías caninas que Nicole le compraba por querer mimarla al igual que a su perro.

Un hombre se detuvo delante de mí.

—¿Eres tú el de esta mañana?

Lo miré de cerca. Piel sonrosada, cejas cortas, dientes blancos, pelo castaño claro y ojos marrones oscuros a la par que rasgados. Llevaba encima una gabardina negra con vaqueros ajustados desteñidos por el sol y unos zapatos que desde mi punto de vista, serían ideales para un salón de baile. Debí haber reconocido su voz, pero preferí apreciar los detalles que evaluaba con la mirada.

—¿El de esta mañana? —respondí basándome en la misma pregunta.

—Alguien contactó conmigo pidiendo mi ayuda. Entiendo que si estamos en el mismo punto, es porque quedamos en vernos aquí.

—¿Karud? —levanté una ceja.

—El mismo.

—Entonces sí, soy yo —afirmé.

Nos aseguramos de que nadie nos viera, observando a las personas en la lejanía, aunque los ingleses no llevaban precisamente la etiqueta de la indiscreción.

—Veras, te llamé porque yo también soy un ángel —aclaré evitando alzar la voz.

—¿Qué?! Creía que era el único por la zona.

—No, amigo. Yo diría que hay más ángeles.

—¡Claro que los hay, pero están repartidos por todo el Reino Unido, joder!!

—¿Podrías bajar el volumen, por favor? No puedes ir de digno manteniendo la compostura al enterarte de la información que te di y luego reunirte conmigo para actuar como un pregonero —continué hablando en susurros.

—¡Lo que me faltaba por oír! —resopló—. Al lío, chico. ¿Sabes acaso por qué estás aquí?

—No, pero tú sí.

—Supongamos que esto no es un juego.

—Es que no lo es —insistí—. ¿Te llaman a menudo para soltarte mentiras?

—Si se tratan de comerciales, sí, pero dudo mucho que este interés se deba a una simple oferta de ahorro.

—¿No te da qué pensar?

—¿Sobre Dios o acerca de ti? —frunció el ceño.

—Depende. ¿Qué sabes de él?

—Utiliza a las personas como si de una ópera clásica se tratara. Somos títeres manejados por su sed de poder y encima trabajamos en una obra que nadie pidió que se llevara a cabo. Si me crees o no, es lo de menos, pero ha pecado y debe afrontar su dimisión de una puta vez.

Estaba confuso. Demasiado disperso en comparación con mi estado habitual. ¿Hablaba del mismo dios al que había considerado un padre? Cierto es que al principio le cogí manía. No obstante, después de aquella charla jamás le creí capaz de nada. ¿Me estaba diciendo que ese ser al que perdoné en su debido instante no era más que un "corrupto" jugando a algo tan absurdo?

—Entonces... —tragué saliva e intenté pronunciar sin titubear— ¿esto no es más que un juego?

—Así es.

—Aparte del susodicho, ¿hay secuaces? Me refiero, ¿existe gente que nos quiere en la tierra?

—Sí, un doctor nuevo que ronda por Londres. Su nombre era Pau.

—Estarás de coña, ¿verdad?

—Oye, tío, que no seamos colegas no te da derecho a asumir que soy un embustero —dijo comenzando a alterarse.

—Tú eres el que ha dado por hecho eso. ¿Y si te equivocaste? —me defendí.

—Yo casi nunca fallo.

—Sigue sin haber garantía por ese "casi".

—Es lo que toca. Ni los humanos son perfectos —se encogió de hombros con una socarronería repugnante.

—Pero es que tú no lo eres —apenas me entendió al principio porque saqué un cigarrillo nuevo de los pantalones y hablé mientras lo sujetaba con los labios segundos antes de encenderlo, aunque deducirlo no fue una tarea compleja por su respuesta.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Ya me jodería tener que asimilar una desgracia así!

—Lo que trato de decir es que Pau nos intentó ayudar hace unos días.

—¡¡IDIOTAAAA!! —agarró mis hombros con fuerza—. ¡¡Él es uno de los principales secuaces del juego!!

Le pedí que me soltara para no llamar la atención de dos hombres que nos oyeron a unos cuantos metros de distancia.

—Discúlpame. No suelo perder los estribos de esta manera. Es que eres demasiado ingenuo y los críos como tú sacan lo peor de mí.

—Me importa una mierda, Karud. Necesito saber más.

—Hay una chica.

—¿Cómo se llama? —sonsaqué.

—Mel.

Empezó a describir su apariencia y era tan idéntica a Nicole que me asombré. Le quité hierro al asunto porque no contaba con pruebas suficientes para acusarla en el hipotético caso de que ambas fueran la misma persona. Mi sexto sentido se mantuvo alerta por si las moscas.

—¿Eso es todo?

—Al menos por el momento.

Le concedí un rato de diversión con Shadow. Una parte de mí quería comentarle lo sucedido con aquel ente.

—Hace poco vi a un espíritu. Daba por sentado que me estaba volviendo loco, pero luego empecé a tener alucinaciones y premoniciones —le mencioné lo mínimo. —¿Se cumplieron?

—No, ni tampoco lo habría querido.

—Interesante —fijó la mirada en una pequeña piedra que se convirtió en el entretenimiento de la perra durante veinte minutos—. Creo que me serás útil. En los últimos meses intenté reunir a todos los ángeles posibles. Con tu ayuda sé que podremos ganar esta batalla, ¿verdad, oppa?

Me alejé varios centímetros.

—¿Eres uno de ellos? —cuestioné.

—¿Tú no? —dejó las palmas de las manos abiertas expresando incredulidad.

—Soy y siempre seré un maknae —aclaré con cierta arrogancia.

—Vale, ya caigo. Tú eras □ □ □ (Bong-Min-San), ¿a que sí? Tu caso fue muy conocido en el cielo y además corría el rumor de que el karma te la

jugó —contuvo la risa.

—Eso no es asunto tuyo.

—No lo niego, Bong. A pesar de la enemistad evidente que existe entre oppas y maknaes, te ayudaré.

—¿Cuánto te debo?

—No me debes nada. Confórmate con no bajar la guardia. Si ves que surge algún problema, no te calles. Llámame y hablamos.

—Es que no tengo teléfono —avisé.

—Lo suponía. Aquí va uno —añadió lanzándome un móvil que sacó de una bolsa repleta de ellos.

—¿Y esto?

—¿Tú qué crees? —se mofó de mí—. Ventajas de empezar a trabajar en un lugar donde fabrican móviles. Algunos trabajadores son tan idiotas que piensan que los tiro a la basura sólo porque están “defectuosos” y hoy en día se lleva la obsolescencia programada, pero si fuera así, no te habría entregado esta joyita. Puedo quedarme con todos los que quiera y arreglarlos porque el daño es irreparable para un humano promedio, ¿pero para un ángel como yo? Pan comido.

—Eso no es nada nuevo. Cualquier técnico sabe qué hacer en una reparación.

—Los grandes negocios no van con esa mentalidad. Saben que el mayor beneficio lo obtienen de las ventas directas, no alargando la vida útil del producto para que tarden más años en comprar otros dispositivos.

—¡No se te escapa una, eh!

—Muy rara vez.

—¡Pues este funciona! —mostré mi entusiasmo al ver que se encendió sin ningún tipo de inconveniente.

—Claro, porque lo he dejado perfecto. Cuando era un ángel me despidieron y terminé siendo autodidacta. Monté mi propia empresa de electrónica, cambiaba piezas y cobraba un buen sueldo por ello.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Es mi día libre.

—No, imbécil, hablo del destierro.

—Nunca he creído en Dios.

—¿Cómo no vas a creer en él si sabes quién es?

—Ese listillo no es una deidad. Sabe aprovecharse de la sumisión de la gente, eso es todo.

—¿Entonces te consideras ateo? —presioné con cautela.

—¡Y a mucha honra! Un dios auténtico no crearía a sus semejantes dentro de las líneas de la imperfección. Tampoco expulsaría a la gente de forma cruel por oponerse y elegir la desobediencia.

—¿Conclusión?

—Ambos estamos aquí por el mismo motivo. Lo único que nos diferencia es el camino que hemos tomado para averiguarlo.

—Difiero. A lo mejor Dios actuó de manera injusta contigo, pero yo le caía bien, así que seguramente fue por otra razón.

—¡Baja de la nube, soñador! —me dio un manotazo en la espalda.

—Prefiero volver a la conversación de antes.

—No te callas ni debajo del agua...

—¿Qué diferencias ves entre la tecnología de este mundo y el nuestro?

—La de aquí es anticuada. Para mí no me supone un gran esfuerzo porque es como aterrizar en la época donde descubrieron el fuego y aparecer con un mechero: humillante, sorprendente o un avance aplaudido por el destiempo.

—Ya veo —entendí—. A todo esto, ¿tu nombre real es Karud?

—Mi nombre es □ □ □ (Choi Bae-Bak). ¿Algún dato importante que quieras saber antes de que nos despidamos? —me preguntó mirando la hora en el reloj que llevaba puesto en la muñeca izquierda.

—¿No tendrás por casualidad un teléfono más pequeño?

—¿Quieres cambiarlo?

—No, quiero que me des otro —especifiqué.

—Dame un buen motivo para hacerlo.

—Quiero pensar que Dios es bonachón por naturaleza, pero como siempre es bueno dejar un pequeño espacio para la duda, suponiendo que sus secuaces me capturasen y se apoderaran del móvil para investigarlo, el que me diste hace unos minutos sería un señuelo, por ende, el auténtico lo escondería con el fin de proteger la información verdadera.

—Me has convencido, chico —validó mi idea ofreciéndome el segundo—. No hagas que me arrepienta.

—No lo lamentarás.

—Si se rompes o lo pierdes, no te regalaré uno nuevo. ¿Trato?

—Trato —estreché mi mano con la suya y a partir de ese instante cada uno se fue por su lado.

Capítulo 6

Secuestro:

Los presentimientos seguían armando un escándalo horroroso en mi mente. La sugestión era algo muy común en los humanos debido a que se basaba en su manera de creer que si toda suposición, idea o anticipación del momento ocurría por alguna circunstancia en sus cabezas ¿qué podría hacer el destino para impedir tal situación? Nada. En ocasiones llevaba consigo un estado de miedo, pero en otras una alegría sin sentido alguno, lo cual no terminé de asimilar ni pretendiéndolo. ¡Madre del amor hermoso! Menos mal que Nicole no es así. Un poco bruta, con modales que tendría que mejorar, pero al final siempre me echa un cable dentro de sus limitaciones. Y no, por limitación no me refiero a que sea imbécil —aunque a veces necesite unas gotas de humildad por ese humor tan retorcido que se gasta—, sino a la falta de poderes para dominar imprevistos que habrían terminado con su vida en un santiamén. Ella actúa según su condición de humana y no colgándose de imposibilidades.

—¿Cómo te fue ayer con el extraño? —chasquéo los dedos para captar mi atención.

—Ya podrías dar lo buenos días primero.

—Doy lo que me sale del alma, no lo que tú prefieras —declaró poniendo la mano en su pecho fingiendo una falsa indignación.

—Se llama educación —decidí concretar para que tuviera en cuenta que los modales no estaban de adorno.

—Ahora mismo es lo que menos me importa, Nick.

Tomé aire y le hablé del encuentro con Karud. A veces me miraba de una manera extraña y eso provocaba que sintiese un escalofrío recorriendo mi espalda.

—¿Qué te pasa? Te noto raro.

—Pensaba en una cosa, pero nada importante —respondí mientras me mordía la uña del pulgar derecho.

—Ok, honey, so... Karud is a cunning fox, right?

—Pues claro que es astuto, Nicole. No me queda otra que acatar las órdenes porque sabe más que yo de este asunto.

—Well, on second thoughts, you are ready to fight him. At least if things go awry.

—Si los planes se tuercen, lo último que haría es luchar contra él.

—Tampoco eres muy inteligente dejando que te mangonee —se mantuvo impasible.

—Ni tú para hablar de lo que no has presenciado, sabionda.

—Yo no presumo de ello —comentó haciendo muecas.

—Deberíamos ir desayunando —sugerí husmeando un cajón que encontré a dos metros de distancia del fregadero.

—¿Me estás vacilando?

—Dudo mucho que pienses con claridad sabiendo que tu estómago está vacío. —¡Mira que eres tiquismiquis!

Se me hizo raro escuchar esa expresión. Si fuera española, todavía lo entendería, pero... ¿viviendo en el Reino Unido? Tampoco sería una novedad que algún familiar suyo viviese en el extranjero y le enseñara palabras propias del lugar.

Mis tripas empezaron a rugir.

—Está bien. ¿Qué tenemos? —preguntó haciendo un gesto de pesadez con las manos cual madre dándose por vencida al no saber qué quiere su hijo por Navidad.

Opté por encogerme de hombros esperando a que se decidiera.

—¿Y si vamos al súper?

Me dirigí a la cocina. Allí abrí la nevera. Ella seguía insistiendo en que no había nada para comer y que preferiría pillar algo rápido, ya fuera pizza, espaguetis a la boloñesa o cualquier cochinada que pudiéramos engullir en menos de diez minutos.

—¿Cómo que nada? —dudé en el momento que conseguí sacar del refrigerador cuatro bolsas de verduras y carnes que no estaban congeladas—. Tú lo que no quieres es cocinar porque eres una perezosa.

¡Déjame, anda!

Acabé haciendo la comida. He de admitir que no soy un gran chef, aunque esta vez me esmeré el doble para que no se quedara con hambre y encima no se riera de mis habilidades culinarias. No oí queja alguna, a pesar de que quien tenía más ganas de papear era yo.

Minutos después de comer, descansamos y salimos a la calle porque las pistas no se encontraban solas. Aquellos alrededores típicos de Londres respiraban un ambiente familiar, un clima pesado que inundaba la ciudad. Por momentos creí volverme loco, pues me sobresaltaba la idea de que alguien nos pudiera estar siguiendo, sin embargo, no me importó un ardite, ya que como tenía conocimientos acerca de defensa personal, no iba a ponerme a llorar o temblar. Seguí caminado como si nada con aires petulantes. Cada paso que daba, sentía que me encontraba más lejos de "casa", ya que mi única casa era el cielo.

—Caminas muy rápido, ¡para el carro! —ordenó Nicole.

—Creo que nos siguen —cuchicheé sin quitar ojo a los posibles sitios estratégicos.

—¿Seguir?

—¿No es obvio? De no ser así, no estaría acelerando el paso.

—Bueno, ¿y por qué no te los cargas?

—¿Ya das por sentado que soy un asesino?

—Bueno, eres un guardaespaldas, y ahora el mío —dijo triunfante.

—¡Eh!

—¿Qué? ¿Me vas a negar lo que ya sé?

—Aún no hemos acordado el precio.

—Con estar en mi casa sin pagar, basta. Y ahora tira, vaquero —me dio una nalgada con la mano derecha que me pilló desprevenido.

Mi reacción vacilante lo dijo todo. Ella sí que se las gastaba bien.

—No me gusta que me intimiden o me miren durante mucho tiempo —avisó con cara de pocos amigos.

—¿Y me lo dices tú? Hace unos segundos me acabas de dar un manotazo en el culo sin permiso.

—No necesito tu consentimiento para hacer lo que me apetece.

—Ni yo tus excusas baratas para que pienses que tienes derecho a todo —dije clavando mis dedos por debajo de sus pómulos hasta provocar que sus labios parecieran los de un besugo.

—¡Tío, eso duele! ¡No estamos en una peli sadomasoquista para que me agarres la cara de esa forma! —rezongó.

—Contigo a veces hay que pasar la barrera de las palabras porque si no, no me tomas en serio, y antes de que sueltes cualquier argumento que va en contra de lo sucedido, te recuerdo que en su momento llegaste a pisarme con tacones de aguja, hermosura —justifiqué mi postura—. En realidad esto no es más que un empate para recordarte que ni tú eres más que yo, ni yo soy más que tú.

—Lo de los tacones fue merecido.

—Y esto también porque te tomas confianzas que ni te has ganado.

—Blimey, shut the fuck up, stupid! You always play hard to get!

—Existe una diferencia brutal entre darse a respetar y hacerse el difícil. Como bien comprenderás... no apoyo lo segundo.

—I stick to my guns —siguió en sus trece.

—Cabezota —me arrimé a ella en un abrazo lleno de consuelo—. Te quiero, pero eres más terca que un burro.

Nicole logró tranquilizarse durante un rato. Hincó la barbilla en mi hombro y frotó suavemente su espalda.

—¡Venga, ya está bien! Salid de ahí.

—¿Con quién hablas, Nick? Aquí no hay nadie.

—Algo no me cuadra.

El tiempo pasaba sin pena ni gloria. Intenté asegurarme de que no hubiera ni un alma.

—¿Lo ves? Estamos a salvo. ¡Sigamos! —hizo un ademán con su cabeza inclinándola hacia la derecha.

Tonto de mí. Cuando creíamos que reponer nuestra mancha no supondría ningún problema, varias personas aparecieron enmascaradas y vestidas de monja: nos rodearon.

—¿Quiénes sois? ¿Espías? ¿Representantes de Dios? ¿Sicarios? ¿iQué coño queréis? —sonsaqué alarmado a la par que alterado.

No contestaron.

—¿Qué pasa? ¿Os ha comido la lengua el gato? —pregunté colocando mis manos en los bolsillos del pantalón manteniendo la calma para conseguir algo de información.

Muchas de las armas blancas que llevaban ya me las esperaba: una bayoneta, un alfanje, un tessen y un mayal de guerra, en cambio, las de fuego eran pistolas, sin más.

—Vaya... intuyo que tendré que hacerlos hablar —me preparé crujiendo los nudillos.

Las “monjas” se abalanzaron contra mí y Nicole pudo escurrirse entre las piernas de esas malandrinas. Lo enrevesado de aquel asunto no fue esquivar los golpes, sino permanecer concentrado para que la adrenalina hiciese efecto en mis movimientos por pura inercia y que se tumbaran gracias a una serie de golpes de judo basados en la distracción. Al principio todos cayeron al suelo, pero antes de que me pudiera dar cuenta, ya tenían a mi amiga como rehén.

—¡iSoltadla!! —emití un grito agudo.

Uno de ellos se quitó la máscara mientras sostuvo al mismo tiempo una beretta 92 que apuntaba a la cabeza de mi amiga.

—¡Si quieres salvarla, entrega tu vida a cambio! —exclamó la voz cantante.

—Claro, ¿y vas a ser tú quien saque las agallas para pegarle un tiro?

—Peor me lo pondrás si no queda más remedio que hacerlo porque no puedes acatar esta puta orden —adoptó una postura hostil deslizando el arma hasta la mandíbula de Ni.

La fiereza de aquellos ojos negros que se incrustaban en la agonía de mi compañera no me otorgaba un mínimo de esperanza si de un acto de fe

se tratara.

—¿Cómo puedo creerte? —desconfié del tipo.

—¿Alguna otra opción disponible, niño? Obedece y dejaré que se vaya.

—Dame tu palabra de que no le sucederá nada.

—Te doy mi palabra —aseguró.

La situación se estaba poniendo bastante tensa. No podía permitir que le pasara algo malo.

—Está bien —acepté desesperado alzando mis manos al cielo.

—¡iNo, Nick, no lo hagas!! ¡iTe van a matar!! —chilló Nicole.

—No pienso pasar por el aro de verte tendida en el suelo y ahogada en tu propia sangre. Espero que sepas perdonarme.

—¡iNooooo!! —escuché su penúltimo alarido.

Poco a poco sentí cómo mis sentidos se adentraban en una siesta longeva y oscura. La apacibilidad no contemplaba el poder de recordar el último minuto, pero sí el tiempo suficiente para destrozarme por sentir la ansiedad de mi amiga desde lejos.

—¡iiiNick!!!

—¡iCierra la boca, niña!! —profirió otro hombre en un tono amenazante.

Cuando quise darme cuenta, me hallaba en un espacio cerrado. Un cubículo donde sólo había una ventana y se encontraba casi en el techo. Desperté lentamente. Estaba esposado de pies y manos, por lo que no podía moverme con facilidad. Miré azorado a ambos lados; me sentía como un maldito zombi.

Traté de ponerme en pie dando pequeños pasos.

De repente, cerca de la puerta se oyeron gritos que parecían de mujer. Debido a mi aturdimiento apenas podía distinguirlos, ya que eran tan ensordecedores que necesitaba taparme los oídos si aún quería conservarlos. La plenitud de ese dolor albergaba un sufrimiento conocido. Escuché en voz alta la prolongación de mi nombre y ahí reaccioné en el

momento exacto; supe que era Nicole. El furor crecía dentro de mí sin control. Di un par de golpes contra la puerta metálica porque los chillidos se extendían cada vez más por el ambiente, embistiendo la profundidad que habitaba en esa desesperación.

—¡¡¡Soltadla, hijos de perra!!! —vociferaba entre portazo y portazo con mi cuerpo, que casi parecía que iba a desquebrajarse.

No fue hasta un minuto después que abrieron la puerta y la soltaron.

Mi amiga cayó como un cristal a punto de romperse en el momento que se desplomó en el suelo. Tenía múltiples heridas en los labios, cara y brazos. Analicé cada una de ellas y deduje que no fue por defensa propia, sino por abuso. Me acerqué furioso a Nicole sosteniendo su cabeza con el mayor enfado del mundo concentrado en ese instante: limitado por las cadenas y desorbitado por la cólera.

—¡Es que eres cabezota! ¡No debiste seguirme! —sollocé—. Eres fuerte, pero te mereces lo mejor y esto no está hecho para ti.

Ella permanecía inconsciente. Acaricié su pelo de la mejor forma que pude.

Era un ángel. Si había podido protegerla una vez, lo haría dos veces. Dios todopoderoso nos colmó de poderes, sí, aunque también nos impuso una serie de hándicaps. Uno de ellos consistía en la posibilidad de salvar a cualquiera de los nuestros o persona celestial, lo cual resultaba una ventaja hasta que venía la peor parte: la salvación de los humanos era muy limitada. La primera vez se pasa por alto. Desde el momento en el que intervengamos de nuevo, iremos perdiendo días de vida, es decir, por cada individuo que revivas, tu longevidad se acortará. Recordad que los ángeles pueden ser perdurables. No obstante, cuantos más humanos curen, más efímero será el tiempo restante. Asimismo, si ellos superan un cierto número de curaciones anuales, al final morirían de un paro cardíaco. Fue entonces cuando tomé una terrible y eficaz decisión; la acabé curando con mis poderes.

Esto llevaría unos minutos. Cuando me encontraba a dos segundos de sanarla, los guardias abrieron la puerta y comenzaron a pegarme.

—¡¡De eso nada, cerdo inmundo, ya te veíamos venir!! —chilló el tipo que me cogió

Los golpes fueron duros, pero yo por ella era capaz de resistirlo todo. Al enterarme de que iban a machacarla de nuevo, me puse delante para

evitarlo, y ante tal gesto, empezaron a apalearme más fuerte que nunca. Los comentarios vejatorios no cesaban ni por respeto a lo que nos tocaba pasar.

—¿Vas a defender a esta zorra eternamente? —preguntó uno jactándose.

Al menos ya todos habían dado la cara y no iban disfrazados de monjas. Ahora la vestimenta era oscura y se asemejaba a los trajes que utilizaban los submarinistas. Algunos tenían las mangas de su vestimenta remangadas a la par que los brazos ensangrentados del mismo modo que los puños.

—Eres un masoquista. Seguro que tus padres te pegaban de pequeño y te gustaba —dijo otro poniendo una voz de falsa pena.

Decidieron desahogarse conmigo a costa de propinarme palizas en el abdomen con unas botas militares.

—¡Llama a tu puta madre para que te defienda, cabrón! —prorrumpió el más bruto de todos.

Aquel momento finalizó con un puñetazo de regalo en la sien dejándome exhausto y completamente inmóvil. Estaba mal, por supuesto, pero sin saber cómo, saqué mis últimas energías para curarla. Toqué su frente con ese cuidado propio de un enfermero, aunque quedé extasiado.

Pasaron las horas hasta que desperté. Caí en la cuenta de que me hallaba recostado en los regazos de alguien. Miré hacia arriba y la vi a ella, preocupada y con la expresión facial apagada.

—¿Estás bien, Nick?

—Sí, creo que sí. Ahora lo que importa no soy yo, sino tú.

—Yo... yo... no tengo heridas —aclaró Ni de forma entrecortada.

—En efecto, te he curado —afirmé sin hacer demasiado esfuerzo.

—¿Por qué? ¿Y qué hay de ti?

—Te dije que te marcharas, Nicole.

—Ellos no me dejaron ir, y además, si hubiera tenido la posibilidad de huir, ¿crees que soy tan egoísta como para dejarte solo?

—Nadie puede aniquilar a un ángel tan fácilmente. La única forma de hacerlo es a través del propio sacrificio, y por suerte o por desgracia, no

todo el mundo está dispuesto a morir para salvar la vida de otro.

Su rostro se iluminó mostrando con claridad aquella preocupación tan propia de la ternura que pretendía ocultar a menudo.

—Soy un hueso duro de roer —intenté ponerme en pie, pero ella me lo impidió.

—¡Quieto, no te muevas! Ya veo que te han dado fuerte.

Suspiré con la certeza de poder levantarme sin hacer mayor drama sobre el asunto. Supongo que en mi mente todo marchaba mejor.

—A ver cómo vamos a salir de aquí —masculló examinando los pocos espacios donde entraba algo de luz—. Tiene pinta de que no va a ser nada fácil escapar de esta ratonera.

—¿Lo dices en serio? Se nota que no has jugado al Mortal Kombat o Street Fighter.

—¿Estás comparando una situación real con esos videojuegos? —arrugó su frente.

—La vida es muy parecida a un videojuego. Sólo tienes una, y ya de por sí es jodida, así que tu único objetivo es vivirla superando los obstáculos que te ponen de la mejor manera posible. No creo que ningún jugador que valore su habilidad vaya a lanzarse directamente a la parte del "game over".

—Los objetivos son comunes, Nick, pero no te olvides de que en el mundo real la gente no empieza la partida de nuevo.

—A mí me bastó una noche para ponerme en la piel de ese niño.

—¿Qué niño?

Le conté que tanto los maknaes como los oppas hacían pruebas relacionadas con el control emocional a través de huérfanos. Para nosotros era un descubrimiento alentador, suponiendo que algún día pudiésemos dar con uno en La Tierra y conocer esos inicios mansos a la par que curiosos. Sin embargo, no sucedió de ese modo. Los críos morían una vez que finalizaba el estudio.

—¿Y qué pintan los videojuegos en esto, tío?

—Los observábamos. La inteligencia de un niño es superior a la de un adulto gracias a su creatividad, y cuando jugaban a la consola, comprobamos que poseían destrezas llamativas en el momento de atacar, planear una estrategia concreta o manejar las emociones en caso de perder.

—Yo diría que ocurre lo contrario. Sí, son creativos, listos y llenos de energía, pero suelen ponerse más nerviosos desde que se dan cuenta de que no han ganado.

—Eso no les quita mérito. Las reacciones así son frecuentes porque ellos interpretan esas pérdidas como un insulto al esfuerzo.

—Sentido tiene.

—Bien, a nosotros no nos permitían ayudarles para ver si éramos capaces de contener las ganas de echarles un cable.

—¿Lo lograste?

—Sí, aunque el recuerdo aún me mata.

Su expresión cambiaba a medida que me iba escuchando. La atención que prestaba a cada una de mis palabras resultaba un tanto incómoda por el hecho de saber que al final, hiciéramos lo que hiciéramos, los niños iban a morir igualmente. Cambió de tema para que no me afectara, a pesar de lo evidente que sería mi respuesta respecto a la imagen que ella tuvo toda su vida sobre Dios.

—Él es un corrupto y nadie abre los ojos, ni siquiera la iglesia, Ni.

—¿Te refieres a Jesús? —levantó su ceja izquierda.

—¿El de las aguas? No, mujer, no, íese está jubilado! Ahora hay otro.

—¿Moisés?

—Tú has leído mucho la biblia, por lo que veo.

—Un poco.

—Déjame aclararte que los únicos datos ciertos son la resurrección y convertir el agua en vino. Lo demás son puras habladurías.

Mantuvo un silencio sano, de esos que dan más seguridad que miedo. Dentro de lo asustada que estaba, algo de esperanza le quedaba.

—¿Saldremos de aquí? —me preguntó cruzando las piernas y mirando a su alrededor.

—Creo que eso ya lo hablamos. Tan pronto como nos sea posible.

—Ahora que lo pienso, ¿no se supone que tienes superpoderes?

—Sí, por eso te curé.

—¿Y no puedes romper la puerta de un solo golpe?

—A tanto no llego.

—¿No eres capaz de abrir una mísera puerta?

—No soy un mago, jovencita, soy Nick, el ángel que cayó del cielo y que intenta recuperar su triste y aburrida vida.

—Que sí, rey del drama, ya lo pillo.

Como un rayo de sol entrando en mitad de la oscuridad sin avisar, una manada de cinco personas atrapó a Ni llevándosela de nuevo. Yo no pude hacer nada, estaba encadenado de pies y manos, aparte de que me sujetaron; fueron tan rápidos que ni tuve tiempo para pensar en alguna alternativa de rescate.

—¡Nicole! ¡iNicole!! ¡iiNicole!!! —me desgañité.

La puerta se abrió y me tomaron entre cuatro para llevarme a una sala completamente diferente.

He de decir que si un ángel intentaba curarse o resucitarse, también perdía parte de su longevidad. En aquel instante me sostuvieron. La sala era titánica y parecía ilimitada, o al menos lo suficiente para contener a más de quinientas personas. Las paredes tenían un color blanco como la nieve y no había ventanas. La poca luz que llegaba provenía de una mesilla de noche en la que descansaba una lamparita azul. Observé con detenimiento y en la esquina pude divisar un recipiente grande con agua en su interior. Los cuatro hombres que me cargaban empezaron a hacerme varias ahogadillas durante un buen rato, como si eso fuera el mejor método para una confesión.

—¿Y bien? ¿Qué relación tienes con Dios?

—¿Yo? Sólo soy un simple ángel.

—¡No nos mientas! ¡Se rumorea que quieres acabar con su vida, maldito!

—¿Y qué hay de negativo en eso? Suponiendo que sea el malo de la peli, ¿acaso no merecería morir?

—¡iiiMocoso impertinente!!! ¡iiSeremos La Santa Inquisición de tus últimos días!!!

—Seguid soñando, esbirros.

Volvieron a meterme la cabeza en el agua repetidas veces durante varios segundos. Una voz aguda y femenina les dio una orden. No la reconocía, así que no tenía ni idea de quién podía ser.

—¡Soltadlo!

—Pero, jefa... —dijo uno de ellos sin estar muy de acuerdo con la decisión.

—Yo me encargo.

Miré al frente algo aturdido. Una mujer con un traje negro y una máscara en el rostro me observaba con toda la paciencia del mundo.

—Si no hablas, morirás de hambre. Tú decides.

—Prefiero morir antes que daros lo que buscáis —solté con una risa socarrona

—Bueno, tú mismo —apuntó con otra voz camuflada—. Llévalo de vuelta a la celda.

—Señora, aún no hemos terminado.

—Que le sirva de aviso al rebelde, lagartijas. Mañana empezará el trabajo sucio.

—¡¡Espera!! —grité.

Arqueó una ceja en busca de mi pregunta.

—¿Vas a colaborar o te rendirás?

—¡Ni loco! —escupí—. ¿iQué habéis hecho con Nicole!?

—Tranquilo, corderito, sólo nos está contándonos lo que queremos saber.

Abrí los ojos de la misma manera que un padre lo haría si supiera que su hijo se va a caer por un precipicio sin poder hacer nada.

—¡Ja, ja, ja! —reía con malicia aquella víbora.

Me metieron en un aposento distinto, y esta vez con menos luz que el anterior, aunque todavía podía divisar sombras en la lejanía. Al cabo de unos minutos, escuché la voz de Ni acercándose. Ya no tenía tantas

magulladuras como antes, pero no se había librado de ellas. Los guardias la tiraron al suelo con brusquedad.

—¿Has soltado prenda? —le pregunté sosteniendo su cara.

—Lo... lo lamento —comenzó a sollozar sin control. Su rímel se había echado a perder deslizándose por sus mejillas sonrosadas.

Gateó hasta mí y la tomé de la mejor forma posible. Ella apoyó su cabeza en mi pecho esperando un perdón que no hacía falta. Temblaba demasiado y no sabía si se debía a un ataque de ansiedad o al miedo de pensar que la recriminaría por confesar.

—Nena, no pasa nada —resté importancia al asunto.

—¿Y si hubieras muerto?

—Llegados a este punto, morir es lo de menos porque ahora mismo lo único que me importa es tu seguridad. No tengo nada que perder.

—¿A qué te refieres?

—Veras, esto no te lo he contado —inspiré profundamente para que las palabras fluyeran de la mejor manera—. Cuanto más te curo, más se acorta mi vida.

En su rostro iba naciendo una expresión de espanto y agonía que se reflejaba en la mirada.

Asentí y me incorporé para explicarle de forma detallada el porqué.

—Aunque los ángeles tengamos privilegios, también llevamos a nuestras espaldas el peso de una responsabilidad imborrable, por tanto, si curamos muchas veces a la gente, estaremos cerca de la muerte.

—¿iY por qué no me dejaste morir!? iiMi vida no vale nada en comparación con la tuya!! —explotó en aquel llanto que la quebró en un segundo.

—iNo vuelvas a decir eso jamás!

—¿iQué esperabas que te dijera!? ¿iQue me gusta que las personas mueran por mi puta culpa con tal de que no sea yo la que ocupe el lugar que en el fondo me merezco!?

—iNicole, basta ya! No te he contado esto para que pienses que debes

firmar una deuda interminable conmigo por evitar tu fin.

Su rostro pasó de la tristeza al asombro en un santiamén.

—¿Entonces por qué me cuentas estas cosas como si te afectaran?

—No me afecta contártelas, sino que las malinterpretes o creas que lo justo es asumir que tu vida es insignificante por el hecho de que la mía sea distinta.

—Ya lo sé, Nick —me cogió de la mano.

—Somos un equipo, ¿recuerdas? ¡¡Siempre unidos!! —apreté con fuerza la suya.

Sus lágrimas volvieron a aparecer, pero afirmando mi frase con una seguridad que adoraba viniendo de ella, y aunque costaba que dejara de llorar, volvió a apoyarse un minuto más en mi pecho.

—Saldremos de esta, te lo juro —besé su frente.

Acto seguido, miré fijamente hacia la puerta. Esto sólo era un pequeño contratiempo que tarde o temprano se solucionaría.

Capítulo 7

Coraje:

Pasaron los días sin pena ni gloria. Me desperté con frío y el cuerpo entumecido. En verdad había perdido la noción del tiempo porque no hallé ni un miserable reloj en aquel lugar oscuro, por consiguiente, no sabía si era de noche o de día; la única luz que había en el cubículo fue tan molesta que hasta mis ojos estaban empezando a picarme.

Me levanté de inmediato y fijé mi mirada en una esquina del techo. Allí observé con dificultad dos cámaras apagadas.

—¿Crees que estarán encendidas sin que nos demos cuenta?

—¿Acaso lo dudas sabiendo cómo es el doble filo de la tecnología?
—inquirió Nicole al otro lado del cuchitril—. Parece mentira que hayas acabado aquí.

Ignoré el comentario. Desde fuera todo se ve demasiado fácil.

—¡Oye, no te vayas a molestar ahora!

—No me molestó, Ni, sólo digo que esa contestación no viene a cuento cuando conoces mis pasos de memoria. ¿Piensas que lo pregunto porque no tengo ni idea de lo que puede hacer un dispositivo?

—Nick, precisamente me da rabia por eso, porque el conocimiento que tienes sobre ellos es mayor que el que yo puedo darte.

—De eso estoy seguro, chica, pero responder con segundas no me ayuda en nada.

—¡Santo cielo, a ti hay que tratarte como si fueras de algodón!

Ni le prestaba atención por una sencilla razón: toqué algo duro y rectangular en el bolsillo trasero de mi pantalón. Me percaté de aquella vez que hablé con Karud y me dio un móvil para casos como este.

—¡Vaya! ¿Y ese trasto? —curioseó mientras me acercaba para no hablar demasiado alto.

—Por si las moscas.

Nicole fisgoneaba cualquier cosa para asegurarse de que no era una trampa. Se fiaba de mí, no del joven con el que quedé.

—Vale, ya puedes llamar —dejó de husmear—. Las cámaras de seguridad son las mismas que me instalaron en casa y no se pueden manipular.

—¿Por algún motivo en especial? —dudé.

—Digamos que si lo haces, la policía te tendrá entre ceja y ceja. No es normal que pagues el servicio que te ofrece una empresa, la cual lleva el control de una alarma con cámara incorporada, y que en vez de aceptarlo, te dediques a hablar con los empleados para que te la truquen e incluso les pagues de más por su silencio.

—¿Te consideran sospechoso por eso?

—Si no escondes nada, cariño, ¿para qué querrías comportarte como uno?

—De todas formas, Nicole, ¿no se supone que una cámara con alarma incluida es capaz de grabar el sonido o las voces que se escuchan si se rompiera un cristal?

—Las alarmas normalmente disponen de una contraseña que creas tú desde el momento en el que entras en casa. La cámara grabará las imágenes, pero no el ruido ni las conversaciones ajenas.

—No me cuadra.

—Nick, la alarma salta cuando no das ni una a la hora de pulsar los cuatro números que en teoría te sabes al dedillo. Descuida, que si en ese momento forcejean la puerta o entran por la ventana, no te preocupes, la cámara se encarga de grabar todo y más pronto que tarde descubren la identidad del ladrón, asesino o lo que sea.

—Pues en mi mundo no sucede así.

—Enhorabuena, tío. Bienvenido al mío —me dio un par de palmaditas en la espalda.

Decidí usar el móvil. Tardó varios minutos en encenderse, aunque al final lo hizo, marqué el número seleccionado y llamé. Esperé unos cuantos segundos hasta que el tipo lo cogió.

—¿Diga?

—¿Karud? Soy yo, Bong. Verás... te llamaba porque ando metido en un

buen lío —le informé.

—¿Dónde estás, genio?

—¡Yo qué sé, es la primera vez que acabo en un sitio así!

—Chico, si no me especificas con claridad, poco podré hacer por ti.

—Estaba paseando con Nicole, no demasiado lejos de su casa, pero luego aceleré el paso porque mi intuición me avisaba de algo malo. Al rato, unos personajes enmascarados nos acorralaron, así que supongo que me dieron una paliza porque yo perdí el conocimiento y por suerte no dispararon a Ni, a pesar de que los dos permanecíamos encerrados desde que nos raptaron.

—Detalles. ¿Qué hay a tu alrededor? Necesito referencias.

—Creo que se trata de una base abandonada. Me encuentro aislado junto a ella en un cubículo con paredes y una puerta de acero. Apenas hay luz, salvo por las bombillas que alumbran el pasillo, y cómo no, fuera de esta habitación. La visibilidad es tan justa que de puro milagro descubrimos una cámara de seguridad apagada.

—¿Apagada? Dime que es una broma.

—No lo es. Justo de eso hablaba con Nicole antes de la llamada.

—¡Pues vaya mierda de secuestradores! ¡No me jodas, estos son novatos!

—Serán nuevos y todo lo que tú quieras, Karud, pero si no nos hemos largado de aquí, no es por falta de ganas.

Le di todas las descripciones que pude para que consiguiera ubicarse. El problema se presentó en el momento que estaba a punto de preguntarle algo y las interferencias hicieron de las suyas, por lo que la señal se cortó y adiós a la comunicación.

—¿Hola? ¿Hola? ¡¡Joder, justo cuando le iba a comentar lo más importante!!

—Bueno, no pierdas la esperanza. Seguro que se hará una pequeña idea gracias a la información que le diste —procuró consolarme gesticulando con las manos de manera pasiva.

—¡Tía, no asumas tu final!

—Yo no asumo nada. Intento calmarte porque como sigas gritando, nos van a separar.

—Te veo demasiado relajada.

—¿Y cómo quieres verme, Nick? ¿Histérica?

—Perdóname. Sólo quiero que nos piremos de esta cárcel pronto.

—Yo también deseo lo mismo, y aun así, me controlo.

Toqué mi ropa y noté que dentro del bolsillo izquierdo llevaba un cigarrillo. Decidí sacarlo para imaginarme el calor del fuego con el que podría haberlo encendido.

—¡De eso nada! Estamos prácticamente a oscuras, sin ventanas ni ventilación, ¿y no se te ocurre nada mejor que lanzarte a morir inhalando el humo del tabaco?

—Tranquila —dije, metiéndomelo en la boca—. No tengo fuego.

—¿Entonces? —me mira extrañada.

—Me gusta pensar mientras fumo.

Los grandes entrenadores motivaciones odian con toda su alma el momento clave en el que una persona dice que en la vida es bueno matar el tiempo, pero por mucho que me cuenten sus penas, hay instantes en los que no queda más remedio, a menos que seamos masoquistas y por predilección mayoritaria permitiéramos que el mismo tiempo se encargara de aniquilarnos sin clemencia.

—Se me acaba de ocurrir algo —chasqueé los dedos.

—¿El qué?

—Un plan.

—Sorpréndeme, anda —expresó con desánimo.

—Yo llamo la atención de los guardias y tú huyes buscando ayuda.

—Nick, céntrate. Tus ideas son perfectas para una peli americana, no para una situación real.

—La gente normal no tiene poderes, yo sí.

—Sí, pero tú no eres Dios.

—¿Prefieres morir aquí o escapar?

—Está bien, cerebrito, vamos a seguirte el rollo —resopló como si mi propuesta le resultara pesada y adorada por la mismísima resignación.

Me levanté rápido, di golpes sonoros contra la puerta para que llamaran la atención de los guardias, escuchando así los pasos firmes y concisos de aquellos rufianes que iban aproximándose, ya que se encontraban demasiado lejos de nuestra "celda". Cualquiera diría que su labor consistía en vigilar a dos prisioneros, ¡parecían soldados yendo a la guerra!

Al ponerme cerca de la entrada, Nicole se colocó detrás de mí, y nada más entrar, permanecimos atentos controlando el tiempo que tardaron en llegar para coger carrerilla, por ende, atacué a esos sinvergüenzas y luego fingí ser un débil que no aguantó ni medio porrazo para que me detuvieran pronto; momento exacto en el que ella aprovechó la oportunidad para huir.

Salí corriendo y logré "escabullirme". Me dirigí a la sala de operaciones del cuartel militar secreto con total seguridad para poder sacar mi auténtico yo: Mel. Encima el condenado creerá que no he escuchado gran parte de la conversación con Karud. ¿Novatos, nosotros? ¡Más quisiera! Las futuras victorias no se abanicen con una gloria anticipada.

—Chicos, no es por malmeter, pero esto se está alargando demasiado.

—¿Y qué quiere que hagamos, jefa? —curioseó el tontaina de turno.

—Por el momento —tosí al ahogarme con mi propia saliva—, decir que yo he escapado.

—¿Cómo? El chico se va a dar cuenta, mi señora.

—Claro, por eso confía tan poco en mí que sería capaz de renunciar a su vida a cambio de salvar la mía, ¿verdad? —respondí sarcásticamente rompiendo el vaso de agua que me prepararon—. ¡Madre mía, menuda panda de inútiles, tengo que explicaros todo porque si no, no cazáis ni una mosca!

—Lo sentimos, ama —agachó la cabeza.

—Yo también lo siento. Aposté por vosotros porque Pau me dijo que llevabais años siendo profesionales, no escoria unida.

—¡Y lo somos! Si el chino se escapara, lo encontraríamos.

—Ni siquiera sabes diferenciar a un chino de un coreano. Dime, Chester, ¿qué te hace pensar que eres el líder de estos inservibles?

—La recomendación del doctor, señora —expresó con firmeza.

—¡Swells se equivocó, no hay más que observar de qué pie cojea cada uno!

—¿Y usted? —se envalentonó elevando el mentón.

—Yo ya maté a uno de tus hijos —agarré sus genitales hasta notar el miedo en su cara—. No hagas que me arrepienta de haber dejado vivo al segundo.

—No se arrepentirá, ama. Perdóneme, he sido un insolente.

—Bien... veo que ya nos vamos entendiendo.

Carraspeé un poco y hablé con autoridad. Aquellos imbéciles no valían una mierda, pero tampoco iba a jugarme el pellejo sin un plan que me garantizara la satisfacción de acabar con su vida cuando yo deseara.

—Bob da por sentado que me he ganado su confianza, que sigo órdenes tuyas y que decidí acatarlas para pedir un refuerzo que no vendrá nunca. Hacedle creer que todo continúa como había previsto.

—¿Y después de eso? —se interesó el aprendiz de sicario.

—Comunicad mi fuga. Recordad que obedecer no es una sugerencia, sino una puta orden —me hice una coleta de forma brusca—. Cuando dé la señal, atacad sin piedad.

—Así será, señora.

—¿Era tan difícil de entender?

—En absoluto, jefa. ¿Y qué pasará luego?

—Soltaremos al chico.

—¿Qué? ¿Está delirando, no?

—¡No, idiotas! Lo perseguiré hasta que ya no encuentre salida alguna y morirá.

—Entonces, ¿qué sentido tiene encerrarlo?

—Sería injusto asesinarlo en este preciso instante —concreté pintando mis labios con la sangre de uno de los hombres que ejecuté cuando Bong salió a hablar con Karud. Una siempre debe prepararse para cualquier ocasión, por sencilla que parezca, y si puedo coleccionar el rojo de mis víctimas en un frasco pequeño, no habrá maquillaje que se resista a mis encantos.

—Cabezas huecas, si la señorita Osborne lo matase ahora, ninguno de nosotros averiguaría nada sobre él y su procedencia —explicó Alfred, el genio en la sombra que necesitaba la misión—. Cuanto menos improvisemos, mejor.

—¡Por fin, alguien que me entiende! —besé su mejilla de la emoción—. Aún nos sirve de ayuda, así que permanecerá en la celda, le torturaremos hasta que confiese y dejaremos pasar los días para que sienta que cada miserable segundo de su asquerosa existencia se convertirá en un bucle.

—¿Y qué haremos con los uniformes, ama?

—Seguid con ellos. Aquí todos jugamos el papel que nos corresponde y el mío comienza ya.

—¡Sí, jefa! —gritaron, alzando el puño.

Me vestí con la mayor rapidez posible, colocándome mi traje especial. Salí directa hacia la celda entrando con una pistola eléctrica y una máscara veneciana en el rostro.

—Bueno, bueno... ¿qué tenemos aquí? Un ángel a punto de perder la batalla.

—¡Yo perderé la batalla, pero usted se irá al infierno conmigo! —exclamó el niño.

—¡Oh, muy arrogante por su parte! —mojé mis labios.

—Ya somos dos, ricura —dijo en tono seductor.

—¿Sabe qué es esto? —pregunté enseñándole el arma.

—Una cosa que se la puede guardar.

—¡Qué atrevido! —me acerqué a él despacio, parecía un león arrinconando a su presa. Acto seguido, tomé al apuesto joven por la barbilla y le dije que los ángeles como él no merecían vivir. Esperaba que se incomodara por susurrarle a escasos centímetros de su boca, pero para mi desgracia, disfrutaba más que nadie.

—¿En serio? —miró desafiante

Solté su cara con desprecio.

—Si te portas bien, no dolerá, sólo acabarás durmiendo —precisé guardando la compostura.

Un escupitajo aterrizó en mi frente. Mi benevolencia no se había ganado jamás un gesto tan osado y fuera de lugar. Bong logró desatarse a pesar del triple nudo que hizo uno de los sicarios, por consiguiente, esto se trataba de una ligera distracción. Sin embargo, aunque huyera cual liebre ansiosa por conservar su vida, pude detener al chico; allí le di un par de descargas.

Al estar tumbado en el suelo y agonizando de dolor, no paraba de chillar. Mis lamentos eran tan sonoros que parecía que me iba a quedar sin voz.

—¡Oh, eres adorable! ¿dos descarguitas de nada y ya te estás muriendo?
—vacilé.

—¡No, aún no! Quiero disfrutar un poco más contigo.

Apenas sentía el ímpetu que normalmente tendría. Necesitaba tomar aire porque la sensación de agobio ya no camuflaba mi control de la situación.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Yo? Bueno, no quiero que mates a dios —se hizo la tonta.

Mi sonrisa implacable la irritaba y acabó golpeándome con una patada en la cara. Me retorció de dolor mientras no paraba de gritar a la par que escupía sangre.

—Suficiente, si no, morirás.

Abandonó aquella celda dejándome solo y pensativo, tan aturdido por la cruel paliza que ni ganas tenía de continuar la misión. ¿Por qué? ¿Por qué tuve que caer en este mundo fétido? Yo no buscaba un destino así; ni siquiera debí haber nacido.

El escozor de mis primeras lágrimas no lo olvidaré nunca. Saladas como el mar, caían cual cascada de película, aventurándose a desparramar el sufrimiento sobre la amargura de un instante desolado. Ahí estaban, mezclándose con mis heridas y magulladuras al entrar en contacto. Mortificado por las ansias de ver cómo se iba desvaneciendo el inicio de ese tormento.

Por favor, Nicole, vuelve pronto porque no creo que aguante más. Un pensamiento que se repetía sin la menor intención de experimentar algún tipo de alivio mental. Por suerte, la frase descansó en el vacío, pero cuando desperté media hora después, el escenario se tornaba en algo más lúgubre que lo vivido anteriormente. Las paredes eran plateadas, olía a metal y el suelo ofrecía la posibilidad de romperte la cabeza en dos si te apetecía adelantar el trabajo, claro. ¿Resbaladizo? Podríamos decir que sí. Las rodillas las tenía repletas de sangre, al igual que el piso en el que me hallaba. Mi estado de zombi no brindaba una ayuda superior al capricho de mis expectativas, aunque para probabilidades bajas, el recipiente de agua que me esperaba.

—¿Y bien? —cuestioné de forma cínica.

—¿Vas a hablar? —empezó uno de ellos.

—Claro, estoy como para dar clases de oratoria —solté con una actitud guasona. El exceso de esfuerzo no ayudaba, dado que las secuelas eran las principales chivatas de mi agotamiento.

—¡Bueno, gracioso, veremos si aguantar la respiración es lo tuyo!

Sentí cómo mi cara se empapaba una y otra vez hasta que paró el "curso de buceo", pero no fue por aquellos incompetentes. La mujer que intentó que desembuchara vino con un cuenco de frutas y se quedó a cuadros cuando vio que esos tipos no sabían ni torturar en condiciones.

—¿¡Qué demonios hacéis!? ¡¡Os dije que esperarais la señal, no que nadie reventara al muchacho sin mi jodido permiso!!

—¡Ama, él sólo se burlaba de nosotros porque en ningún momento pretendía cooperar!

—¡Me importa una mierda! ¡Aquí las decisiones las tomo yo, no vosotros, que para algo os pago!

—Con el debido respeto, señora, el que nos paga es... —trató de decir el guardia.

—¡¡¡Cállate!!! —chilló la directora de aquel caos mientras apuntó con el arma la cabeza del hombre—. ¡Como sigas contestándome, vas a morir tú antes que él!

No dijo ni una palabra más. La ofendida se marchó dando un portazo lleno de indignación e impotencia. A lo lejos se escuchaba la conversación que mantuvo con el resto de asesinos, desgañitándose con el propósito de hacerse hueco en una posición seria y profesional; al final Karud no se equivocaba cuando le hablé sobre la cámara de seguridad apagada. Visto lo visto, no es para menos. ¿Quién se fiaría de personas tan torpes? Bueno, peor aún, ¿quién contrataría a gente con ese nivel de desorganización? A este paso prefiero pensar que el hecho de que nos encerraran a ambos fue pura suerte dentro del desastre.

Me llevaron a rastras a la celda. Allí me ofrecieron lo que les había ordenado aquella tipeja como compensación por haber estado a esto y nada de desmayarme. El pan apenas se podía masticar, salvo si lo hacías con mucho cuidado. En cuanto al agua, la tragaba como buenamente podía, ya que me la sirvieron en un plato llano; pensarían que los ángeles bebemos como perros. Luego me apoyé en la pared, y dentro de lo que cabe, dormí una pequeña siesta. Mientras lo hacía, tuve otra de mis visiones. En ella me encontraba con las manos apoyadas en el suelo, y a su vez, una mujer enmascarada sostenía un arma. No logré reconocer su rostro debido a la cantidad de imágenes borrosas que se proyectaban en mi cabeza, sólo sé que era idéntica a la secuestradora. Ignoro cuánto tiempo permanecí dormido, pues al despertar, seguía igual de desubicado y con los ojos entrecerrados: esperaba mi final. Parecía que iba a desistir cuando de repente escuché una pequeña voz, mi otro yo, que decía: "no es hora de rendirse. ¿Recuerdas por qué estás aquí? Lucha por tu vida y por la persona a la que amas. Si ella no vuelve, tú debes volver a ella". Dentro de mi interior salió un cosmos que jamás había sentido. Ese cambio provocó un impulso que me hizo levantar como si nada, entonces aprovechando esa oportunidad del destino, tiré abajo la puerta con una llave de judo.

Derroté a los guardias que custodiaban la entrada principal. Allí salí a la calle, fui directo en busca de Karud y me dejé llevar robando la primera moto que vi, saliendo disparado sin casco hacia la nada. Resultaba imposible quitarme de la cabeza a Nicole. ¿Y si le pasó algo tremebundo? Todos los recuerdos asaltaron mi mente, ergo, minutos más tarde se

convirtió en un obstáculo. La situación parecía jugar a mi favor, si no fuera porque un vehículo negro empezó a seguirme. Aceleré más, pero el coche no me perdía de vista, y eso que pasé por rotondas, calles estrechas e hice todo lo que estuvo en mi mano para darle esquinazo. De nada sirvió, ya que consiguieron arrojarme; caí de lado sobre el asfalto mojado.

Una chica bajó del coche. Intenté levantarme con dificultad, aunque lo que deseaba era huir en condiciones como cualquier ser humano normal, no obstante, alguien me apuntó con una pistola; la secuestradora fue aquella joven que aparecía en mi sueño.

—¡Si te hubieras estado quieto, quizá podrías haber sobrevivido, pero no, tenías que usar tus trucos baratos de película! ¡Joder, joder, joder!

Su voz se oía distorsionada por el helio, y aun así, la sentía familiar. Retrocedí varios pasos sin perder de vista a la persona. Sin embargo, antes de tocar la acera con el pie izquierdo, me dijo que dispararía si no dejaba las manos en el suelo.

—¡Me cago en la puta, yo no quería que esta mierda acabara así! —gritó nerviosa.

—No tienes por qué hacerlo —procuré calmarla.

—¡Para ti es fácil decirlo porque no te dedicas a esto!

—¿Y quién te obliga? ¡Ni que fueras la esclava de alguien!

—¡Tú no me conoces! ¡Lo más patético de todo es que me dio rabia no haberte aniquilado cuando tuve ocasión, y si las cosas ya estaban feas antes, imagínate ahora!

—¿Qué diferencia tu pasado de mi presente?

—¡Que quieras o no, al final te he cogido cariño, y por esa maldita razón sigues vivo! —confesó con una voz quebrada.

—¿Quién eres tú...?

—Somos un equipo, ¿recuerdas? —se esforzó por no llorar, pero fue demasiado tarde. El efecto del helio desapareció en sus cuerdas vocales y el resto confirmó la identidad de la joven que plañía desconsoladamente.

Mi pecho empezó a arder al mismo tiempo que mi corazón, el cual palpitaba muy deprisa. Los ojos se me abrieron como platos porque no podía creérmelo: ella se quitó la máscara y la cara de Nicole quedó descubierta.

—N-N-Nicole... —tartamudeé con los nervios a flor de piel.

—Mi verdadero nombre no es Nicole.

—¿Entonces quién eres en realidad!? —sonsaqué entre dientes, apaciguando la ira que crecía en mi interior por cada segundo que asimilaba el engaño.

—Me llamo Mel Osborne —reconoció secándose las lágrimas.

Me hallaba anonadado. La persona que había estado conmigo desde el principio, apostando por mí, desde mi tiempo hasta las pistas encontradas, era una farsante. Ella, quien fingía que se la jugaba en innumerables ocasiones con tal de ayudarme, jamás fue Nicole. Una cosa tenía clara ya, y es que no podía confiar en nadie, ni siquiera en mi propia sombra.

—¿Últimas palabras? —decidió concederme el beneficio de la última voluntad

—Me alegro de que seas tú quien me mate —finalicé mi temor con una verdad como un templo.

Ella frunció el ceño extrañada, mirando a ambos lados porque no sabía ni dónde meterse. En esos instantes sólo se limitó a sostener a tres metros de distancia la pistola que apuntaba a mi cabeza; no iba a apretar el gatillo.

—Explícate —exigió seriamente.

—Podría haber sido un esbirro, un yonqui o incluso el mismísimo Dios, pero si esto es el fin, acabaré muriendo feliz —aclaré con valentía, aunque tragando saliva—. Espero que sea delante de la persona a la que amo.

Su rostro se volvió rojo como un tomate, y esas manos tan delicadas que asumían un rol ficticio de asesina calculadora, lejos de armarse de valor o torturarme en plena calle para sembrar el miedo en mí, empezaron a temblar al igual que sus labios.

—¿Y bien, preciosa? ¿A qué esperas? —la miré con picardía.

Los sudores fríos continuaban, el silencio se alargaba y el temor se extendía por sus hombros.

—No puedo, Nick... —bajó el arma envuelta en esa confesión que llevaba tiempo ocultando para que no saliera a la luz—. No puedo hacerlo porque me gustaste desde el día en el que te conocí.

Mel iba a dejar el arma en el suelo, pero alguien se apoderó de ese instante de vulnerabilidad para golpearle la cabeza por la espalda, provocando que se desplomara sin recuperar el conocimiento. Acto seguido me levanté adoptando una postura de defensa. Centré la vista en el horizonte y mi sorpresa pasó a otro nivel cuando descubrí que era él.

Capítulo 8

Apariencias:

Por un momento creí ver a alguien desconocido, pero la duración de esa sospecha se esfumó con la calma, pues sólo tuve que prestar atención para ver que la persona que aparecía en escena... ¡era Karud!

—¡A buenas horas! —me dirigí a él con una sonrisa.

—Parece que al final te las has ingeniado solo. ¡Bien hecho, Bong!
—levantó sus palmas esperando un choque de manos—. De todas formas no te acostumbres demasiado a estos rescates improvisados, que no se me da bien tener el control en situaciones así.

—Tío, que está inconsciente, no muerta.

—¿Quieres que la mate?

—¡No! ¿¡Has perdido la cabeza!?

—¡Tú sí que la habrías perdido si esta canalla te hubiese disparado!
—respondió a la defensiva.

—Dudo mucho que lo hiciera.

—Dudar es fácil cuando alguien te salva en un momento inesperado y todo queda en un susto.

—¿Deseas echarme en cara algo más?

—Paso.

—¡Genial, pues centrémonos en lo que importa!

Karud comenzó a morderse las uñas mientras acomodaba el asiento del vehículo. Echó un vistazo al reloj que llevaba en su mano izquierda, clavó la mirada en el horizonte y al cabo de un rato me hizo unas cuantas preguntas.

—¿Cómo conociste a esta tía?

—Una larga historia, luego te cuento —inspeccionaba los bolsillos interiores de mi chaqueta por si encontraba algún objeto de valor que me ayudara a mantener fija a Mel durante el trayecto—. Oye, ¿no tendrás por

ahí alguna cuerda, verdad?

—Sí, hay una en la parte trasera de la moto.

—La voy a necesitar.

—¿Para qué?

—Para utilizarla como cinturón de seguridad y así no se cae de la moto que acabo de robar.

—¿Y no crees que ese plan es un tanto absurdo, imbécil? —endureció su expresión.

—¿Se te ocurre una idea mejor, mastodonte?

—No sé, ¿por qué no conduces el coche que traje para perseguirte? ¿O acaso vas a coger el de tu amiga sin llaves ni un permiso a mano?

—Buen punto. La pregunta es, ¿qué hacemos entonces con la moto que cogí?

—Ya me encargo yo. Lo maravilloso de conservar amistades que trabajan en la policía es que si te haces el inocente y les dices que te has encontrado una sin matrícula, seguramente la guardarán hasta que den con el propietario.

—¿Y qué ganas con eso?

—¿No quedar como sospechoso tal vez?

—Cierto —afirmé.

Mi amigo alertó a las autoridades para que vinieran lo antes posible. Mientras tanto, me dio la cuerda que llevaba a un lado de su "burro de carga" para atar las manos y los pies de la señorita Osborne haciendo un nudo ballestrinque. Husmeé en la guantera, cosa que agradecí porque al encontrarme con una cinta americana negra, supe que disponía de todo lo necesario: ya no podría chillar ni tampoco escaparse. Karud optó por vigilar al mismo tiempo que calculaba cuánto iba a tardar en aparecer la poli. A base de prisas y cuatro ojos, llegamos a un acuerdo a pesar de no estar muy a favor de llevarnos a la chica con nosotros. Él me dijo que lo siguiera hasta su casa, que no me preocupase porque aunque fuera detrás, mantendría el contacto conmigo por medio de una llamada telefónica y así hablaríamos por el camino.

—¿Qué haremos con esta tía? —apeló a una mezcla entre el sentido

común y el miedo.

—Se viene con nosotros.

—¿Insinúas que la vas a meter en mi propiedad?

—Claro.

—¿Estarás de coña, no?

—No. Tenemos que interrogarla.

—Nadie es tan gilipollas como para sincerarse al cien por cien en un secuestro.

—Gilipollas no, impulsiva sí.

—¡Bong, párate a pensar, que te la juegas a lo grande!

—La conozco y sé cómo piensa. Déjame este asunto, anda.

—¿Y si no funciona? Te recuerdo que yo no soy el tipo de hombre que se mancha las manos.

—Lo sé, y por eso te digo que dejes este tema en las mías.

—Tú verás, chaval —miró por el retrovisor y vio que yo apenas mantenía la distancia de seguridad—. Hazme el favor de conducir con cuidado, que aquí la conducción negligente se paga caro.

—Temeraria, de hecho —le corregí.

—Lo que sea... —resopló—. Ya estamos llegando.

La casa de Karud se encontraba en Kensington. Era una villa de gran magnitud. Aunque no estuvo bien que yo preguntara el coste de una vivienda así, no se lo tomó como un gesto indiscreto e inapropiado, ¡por el contrario! En su explicación se respiraba un cierto aire de grandeza cuando me contó cómo la consiguió. Un señor de edad avanzada llamado Juno Klaus Pennington hizo una apuesta con él, por consiguiente, si lograba encontrar a clientes adinerados para venderles las dos mansiones más lujosas de toda Inglaterra, este domicilio de ensueño sería suyo, y así fue, según las palabras de mi amigo. La desgracia vino en el instante que decidió llevarle un regalo a su chalet y se lo encontró ahorcado. Los vecinos de la zona creyeron que el director de ventas de la inmobiliaria se había suicidado debido a que nadie sospechaba de un posible culpable. Hablamos de unos doscientos mil metros cuadrados de espacio. Tan

descomunal era su apariencia que no causaba indiferencia. La estructura de la vivienda no tenía desperdicio alguno. De cara al exterior se componía por paredes lisas de titanio con un aspecto muy similar al de un móvil pensado para compradores millonarios; una delicia visual merendada por los ojos que se la comían. Textura que en mi vida había palpado con las manos. Aquel gris brillante y plateado transmitía un respeto que te hacía sentir pequeño. En su interior cada detalle estaba íntimamente relacionado. La cocina y la sala de descanso quedaban a escasos metros de nuestra presencia, atreviéndome a decir que parecía sacada de la mente de un psicópata, pues no es normal que la manera en la que veía esos detalles situados coincidiera con la rutina de una persona sedentaria o pasiva. Unos colores que se iban cambiando según el estado emocional de su propietario: los que más abundaron en ese momento por las circunstancias fueron rojo, negro y azul marino. Los muros por dentro eran de piedra de yeso, ambientados en un diseño rural que permitía a los invitados sentirse acogidos y sin ninguna preocupación pendiente. El resto de la decoración destacaba de forma mágica porque conservaba un estilo sencillo a la par que moderno. En pocas palabras, el gusto de la buena belleza.

Posé mi mirada en Nicole. Una beldad sublime desde aquella perspectiva provocó un escándalo en la decepción que habitaba en mi persona. Por muy crispado que estuviera, su vulnerabilidad brindaba un plano primoroso. Yo permanecía observándola sentado en un silla hasta que escuché un bostezo.

—¿Ya te has despertado? —pregunté acomodándome en el asiento.

Me hallaba en un cuarto alterno al de Karud. Ella ladeaba la cabeza buscando algún objeto o referencia que le resultara familiar.

—¿iPor qué estoy atada!?! —gritó con fuerzas.

—Porque sé que te escaparías.

—¿iY la pistola!?! —siguió alterada

—Tranquila, la tengo yo —dije mientras sujetaba la cuerda para evitar que se largara.

Di media vuelta y deposité el arma encima de una mesa de jantar italiana importada. Decidí acercarme cada vez más a ella, sin miramientos, presenciando cómo su rostro se empalidecía, pero a los pocos segundos

iba tornándose en rojo.

—¿Po-po-por-q-qu-qué me mi-miras t-t-ta-tanto? —titubeaba.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Ojos no me faltan —sonreía para ponerla nerviosa.

—¡Hijo de puta!! ¡Déjame salir de aquí o te partiré la cara!

—¡Señorita, esa no es manera de hablarle a un anfitrión! Si se porta bien y obedece sin rechistar, es posible que la salve.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¿Tú, un anfitrión? Ni siquiera eres rico.

—Al menos no soy un traidor —la chinché rozando mi nariz con la suya, pero manteniéndome frío al mismo tiempo.

La tranquilidad con la que le contestaba estaba consentida por el engaño, incluyendo el pensamiento de los seres humanos como compañeros bonachones de vida. En cambio, la sensación de incomodidad, culpa y angustia se remitía a los hechos que ella misma provocó por elegir hacerme daño en lugar de ayudar cuando más lo necesitaba.

—¡Vaya... entonces eres un santo! No serás un traidor, pero sí un narcisista de cuidado. Además, ¿se puede saber quién coño querría estar con alguien como tú? Yo desde luego que no.

—A veces me sacas de quicio —acaricié su mejilla y la miré de forma lasciva.

—¿¡Qué haces!?! ¡No me toques!! —chilló forcejeando.

Cerré los ojos por unos instantes, fundiéndome en un tierno, corto y eficaz beso. Me detuve para contemplarla nuevamente, esta vez de manera acaramelada. Su rubor se extendió por las mejillas, confirmando lo que sabía desde hace tiempo.

—Si no fueras tan repelente, ya estarías en mis brazos.

—¿A pesar de haber intentado matarte? —cuestionó con una sonrisa torcida y perturbadora.

Ella continuaba esquivando la mirada, como si eso la salvara de las garras de aquella dichosa evidencia.

—Tú misma lo dijiste, cariño —suspiré—. Me quisiste, y ese momento fue fugaz para ti, pero para mí resultó eterno, como el que espera algo que

nunca llega.

—¡Tendrás cara! ¡Eso es mentira! —consiguió dar una patada brusca que fue directa a mi pierna izquierda—. ¡Estaba delirando y fingiendo!

—Por favor, no estropees el momento, ¿quieres? —sugerí gimiendo de dolor sin perder el tipo.

Tomé un cigarro y lo encendí con ganas, dispuesto a darle una calada después de unas buenas horas sin notar su sabor. Nicole se quedó callada a la par que pensativa, aunque su mente hacía muchísimo ruido por dentro; tanto que hasta una jauría de perros enloquecidos guardaba un silencio mayor en comparación con su estado actual. Cuando menos se lo esperó, volví a besarla, sólo que esta vez lo hice en la frente.

—Mientras yo esté aquí, nadie te tocará.

—Muy listo, sí, señor. ¿Y si tus predicciones fallan, qué?

—Los mataré.

—¿Incluso si son de los tuyos? —ladeó la cabeza—. En el fondo eres tan idiota como tu amigo.

—¿Lo dices por alguna razón en especial?

—Das por sentado que no te va a fallar y que sigue en tu bando.

—Pues te sorprenderías porque ahora mismo estoy solo. Karud es uno más y seguramente me utilizará. Quiero pensar que cambiará, pero si es difícil esperar un avance por parte de alguien a quien quieres, imagínate cuando se trata de un tipo al que apenas conoces; los dos hicimos un pacto con el fin de que me ayudara a salir de este apestoso planeta —tragué saliva—. Que yo te quiera no significa que vaya a perdonarte a la ligera por tu intento de asesinato.

Me acerqué a ella aún más, penetrando mi mirada en la suya, firme y desafiante.

—¿Quieres escuchar una confesión curiosa? —inquirí.

—A estas alturas ya nada me causa impresión.

—Tu forma de ser se asemeja a una carta de naipes.

—¡No me digas! Esperaba algo más ingenioso viniendo de ti.

—Pero si nada te causa impresión, ¿por qué ibas a esperar una respuesta de calidad cuando ni siquiera te importo? —le guiñó un ojo.

Mi sonrisa burlona conseguía irritarla. No era consciente de lo adorable que resultaba ver cómo hacía malabares con sus gestos faciales para que yo me tragara esa patraña de que no sentía nada por mí, y no fue una cuestión de ego, sino de hechos. El nivel de expectativas de una persona no se rige por una indiferencia en casos como este. Ella lo negaba todo. Pretendía liberarse a base de arquear su espalda para que las cuerdas cedieran lo suficiente y pudiera echarse a correr: de nada sirvió porque se encontraba igual.

Alguien apareció de repente en la habitación. Karud acababa de darse una ducha y con una mano sostenía el pomo de la puerta, mientras que la otra la utilizaba para sujetar la toalla que cubría sus partes nobles.

—¿Alguna información relevante? —curioseó él.

—Aún no —respondí desanimado.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, este asunto es nuestro y tampoco te incumbe.

—¿iQue no me incumbe!? iiEs una asesina!! ¿Sabes cuántos ha matado?
¿iLo sabes!?

—Lo que yo sepa no tiene importancia, Karud. Lárgate y déjame interrogarla.

Estudí las pocas posibilidades de escapar de aquel sitio. Al lado izquierdo había una ventana de cristal grande, una cama pegada a la pared y un par de trastos. El lugar estaba bien cuidado, sin embargo, podía ser el sótano de un psicópata millonario. Virgen santísima, ¿qué clase de imbécil se cree que es? Puse el grito en el cielo gracias a su jodida manía de acaparar a todo el mundo como si su voluntad estuviera por encima de lo que él considera una pertenencia humana. ¡Maldito ególatra estúpido!

—Silencio, querida.

Nick se levantó e intentó fumarse el decimoquinto cigarro del día. Le salió el tiro por la culata porque el tipo que me llamó asesina lo detuvo.

—No, aquí no —se lo prohibió Karud.

—Tío, fumo a diario, ¿vale? Esto no es nada.

—¿Cuántos llevas ya?

—Bueno, teniendo en cuenta que en aquel zulo no podía fumar, pues... unos catorce —respondió con ese aire de guasa que llevaba encima—. Con este van quince.

—¡Si no te puedes controlar, al menos ten la puta decencia de abrir la ventana!

—Olvidas que la señorita Osborne no lleva la cinta americana.

—¿Y cuál es tu mayor miedo? ¿Que grite? ¡Anda y que te jodan!

—¡Por fin estamos de acuerdo en algo, ricura! —agregué con una risa forzada de aprobación que puso celoso a Nick cuando coincidí con Karud.

—¡Que os follen! —se enfadó el coreano.

—Hazlo tú, seguro que eres experto en el tema —traté de intimidarlo.

—¡Vaya, vaya... no me imaginé que hubiera tanta tensión sexual en el ambiente! —exclamó su cómplice evitando reírse.

—¡Déjate de tonterías! —saltó a la defensiva—. Ya voy a abrir la ventana.

Al final accedió, ya que viendo la parte lógica del asunto, que iba a dejar el sitio apestando, no le pareció mala idea. Después de eso, se quedó de pie durante unos segundos y empezó a darle unas caladas a su cigarro. Con la cantidad de humo que se traga sería el candidato perfecto para trabajar en la industria del tabaco.

—Bien, amor, dime, ¿cómo puedo llegar al cielo? —preguntó poniéndose en cuclillas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Como si fuera tan fácil! —contesté en un tono jocoso.

—Precisamente porque no lo es, por eso quiero saberlo.

—¿Crees que voy a ser tan tonta? ¡Antes muerta!

—Por favor, déjanos solos —le pidió a su amigote.

El grandullón se marchó enfadado cuando se percató de que el chico no soltaría prenda sobre lo ocurrido en este lugar, ¡y con razón! Quitando la

obviedad de mi nerviosismo por lo lejos que había llegado la situación, la mayor parte del tiempo que estuve atada en la silla se resumió en ver quién la tenía más grande a la hora de responder.

Se acercó a mí lentamente y comenzó a besar mi cuello. Le pedí que parara porque me sentí un poco incómoda. Pudo haber seguido, pero obedeció y lo agradecí.

—Si no me cuentas lo que necesito saber, no podré pedirte salir como es debido.

—¿Perdón? —aluciné.

—Sé que te gusto, Nicole.

—Si sabes cómo me llamo en realidad, ¿por qué sigues utilizando el nombre falso de Nicole?

—Porque Mel Osborne es una identidad y Nicole Schaffer otra.

—Explícate.

—Mel es una joven capaz de matar a alguien sin piedad por intereses económicos, pero Nicole fue la chica de la que me enamoré, y aunque tú me digas que no es cierto, tu mirada te delata.

—No asumes que ha formado parte de un engaño, ¿verdad?

—He conocido auténticas quimeras y tu esencia no habla así de ti, por mucho que te empeñes en demostrar lo contrario.

—Siempre piensas que podrás adelantarme.

—Juego con ventaja.

—Que viene siendo lo mismo que acabo de decir.

—No. Tú crees que yo controlo tu forma de ser por anhelar a toda costa una sumisión que no busco en tu persona.

—¡Mentira! ¡Dime eso a la cara sin mirar a otro lado cuando provoqué celos en ti frente a Karud!

—¡No lo niego! ¿Me oyes? ¡No lo niego!

—¿Y por qué te alteras si no debería tratarse de un asunto que te afecte?

—Porque parece que debo ser el único imbécil que tiene los cojones de decirte que te quiere.

—¿Y qué cambiaría si en un hipotético caso confesara que yo también siento lo mismo aunque me joda?

—¡Todo! Yo no quiero un corderito degollado, sino una mujer que sea fiel a su corazón, a su presente y al aprendizaje adquirido en su pasado.

—¿Aseguras entonces que no soy ese tipo de mujer?

—No, lo que digo es que si quisiera obediencia pura, para eso tendría a Shadow.

—Los perros son algo más que esclavos.

—¡Y tú eres mucho más que una asesina!

Sentir el peso de la lujuria en sus ojos me molestaba. Era la primera vez que notaba a un hombre preocupado por mí sin perder el deseo —al mismo tiempo que me dejaba callada por una verdad que alimentaba mi asombro— en una conversación seria. Por otro lado, una chispa de excitación mantenía la llama de aquella tensión ambigua.

—Te equivocas —mentí descaradamente para quedarme con su reacción.

—Las mujeres como tú sois fuertes, pero no cierran las puertas a un romance de novela. ¿Qué ocurre? Que tu escepticismo hace que uses las palabras como un arma para defenderte ante un posible ataque. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza.

—Porque crees que ser vulnerable en el amor es un crimen o un chiste sin gracia, que no puedes mostrar tu verdadero yo y que evitando las relaciones conseguirás que vean en ti el monstruo que no eres —me explicó mientras desataba mis manos.

—Muestro lo que soy, Nick. No voy diciéndole a todo el mundo que me dedico a matar gente, pero es que tampoco confiaría mi vida a cualquiera justo por lo que conozco del entorno que me rodea.

—Yo no soy cualquiera, Nicole, y te lo puedo demostrar.

—Pitt decía lo mismo.

—La diferencia es que a él no le importaba herirte y a mí se me cae el alma cada minuto que sé que te encuentras en peligro —terminó llorando de la rabia que le causó el ejemplo que le puse con mi expareja.

—Lo siento, en serio, no pretendía compararte, es sólo que nunca...

—Te han amado de verdad —completó la frase—. Lo sé, Ni.

—Supongamos que un día te cansas y no quieres saber nada más de mí.

—Imposible. Al principio intenté engañarme convenciéndome de que eras una joven del montón, pero es que la locura residía en esa idea, porque tu carácter me gustaba, disfrutaba viéndote dormir y nacía una sensación de protección insustituible. Aunque fueras una cascarrabias, lograbas sacar un lado dulce que fue el sí definitivo que hizo que me encariñase contigo hasta el punto de acabar, cómo decirlo, ¿colapsado?

—Enamorado —corregí sonriendo.

—Así es —me devolvió la sonrisa.

Tomó mis cachetes para adentrarse en el mundo de aquel beso tierno y fogoso en perfecta sintonía. Seguí su ritmo con cierto miedo, y por irónico que suene, sentía que aquellas emociones me empujaban con unas ansias que ningún poeta sería capaz de definir. La explosión que nadaba en mi pecho era jugosa. Cada segundo que mordía los labios quemaba un hormigueo que me dejaba en silencio, congelando el odio por momentos, postrándome ante un universo diferente protegido por nuestros latidos, tan vivos, tan fuertes, tan inocentemente perdidos. Me encontraba extática, dado que parecía que me faltase el oxígeno. Dichosos los labios con sabor a tabaco que aún podía notarlos, incluso cuando habíamos parado de besarnos.

—¿Qué quieres de mí? —inquirí.

—Dime lo que sabes y te convertiré en mi esposa.

—¿Por qué querría ser tu esposa si tu objetivo está allí arriba? —señalé el cielo con el dedo.

—Porque cuando sé a qué me atengo —rozó mis labios—, no hay ni dios ni demonio que detenga a este loco. Confía en mí y te daré lo que me pidas.

Aquella fuente de felicidad se iba derramando poco a poco sobre unas intenciones húmedas. Su cara mostraba una excitación deliciosa a la par que insuficiente, pero es que probar la miel de los humanos sin ninguna

prisa también acentuaba mi apetito a lo bestia.

—¿Tu cuerpo? —incité.

—Si así lo deseas —dio otra calada a su apestoso cigarro.

Sacudió las colillas que estaban esparcidas por esos pantalones de cuero ceñido y dejó la silla en su sitio. Si podíamos presumir de algo en común, que fuera por el buen gusto que teníamos a la hora de vestir.

—Levántate.

—¿Ya nos vamos? —esbocé una sonrisa pícaro.

—A menos que quieras quedarte aquí —dijo encogiéndose de hombros.

—No, gracias —aclaré con asco.

¡Maravilloso! Ya había ganado varios puntos de confianza: el amor de Nicole, la discreción de Karud y la garantía de hallar pronto las respuestas que necesitaba descubrir. Al salir de la habitación junto a ella, él me preguntó que a dónde iba. Le comenté que averigüé lo suficiente como para permitirme el lujo de llevarla conmigo sin que planeara una fuga. En cambio, la actitud de mi "amigo" no aportaba una convicción mínima por su parte, manteniéndose a la defensiva y dudando de mis palabras.

—Necesito tu coche.

—¡Lo tuyo no es la cordura, muchacho! Aquí hay gato encerrado. No me cuadra que en menos de dos horas la hayas convencido cuando te diste por aludido en el momento que se reía de ti.

—¡Porque a ella le intimidabas! ¿O es que no sabes reconocer el instante en el que un humano te sigue el rollo por miedo?

—¡Claro, ahora una de las asesinas más peligrosas y ocultas de Reino Unido resulta que vive en sus carnes el síndrome de Estocolmo!

—¡Ella no está enamorada de ti, Karud!

—Si se escapa...

—Que sí, que ya me sé de memoria tu discurso de chalado, que no quieres ensuciarte las manos y que si la cosa se sale de tuerca, me

matarás. Lo he pillado, ¿de acuerdo?

—¡Mas te vale acertar de lleno, Bong!

—Si quieres resultados, será a mi modo —aclaré de forma desafiante.

—Esto no es un juego, insolente.

—Lo sé.

—¡Conduce con cuidado y no me dejes el coche oliendo a mierda!

—vociferó lanzándome las llaves a lo lejos mientras corría en busca de Nicole.

Schaffer había ido al baño a asearse, y cuando salió, le hice señas para que viniera. Le conté que iríamos en el coche de Karud y no en el que ella cogió para ir detrás de mí, pero en vez de aceptarlo sin comerse demasiado el tarro, acabó sorprendiéndose. Abrí la puerta y apuré a la señorita.

—¡Vamos, Ni, es para hoy!

—¿Y qué pasa con el capullo?

—Karud se encuentra kaput.

—¿¿Lo has matado?? —se asustó.

—Creí que ese era tu trabajo —contesté con descaro.

—¡Imbécil!

—Está durmiendo una siesta.

—¿Una siesta a las siete de la tarde?

—Es un tipo que se ejercita bastante.

—¿Y cómo sabes eso si lo conoces desde hace poco?

—Bueno, digamos que mientras tú seguías inconsciente, a nosotros nos dio tiempo de charlar un rato sobre nuestros gustos.

—¡Vas a la carrera, eh!

—Aprovecho lo que me dan. Por cierto, abre la guantera.

Nicole se dio cuenta de que había una bolsa con ropa nueva.

—Cuando quedé con Karud, es cierto que la mayor parte de la conversación se basaba en hablar sobre Dios, pero también le pedí que comprara un par de cosillas porque tú me acompañabas prácticamente a cualquier sitio. Mi intención era dártelo el día de tu cumple, aunque considerando la situación actual, creo que es mejor que lo disfrutes ahora y así vas cómoda.

—No sé ni qué decir, Nick...

—A mí me vale con un "gracias" —reí.

—Sí, sí, por supuesto, no es para menos —dijo incrédula.

—No te lo esperabas, ¿verdad?

—¿Sinceramente? Ni de coña —negó, cogiendo mi mano con cuidado para no desviarnos de la carretera.

—Tranquila.

—¿A dónde vamos? —preguntó inquieta cual niña pequeña.

—A un lugar alejado. Si quiero morderte, tendré que ser cuidadoso. No puedo pretender que sólo nos vean y ya. Además, hay cosas que no me has contado todavía.

—¿Como cuáles?

—¿Has visto a Dios?

—No, nunca.

—Entonces, ¿cómo lo conoces?

—El Dr. Pau me habló de ese personaje en su momento.

—¿Trabajas para él?

—Trabajaba —rectificó con un suspiro melancólico—. Parece que ahora estoy en el bando correcto.

—¿Seguro? ¿Y si en realidad yo soy el malo y te fías de mí porque me deseas?

—No es cierto.

—¿A qué te refieres? —fruncí el ceño sorprendido.

—Si así fuera, te habría echado un polvo y adiós. Además, tú sabes de sobra lo que he tardado en meterme en una relación.

—Doy fe de ello.

—Ni siquiera soporto los líos de una noche.

Agradecí que antepusiera la sinceridad en lugar de una respuesta fácil y esculpida por la naturaleza de las apariencias. Resultaba interesante escuchar a su verdadero yo, no al rol que le tocó jugar por la convicción de un señor despiadado.

—Me gustas desde hace tiempo, lo supe nada más verte. Principalmente debía matarte porque la orden era sencilla. Entonces, si quería evitar esa atrocidad, tenía que hacer un trato con el Dr. Pau. Me limité a investigarte pensando que no llegarías tan lejos y que tampoco destruirías mis planes, pero ya ves, aquí me tienes, con ganas de ti y perdiendo la cabeza por un ser que no es ni humano —empezó a contarme.

—Soy medio humano.

—¿Y por qué actuabas como si nunca hubieras experimentado lo que se siente siendo así?

—Porque hablamos de una novedad dentro del conocimiento, es decir, yo me sabía la teoría de memoria, pero la práctica es otra historia, guerrera mía. Cuando te destierran, te conviertes en la mitad de lo que odias, llámalo castigo, suerte o casualidad. Sentí que controlaría esa naturaleza hasta que te vi dormida por primera vez. Ni el atardecer más sereno y brillante se atrevería a arrojarte con el descanso que le entregabas a mis poderes. No eres la única que pierde, Nicole, y te aseguro que hay batallas que sin ti no quiero ganar.

—Ambos nos gustamos. Sé que es raro viniendo de una asesina y un ángel que no sabe lo que es el amor, pero ahora que ya hemos hecho las paces, ¿por qué no vamos a un descampado y...? —sugirió poniendo su mano derecha cerca de mi entrepierna.

—Un hotel.

—¡Los hoteles son caros de cojones! —protestó.

—Entonces pagas tú —vacilaba.

—¡Oye!

—Estoy bromeando, tonta.

—¡Muy gracioso, granuja! No entiendo por qué debería pagar yo.

—Bueno, por norma general los hombres lo hacen y no por eso se les caen los anillos o pierden el interés.

—¡Yo no he dicho en ningún momento que salga contigo por tu dinero y que esto sea una deuda a partes iguales!

—Ni, no me estás entendiendo.

—¡Da igual, déjalo! Parece que no todo en la vida es bueno.

—¿Quién ha dicho eso? —curioseé al verla mirando el espejo retrovisor.

—La dicha hoy no es buena.

—Nicole, yo iba a pagar el alojamiento con el dinero que me dio Karud por mantener nuestro secreto a salvo. Ya que dispongo de medios, no veo una ocasión mejor que la que se nos presenta esta noche.

—¿Cuánto?

—Tres mil libras.

—¡Eso es más de lo que vale un hotel!

—¿Y dónde está el problema? ¡Disfrutemos de este posible!

Conduje con el viento azotándome en la cara. A lo lejos divisé unos coches que se saltaban los semáforos a cada dos por tres. Las ventanas resonaban fuertemente, la lluvia no se quedó corta y el trayecto se hacía largo como un sendero infernal. Sabía que Nicole estaba harta de tragarse el humo, así que paré de fumar. Mientras lo hice, mi mirada se perdía en un horizonte ciego, escondido detrás de la oscuridad. Me recordó bastante a unas compañeras de vida que tenía antes de que todo esto pasara; mis queridas alas negras.

Capítulo 9

Mandarin Oriental Hyde Park:

iiAtención!! (Este capítulo este es SÓLO para MAYORES de +18. Por lo que no se le recomienda a MENORES de 18)

(iiiGracias por entender!!!)

Las gotas de lluvia mostraban su valentía deslizándose por el tobogán al que todos llamamos cristal. El clima se había puesto distante, proporcionando una frialdad que se llevaría de mil maravillas con una taza de chocolate humeante y algunas pastas para acompañar.

Hubo un silencio incómodo, quizás otro de tantos. Estábamos tan callados que escuchar nuestros latidos no fue una tarea engorrosa.

—¿Habías pensado en un hotel concreto? —fisqueó Nicole.

—Sí, el Mandarin Oriental Hyde Park.

—¿No hablarás en serio, verdad? ¡Es carísimo, tío! La habitación más barata cuesta 450.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ya estuviste allí o viste los precios en la página web?

Nicole bajó la cabeza. Percibía su molestia a la hora de insinuar un dato que yo intuía por mera lógica.

—Oye, no pasa nada si no eres virgen —procuré tranquilizarla cogiendo sus manos.

—Sí, Nick, sé que no pasa nada, pero ya sabes cómo funciona la sociedad al respecto —se justificó.

—¿Y qué más da, Ni? Es tu cuerpo, no el del mundo entero.

—Ojalá todos lo vieran como tú.

—Posiblemente sería un tanto problemático.

—¿Me estás vacilando? ¡Hace unos segundos te importaba un soberano pimienta y ahora te contradices!

—¿Por qué malinterpretas lo que quiero explicarte? Ni siquiera me has dejado acabar.

—Termine usted —hizo un gesto que dio pie a que prosiguiera.

—Gracias. A lo que voy es que si todos lo vieran como yo, no sabrías distinguir las intenciones de las personas —espiró aliviado por poder expresarse al fin—. Ya de por sí es costoso de cojones adivinar quién te la juega y quién no.

—Entonces nada cambiaría, porque si esa diferencia es nula en el día a día, ¿qué hace que desde una perspectiva sexual se enfoque de un modo distinto?

—Que no acertaríamos nunca en el momento de involucrarnos con alguien que a la larga demostrara ser un falso, así que se limitaría a la conversión de una pérdida de tiempo.

—¿Y cómo definirías nuestra situación, cariño? —me tentó con esa pregunta.

—Pues... un tanto rocambolesca, ensimismada, tierna, fuerte, resiliente, acogedora, tensa —me rasqué el brazo izquierdo que dejé apoyado en el volante—. No sé, supongo que es una mezcla de muchos significados.

—Por ahora no te has equivocado, pero me da curiosidad la última palabra.

—¿Te refieres a tensa?

—Esa misma —señaló.

—Bueno, la definí como tensa porque no es muy normal que dos personas que se quieren o al menos se gusten decidan meterse de lleno en una misión donde la desconfianza, las emociones nuevas y el misterio van juntas.

—¿Lo dices por mí?

—Por ambos, Ni.

—¿Crees que la estamos cagando en este preciso instante?

—¿Me quedaría contigo sabiendo que has intentado matarme si fuera otro tío?

—Diría que no.

—Tú sola te has contestado, Schaffer.

—Perdón por mi actitud —se disculpó bajando la mirada y dirigiéndola hacia su llavero.

—¿También te disculparás cada vez que opines? —le busqué las cosquillas.

—¿Puedes entender que yo no me abro de esta forma con la gente?

—Sí, claro que lo comprendo —empaticé con ella mientras jugueteaba con su mechón de pelo—, y valoro mucho tu esfuerzo.

Notaba que se sentía avergonzada por el momento, pero jamás la juzgaría por su pasado. ¿Quién no ha tenido un ayer duro o repleto de desgracias? El hecho de sincerarnos dejaba huella a lo grande, para bien y para lo inimaginable. Nicole había adquirido la habilidad de dominar las situaciones, sin embargo, aguantar lo que la ahogaba por dentro sumado a los comentarios de la gente en escenarios prometedores provocó una ansiedad que vislumbraba en sus contestaciones. En circunstancias íntimas como esta sólo quería consolarla.

—Hay una cosa que deseo que sepas, ¿vale?

—Adelante —respondió.

—Si por lo que sea llegamos a más en la habitación, si en algún momento sientes que no te ves con ganas de continuar o prefieres un ritmo que te aporte comodidad y confianza, dímelo.

—¿Esto es en serio, Nick?

—Totalmente. Quiero que te encuentres bien y formar parte de tu consentimiento, no de una obligación.

—Pitt jamás fue así conmigo —agregó abrazándome con fuerza.

—Lo sé, reina mía, por eso hago todo lo que puedo y necesitas para quedarme siempre contigo.

Permanecimos en silencio hasta que comenzamos a sudar un poco por el calor que hacía en el interior, así que decidimos dejar abierta la ventanilla del coche. El viento azotaba la melena de ambos, despeinando asimismo la filosofía de la noche.

Retomé la conversación basándome en el objetivo principal.

—En cuanto entre al cielo, logre vencer a Dios y acabe esta misión, vendré a por ti —confirmé en una postura acaramelada—. Te prometo que será el inicio de una relación interminable.

—¿Prometido?

—Prometido, bella.

Se percató al instante del desvío que tomé después del descanso que nos cogimos antes de llegar al hotel.

—¿A dónde vamos? —fisgoneó la ruta del GPS.

—¿Crees que me he olvidado de ellos?

—¿Ellos? ¿Insinúas que hay chicos que han robado tus ojos?

—Bueno, nunca se sabe... —bromeé.

Me dio un codazo bastante fuerte. No lo entendía. ¿A qué venía esa reacción? Por la tontería de sus celos estuvimos a punto de chocar con un camión cisterna.

—¡Casi morimos por tu gracia!

—¿Y quién fue el que hizo el chiste?

—¡Por el amor de mi paciencia, Nicole, me refería a nuestros perros!

—¡Los cuida una vecina en Abbey Road, Nick! —concretó enseñándome una foto de su móvil—. Míralos, están de puta madre con ella.

Le eché una ojeada y la chica se veía la mar de contenta con los peludos jugando en la casa.

—□, □□□ □□

—¿Perdón?

—Que me guíes —le traduje.

—¿No sería mejor ir directos al Mandarin y luego a por los chuchos, lumbreras?

—Shadow y Buddy se portan genial, no necesitan esperar.

—Sí, ya sabemos que educación no les falta, pero no soy yo la que ha escrito las normas del establecimiento.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—¡Pues que no nos van a dejar meterlos en el hotel, joder! —perdió los estribos propinando un golpe con la palma de la mano en la puerta del coche.

—Relájate, ¿vale? Si es así como dices, no pasa nada, los recogeremos cuando termine esta movida.

—Genial, me alegro de que lo hayas captado —dijo recogiendo el pelo.

—¿Algo más que deba tener en cuenta antes de entrar? —me aseguré.

—Sí. Necesito que te hagas el loco cuando el recepcionista te diga el precio. Sorpréndete de forma natural.

—¿Con tres mil pavos encima?

—¡Que sí, hazme caso! Yo ya he estado en este hotel antes, Brandon White me conoce y seguramente nos vaya a atender él.

—¿Y para que necesito hacerme el loco?

—Para que nos deje la suite presidencial. White es un hombre que siente una compasión preciosa por la gente despistada y sabe que la suite es de las habitaciones más caras, pero también de las mejores equipadas si se trata de un aniversario.

—Interesante —sostuve mi barbilla imitando la pose de un chico misterioso.

—¿Dudas? ¿Sugerencias? —expresó mordiéndose el labio inferior e impacientándose.

—No, supongo que será cuestión de seguirte el rollo.

—¡Exacto! Cuando Brandon te informe de lo que toca pagar, tú haz como si fueras justo de pasta, me dices que no te lo puedes permitir y yo te soltaré lo típico de que iremos a medias, ¿entendido?

—Entendido.

Por fin llegamos al Mandarin Oriental Hyde Park. Una vez dentro, me invadió una sensación muy similar a la que experimenté al ver la casa de Karud: lujos por aquí, lámparas de importación por allá, bancos clásicos,

aterciopelados y un suelo tan brillante como las estrellas. Desconozco cuál sería el punto débil de ese lugar, pero la decoración y la limpieza seguro que no.

Procuré actuar con la mayor espontaneidad y circunspección posible. Nicole hizo un gesto de negación ladeando la cabeza, dándome a entender que no tocara nada. Comprendí que al tratarse de materiales onerosos, el descuido de manchar algún objeto de valor le dolería más a la cartera de mi compañera que a mí. Postura recta, pasos firmes y una sonrisa amable fueron las pautas que seguí para acercarme a la recepción.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor, ¿en qué le puedo ayudar? —preguntó el recepcionista arqueando aquellas cejas grisáceas y pobladas.

—Nos gustaría saber si hay alguna habitación disponible para hoy. La más barata —carraspeé—, si puede ser.

—¿Su nombre, por favor?

—Soy Nicholas Brown y ella es Nicole Schaffer, mi pareja. Queríamos celebrar nuestro aniversario, lo que pasa es que como tengo la cabeza en otro lado, ni me acordé de llamar para concretar los detalles de la habitación —mentí.

—Descuide, buen hombre, son cosas que suceden. Veamos...

—inspeccionó en el ordenador—, al no haber reservado con antelación, ahora mismo hay overbooking, entonces sólo nos queda la suite presidencial. Es un poquito más cara, no os voy a mentir, pero merece la pena porque se adapta de fábula a las circunstancias.

—¿De cuánto estaríamos hablando? —giré un poco la cabeza.

—De unas 960 libras.

—¡Madre mía! —exclamé sorprendido—. Cielo, no sé si voy a poder pagar esto.

Nicole sacó cinco billetes de los grandes de su chaqueta y los puso sobre la mesa de la recepción.

—Iremos a medias —me aclaró.

—Vale —fingí una sensación de alivio.

—La señorita Schaffer siempre piensa en todo, joven. ¡Mujer precavida vale por dos! —la elogió White.

El recepcionista me pidió tanto su DNI como el mío. Ella supo que yo había mentido en lo que a mi identidad se refería, y que aunque yo tenía uno que era idéntico a los que la gente conservaba en Reino Unido, intentó excusarse a raíz de mi supuesto despiste para que el hombre me dejara entrar en la habitación. Le prometió que no haríamos ruido, puesto que después de un largo trayecto en coche, sólo nos apetecía descansar, y si acaso, darnos una ducha para partir a la mañana siguiente. De alguna manera u otra, le pareció convincente la explicación. También debo añadir que quiso pagar unas cuantas libras de más por la discreción del asunto. Antes de irnos, aquel amable señor nos indicó en un folleto los horarios del desayuno, cómo funcionaba la tarjeta electrónica y lo que nos encontraríamos en cuanto llegáramos. Una vez aclarado todo, cogimos el ascensor para dirigirnos a la octava planta.

Nicole sabía que se la jugaba a lo bestia y tampoco levantaba sospechas por el hecho de contar con el apoyo de Brandon, pero claro, a ver quién era el corazón puro que quedaba exento de mentiras en situaciones como estas, y más cuando corríamos el riesgo de terminar en la cárcel en caso de que White no cerrara el pico.

—805... 805... 805 —me dediqué a repetir como un loro mientras ojeaba las puertas para dar con la que nos correspondía.

—¡Aquí, Nick! —elevó la voz desde lejos. Agradecí el gesto con las manos cual superviviente en una isla desierta llamando la atención de un helicóptero.

Lo primero que nos encontramos al entrar fue una sala de estar bien acomodada: un papel tapiz hecho a medida, al igual que los muebles, el color púrpura del sofá, una mesa mediana de cristal con lirios azules y un escritorio sencillo situado cerca de las ventanas, que por cierto, eran inmensas, cubiertas por unas cortinas grises y sin estampado alguno. La chimenea se encendió nada más acercarnos a ella, como si hubiera esperado ese momento para señalar una verdad en común; el fuego que se iba a prender aparte del que ya calentaba la habitación. El baño era amplio. Respetaba bastante los espacios individuales, puesto que cada uno tenía su lavabo particular junto a dos espejos ovalados en posición vertical. La bañera acaparaba un protagonismo peculiar porque no estaba pegada a la pared, sino a escasos metros del lado donde nos asearíamos y ofrecía una armonía visual extraordinaria. Paredes de mármol blanco acompañadas de un friso de piedra cuya ventaja principal fue la

luminosidad con la que tropezaríamos al amanecer.

Por fin llegamos al dormitorio. Aquella cama blanda y esponjosa llamó nuestra atención. Los edredones vestidos de un blanco pureza rompían la imagen de esa decoración inocente, dado que en el centro de la misma observamos una bandeja de madera de abeto que llevaba encima una botella de champán inclinada dentro de un cubo plateado con hielo. La lámpara de araña arrojaba una luz cálida a los pétalos de rosa esparcidos aleatoriamente por el suelo. Nicole se acercó al balcón para escuchar el rumor del viento, y yo, que no podía resistirme ante dicho cuadro pintado por mi imaginación, la abracé por la espalda. Noté cómo se daba la vuelta despacio. No quiso parecer brusca, aunque a decir verdad, no la consideraba de tal forma, por mucho que su lenguaje corporal se obsesionara por demostrar lo contrario. Besé esos labios con sabor a cereza, devolviéndome por su parte aquella deuda pendiente que nunca hallaría un final. Me dirigí a la cama cual ejecutivo llegando de una reunión de negocios, quitándome la corbata y dejando caer mi cuerpo de la misma manera que un adolescente desolado por un suspenso inmerecido. Ella observaba con detenimiento cada rincón, sorprendida.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin acritud.

—Nada.

—Miras a tu alrededor como si fuera la primera vez que estás aquí.

—Pasó cuando tenía dieciocho años.

—¿El qué?

—Hace tiempo... un hombre muy rico me prometió lujos, caprichos y una vida distinta a la que yo no podía aspirar.

—¿Llegó a darte lo que querías?

—Confíé en una mentira, Nick.

—Nicole, escúchame.

—No, escúchame tú, por favor. Una parte de mí siempre asumirá que fui una estúpida por creerle y una zorra por satisfacerle.

—Eso ni lo pienses —agarré su barbilla entre mi dedo pulgar y el índice—. Gracias a quien eres he sentido un amor que no me permitieron conocer estando en el cielo, unas ganas inimaginables de ser tuyo para siempre y de dar mi vida por ti si es necesario.

—No es tan fácil, compréndelo.

—Nadie dijo que amar a corazón abierto abordase una tarea sencilla. Cariño, te juro que lo que he mencionado antes no lo haría por una chica cualquiera.

—Nick, ese hombre fue el doctor Pau —confesó a punto de llorar—. ¡Soy peor que la mierda porque vengo aquí contigo para disfrutar de un momento precioso y lo único que hago es echarlo todo por la borda!

—No, no lo haces. Prefiero que estas cosas las hablemos ahora, y de verdad, mantengo lo que dije en el coche —junté mi frente con la suya sujetando su rostro de manera delicada—. No voy a forzarte a hacer algo que no quieras.

Una frustración apoteósica se apoderó de ella, aunque no se debía a lo que le dije, sino al recuerdo que revoloteaba por sus pensamientos cada vez que procuraba olvidar a Swells.

—Y lo agradezco, amor —valoró lo más básico de una relación consentida.

—Honestamente, ni siquiera creí que fuera alguien rico —puntalicé a causa del asombro.

—Lo era, pero perdió todo lo que tenía jugando. Entre eso y su adicción a las drogas, pues nada, acabó como ese tal Klaus —especificó—. Ahora se gana la vida como médico.

—Se lo merece.

—Yo no soy un buen ejemplo para determinar qué se merecen las personas o no.

—Nicole, tú al menos intentas cambiar. No te quites méritos.

Había un dato que fallaba. Karud me contó en su casa que Klaus fue el director de ventas de la inmobiliaria. En ningún momento dijo nada acerca de la ludopatía y adicción a las drogas que mencionó ella. No es que resultara incompatible lo que me comentaron ambos, no obstante, en un caso así sería raro de narices que aquel hombre respetado por sus vecinos se dedicara a ese mundo, agregando el detalle de no morir por sobredosis, sino ahorcado.

Intenté restar valor al asunto para aprovechar la noche y no darle más

vueltas hasta que la ocasión se inclinara por el sendero de la verdad.

—Cuando lo vea, si es que no se le comprimen los huevos, me encargaré de que suplique clemencia y ofrezca su perdón, cariño.

Asintió con la cabeza y poco a poco nos íbamos acercando, dejando a un lado las prisas, preocupaciones y miedos. Nuestras miradas se mantuvieron fijas durante unos segundos. Éramos de lo más parecido a unos niños pequeños con ganas de hacer locuras. ¿La gran diferencia? Que la similitud de esa comparación sólo guardaba un sentido favorable si las travesuras bailaban al mismo son en un cruce de intenciones adultas.

Ella se iba desvistiendo tímidamente y a mí me gustaba ver cómo era su cuerpo desnudo; la tonalidad de su piel me volvía demasiado loco. Ambos estábamos en la misma onda quitándonos la ropa. Imitaba varios de sus gestos porque nunca viví una situación como la que tenía delante.

De repente, se aproxima a mis pectorales y comienza a deslizar sus manos con toda la paciencia del mundo. Según bajaba, me di cuenta de que se detuvo con cuidado en la hebilla del cinturón.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Lo que se me da bien —respondió en susurros y terminando la frase lamiéndome el lóbulo de la oreja.

Mi respiración se aceleraba. Al principio no le di mucha importancia porque creí que se trataba de un estado nervioso, nada más, pero en menos de lo que canta un gallo, los pantalones se esfumaron, y ya ni hablemos de mis calzoncillos.

Vi cómo su boca no conocía la distancia entre sus labios y mi pene. Succionaba con ganas desde la base hasta mi glande. ¡Dios mío! ¡Esto era una auténtica gozada! La sonrisa que se formó en su rostro me lo dijo todo.

—Sigue... —ordenaba entre jadeos—. Me encanta.

—Lo sé, tesoro —dijo masturbándome y relamiendo cada lado de mi miembro—. Ojalá pudieras ver la carita que se te queda.

Continuaba una y otra vez. Parecía que iba a explotar del gusto. Sin embargo, Nicole paró. Por una milésima de segundo pensé que había hecho algo mal.

Se puso en frente de la cama, agitada y con una voz temblorosa. Recuperó la compostura y me hizo señas con su dedo índice para que fuera donde estaba ella. Obedecí sin rechistar. Agarró la botella por el

cuello y al abrirla derramó el contenido sobre su cuerpo. Ignoro qué diantres me pasó. Lo que sí sé es que terminé lamiendo todo de ella. No quería que quedara ni una gota y al mismo tiempo pude sentirla muy húmeda, saboreando aquellos pezones bañados en champán, ya que sus pechos eran mi perdición: podría pasarme una eternidad alimentándome de ellos.

Escucharla gemir se convirtió en un deleite para mis oídos. Recorría su vientre besándola con ternura, alternando muestras de cariño y mordiscos suaves, evitando una actitud pasiva o monótona. Cuando llegué a su vulva, mi princesa me dijo que tenía la cara rojísima. Por el contrario, sus labios se mostraban rosados y deliciosos, los cuales separé primero con los dedos y después con mi lengua. Ver cómo se arqueaba su espalda era un goce magnífico; el placer dependía más de la entrega que del sexo en sí. Me sentía como un ciego, guiándome por el sonido de sus orgasmos para no devorar el asfalto del fracaso.

—Nick —me llamó.

—¿La estoy cagando? —respondí temeroso.

—En absoluto, ven —tranquilizó mis miedos estirando sus brazos.

Para ser los preliminares, no lo hacía mal, pero notar el gusanillo de la duda cuando no había mantenido relaciones sexuales previamente originaba una inseguridad que sólo ella conseguía evadir de mi cabeza.

El hecho de subir hasta su corazón y descubrir que andaba muy excitada hizo que quisiera volver a esos labios jugosos.

—Quiero tenerte dentro —aclaró.

—Y yo, amor mío —coincidí—. Si en algún momento quieres que pare, dímelo, por favor.

—Sé que nunca me harías daño.

—No me lo perdonaría jamás, pequeña.

Reconozco que el tamaño de mi pene no es que fuera inmenso. Sin embargo, el vaivén de los meneos lograba que Ni terminara agarrando las sábanas, aunque poco duró, pues prefería poner sus manos en mis nalgas para dirigir cada movimiento: primero de forma lenta y luego acelerándonos, perdiendo el control de nuestros cuerpos. Ojalá no se hubiera acabado aquella noche ni en broma, porque desear infinitamente a una persona, mirarla a los ojos y saber que no querrías compartir un

instante como ese con nadie más, era quedarme a escasos segundos de confesar un sentimiento precipitado.

—Córrete... —me ordenó deslizando en cascada sus uñas sobre mi espalda.

—Entonces ponte a cuatro.

Antes de que pudiera responderme, le di la vuelta y ya estaba en la posición que ambos quisimos. ¿Cómo lo supe? Por su respiración entrecortada, la principal causante que cedía paso a las ganas de eyacular en su vagina lubricada. Introduje de nuevo mi miembro, trotando entre un mar de gemidos imparables. Le tiré del cabello para mantener ese ritmo, apretando sus glúteos contra mi pene erecto lleno de saliva. Dentro... fuera... ¡benditas ansias que no entendían qué significaba una espera!

El orgasmo final nos dejó extasiados, sobre todo porque empapamos ciertas zonas del edredón con un sinfín de sudores. Besé su frente salada y ella me devolvió una sonrisa cómplice, de esas que quedan grabadas en la memoria del alma. Reposó su cabecita sobre mi pecho, descansando de aquella batalla planificada por los dos. El olor de nuestra intensidad jamás había sido tan dulce; el cielo podía esperar.

—Te amo —solté sin avisar.

Nicole se giró disimuladamente, miró al techo y cogió mi mano con suavidad.

—Te amo, Nick.

Capítulo 10

Confesiones:

Aún era de día. El agua se deslizaba por las suaves calles de este lugar. Los charcos y barro traspasaban los pasos de aquellos a quienes actualmente tenían la osadía de denominarse humanos. Me dirigía con el coche hacia la clínica del Dr. Pau, y todo porque deseaba hacerle una conmovedora visita. Se acordaría de este momento, tanto que lo tendría presente toda su vida.

—¿No vamos a por los perros? —indagó mirando a ambos lados de la ventana con la mirada despistada.

—¿No quedamos en que lo haríamos desde que arregláramos toda la mierda que nos come?

—Vale, ni me acordaba de esa parte porque mi memoria es digna de un estudio universitario...

—Oye, a mi también se me olvidan cosas y no creo que por dicha razón deba convertirme en una cobaya para los estudiantes.

—Primero habría que ver cuánto tiempo aguantarías en la universidad, compañero.

—No, gracias, primero he de encargarme de unos asuntos.

—Dime al menos que no es nada grave.

—No lo es, amor, quédate tranquila.

El rubor de sus cachetes se extendía por ese rostro colmado de candor. El peso de sus lágrimas era tan fuerte que no pudo contenerlo, como si la niñez devorara su espíritu en un instante así. Recordó las últimas palabras que le dije antes de hacer el amor y dedujo que machacaría a Swells justo hoy.

—Se suponía que las asesinas no lloran —sonreí apartando las aguas de la tristeza.

—Yo no soy una asesina —murmuró entre dientes.

—Eso ya lo sé, cielo. Quería asegurarme de que ya te mentalizaste.

—¡Me da rabia aclarártelo a estas alturas, aunque sea para chincharme!

—No es necesario, Nicole, y más si soy consciente de tu verdadera esencia.

—¡Estupendo, una cosa menos en la que pensar! —aplaudió desganada.

—Bueno, en realidad sí que hay algo que necesito que me aclares.

—No, si al final va a ser cierto eso de que la paz dura poco y la guerra millones de años.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Ahorra energía para la explicación, anda!

—Venga, dispara, cowboy.

—Cuando reconociste tu “verdadera identidad”, me dijiste que eras Mel Osborne, pero en el momento que sacaste tu DNI y se lo entregaste a White en el hotel para que rellenara el registro de entrada no aparecías ni de coña con ese nombre ni tampoco el apellido.

—Porque Mel Osborne fue la identidad que creó Pau para que nadie asociara mi carrera profesional como farmacéutica al submundo de los sicarios.

—Demasiado influenciable. ¿Qué pasaba si te negabas?

—¿Que te extorsionaría, quizás?

—¿Por algo en concreto?

—Es largo de contar, Nick, no le des más vueltas...

—Valdrá la pena si lo que sabes me acerca a lo que busco.

—Que no sea porque no te avisé, zumbado —hizo una mueca antes de empezar con la historia.

—Un detalle por tu parte —asentí reposando las manos en el volante.

—Bien, como te comenté ayer en el hotel, Pau me supo vender la idea de esa vida de ricos que todo el mundo desea, y como conocía el caso de muchas chicas en mi universidad que acababan prostituyéndose con tal de pagar la carrera, vio la oportunidad perfecta.

—Ajá.

—Al principio no sentía que estaba haciendo algo malo porque aprovechaba los meses de descanso del verano para “practicar”.

—¿Matabas gente a la primera o se te quedó alguno malherido por el camino? —vacilé.

—¿Te parece gracioso el hecho de recurrir a ello por desesperación?

—No, sólo digo que los asesinos principiantes son curiosos porque no dejan de ser aprendices.

—¡Tu gilipollez sí que es curiosa! Ahórrate las tonterías y céntrate en lo sucedido —dijo sujetando en su boca una horquilla mientras continuaba—. El caso es que cuando me di cuenta de la cantidad de gente que moría por mi puta culpa, por mucho que Swells me convenciera de que hacía lo correcto, dado que mataba a , violadores, asesinos de inocentes y personas con trata de blancas, siempre regresaba a casa con una sensación horrible dentro de una conciencia podrida.

—Y ahí le dijiste que no querías seguir, ¿no?

—En efecto, y el desmadre no paraba, iba a peor.

—¿Cuál fue su reacción?

—Mala, muy mala. Acepté el proyecto del Emula3, que consistía en unas cápsulas que causaban alucinaciones y provocaban de forma casi imperceptible, diría yo, que uno conservara el poder de contactar con Dios.

—Espera, ¿qué? Tú me comentaste que no lo habías visto nunca.

—No lo veía, pero sí lo “escuchaba”.

—¿Y qué te hace pensar que lo que oías era su voz?

—Pues que la gran mayoría de asesinos de la web oscura lo corroboraban todo el rato. Pau se frotó las manos porque ya tenía la excusa idónea y yo no podía negarme, a menos que no quisiera vivir y lo que buscara fuera un tiro rápido en la nuca.

—No, claro, puestos a elegir, yo también habría cedido por mera supervivencia —solté con resignación.

—Claro. Si es que al final lo que empezó siendo un trabajo “sencillo”,

creció con una rapidez que nadie esperaba.

—¿Por?

—Digamos que los días pasaban y el objetivo inicial se extendió por todo el país.

—¿Y eso es malo para un negocio?

—Hombre, ¿cómo te quedarías si cada vez hubiera más gente que compra esas cápsulas creyendo que son las elegidas?

—Yo creo que bien —dije mostrando una actitud optimista—. Analizado desde el punto de vista empresarial, claro.

—Nick, los resultados eran personas que sufrían paranoias y creían que el todopoderoso les hablaba, porque al tener dinero para costearse el producto, daban por sentado muchas cosas, y una de ellas se resumía en aceptar que los pobres jamás podrían llegar a ese nivel por falta de medios económicos y resistencia física.

—¿Resistencia física? —me extrañé.

—Sí. Oyeron tantas burradas en forma de orden que ni pensaron en los riesgos.

—¿Cuáles fueron los más peligrosos?

—Verlos saltar desde un rascacielos, ahorcarse en grupo para demostrar que en ningún momento morirían y bailar en medio de una autopista —enumeró con desgana.

—¡Qué cojones!

—Sí, eso mismo decía yo.

—¿Aquí acaba todo?

—No. Esas cápsulas tenían un componente que ni yo como farmacéutica he estudiado todavía —tomó aire para continuar—. La gente no sobrevivía ni de puta coña y cada vez que fallecía alguien, sus gritos vivían en nuestras mentes en forma de bucle hasta acabar tan mal como ellas.

—¿Entonces muchos de tus compañeros murieron al igual que los clientes?

—Exactamente, yo fui uno de los supervivientes.

—Y a día de hoy no sabes si la persona que ocasionó eso fue Dios o Swells, ¿cierto?

—Correcto. Lo más seguro es que haya sido el doctor porque no creo que Dios disponga de tanta paciencia ni el interés suficiente como para querer drogar a unos ricachones sin ton ni son.

—¡Qué inocencia la tuya, Ni!

—Ya empezamos de nuevo... —se quejó poniendo los ojos en blanco.

—Es que a diferencia de ti, yo sí he visto a Dios.

—No es verdad —agitó la cabeza—, y suponiendo que sí, ¿qué importa? Quienquiera que fuese sólo me utilizó como una herramienta.

—¿Ganaría algo mintiéndote?

—No, pero en alguna que otra circunstancia podrías.

—No si estoy en una relación contigo.

—¿Hablamos de un ser fuera de lo común? —decidió darme un voto de confianza.

—Físicamente no tanto. Tiene una barba blanca que va a juego con su pelo y unos ojos de color café. Ahora, en cuanto a carácter, despreciable como un demonio, aunque lo disimula muy bien con esa apariencia de psicólogo que cautiva.

—¿Llegaste a pelear con él?

—No, de hecho, pensé que era un tipo del que te podías fiar porque se mostraba atento, comprensivo y sin pelos en la lengua —hice una pausa para mojar mis labios—. Sin embargo, una parte de mi intuición me decía todo lo contrario.

—¿Acertaste?

—Aún no lo sé, pero espero equivocarme —espiré—. Desde luego... esto con Jesús no pasaba.

—¿Y por qué no es presidente?

—¿Acaso no lo sabes? Allí arriba nos regimos por el sistema americano, cuatro años y te vas a casa. No te permiten gobernar de forma

prolongada ni tampoco te obsequian con una segunda oportunidad, porque de ser así, Jesús habría reinado siempre.

—Vaya...

—En el cielo nadie está seguro, reina. La gente vive con miedo, y por culpa de ese detalle, ninguno de los habitantes se expresa libremente. Antes podías hacer chistes, ahora ni eso.

Acabé la frase pronto para avisarle de que habíamos llegado. Dejé mi chaqueta en la parte trasera del coche y me bajé.

—¿A dónde vas? ¡¡Espera!!

—Quédate quieta y no salgas, por favor.

—¡Este es el hospital del Dr. Pau!

—Esa es la idea —aseguré desde fuera colocando bien el espejo retrovisor.

—¡Dime al menos que no morirás!

—Querida niña —me acerqué pausadamente a ella por la ventanilla, aparcando mi mirada en sus ojos, acariciando su pelo y susurrándole al oído—, si muero, nunca podré vivir la vida que queremos, ¿comprendes?

—Prométeme que sobrevivirás.

—No me gusta hacer promesas porque no sé con seguridad si saldré vivo de esta o no. Además, los toques de acción y suspense son lo mío —partí guiñándole un ojo.

Entré en el hospital. La comodidad fue un punto a favor, lo que pasaba era que jugaba hasta cierto grado en mi contra cuando notaba que la gente se giraba para observarme. Supongo que en parte no podía culparles, dado que sería la primera vez que me vieron por aquel lugar. Acudí a recepción para echar un vistazo a las tarjetas de contacto que estaban visibles en el mostrador, exactamente igual a la que me entregó el Dr. Pau en su momento.

—Disculpe —una voz femenina desconocida llamó mi atención—
¿iDisculpe!?

Salí de mi trance y me percaté de que una señora de ojos azules y cabello rubio me miraba expectante: era la recepcionista.

—¿Sí?

—¿Puedo ayudarle? —preguntó amablemente.

—Buscaba al doctor.

—Aquí trabajan varios doctores, joven.

—Necesito ver al señor Swells.

—¿Tiene cita con él?

—Sí —mentí.

—Dígame su apellido, por favor.

—Él me suele identificar mejor por mi nombre.

—Por supuesto, pero necesito que me facilite tanto su apellido como su nombre porque hay pacientes que pueden llamarse igual y así los distinguimos en la base de datos.

—Brown. Nicholas Brown.

—Veamos, señor Brown —muerde un lápiz mientras espera a que se actualice la información—. Aquí no aparece nada.

—iPero necesito verle! —rogué poniendo ojitos.

—Sin cita previa no puede.

—iMe cago en la puta, joder, soy un maldito desastre!

—iEse lenguaje, jovencito! Escúcheme, si lo que quiere es una cita con él, se la daré de inmediato, pero absténgase de usar ese vocabulario soez e inapropiado porque eso no va a solucionar nada.

—Es que debíamos tratar un asunto urgente.

—Señorito, conozco al doctor Swells desde hace más de quince años, es una persona organizada, y le aseguro que si hubiera concertado una cita con usted para hoy, aparecería por aquí —giró la pantalla del ordenador, enseñándome un espacio en blanco basándose en la búsqueda que hizo recientemente.

—Tiene razón, señora, lamento las molestias —traté de ganármela para no levantar sospechas.

—Mire, el lunes de la siguiente semana a las cinco de la tarde hay un hueco disponible, señor Brown, ¿le doy cita para ese día?

—¡Perfecto, me vendrá genial! Así aprovecho e intento organizarme un poco, que creo que me hace bastante falta.

La recepcionista sonrió asintiendo y tragándose la situación que me acababa de inventar con tal de enfrentarme a esa rata de alcantarilla.

—Ya que hemos arreglado esto, ¿podría decirme en qué planta se encuentra para ir el lunes a tiro hecho?

—Por supuesto, la diez a mano derecha.

—Muchísimas gracias por su paciencia, señora.

—A usted, joven, que tenga un buen día.

La engañé para que pensara que me largaría de aquel lugar como si nada cuando la brillante idea de hacer caso omiso al protocolo seguía presente. Esperé dos minutos exactos a que no hubiera nadie merodeando por la zona. Un instante fetén para asegurarme de que la recepcionista tardaría en regresar porque se fue a sacar unas fotocopias: era mi momento. Me eché a correr y conseguí montarme en el ascensor, el cual estaba vacío, por lo que pude ir a la décima planta sin mucho problema. No vi a ningún agente persiguiéndome, así que las cosas no marcharon tan mal como creía. Llamé a la puerta con la esperanza de que ese cretino me abriera pronto.

—Pase —escuché a lo lejos.

Entré con la cabeza agachada.

—¡Vaya, que sorpresa tenerte por aquí, muchacho! ¿Deseas algo?

—Me acordé de la tarjeta que me dio la última vez que nos vimos, así que conseguí que la señorita de la entrada me dejara pasar y aproveché la

oportunidad —solté una risita nerviosa.

—¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí? —noté cómo se cargaba el ambiente con una pregunta que escondía un ápice de desconfianza.

Tomé asiento acomodándome en la silla sin su permiso.

—Digamos... —empecé a contarle mientras me miro las uñas— que soy un ángel.

—¡Qué cosas tienes, criatura! ¿Cómo vas a ser un ángel? Si fueras uno, tus alas estarían a la vista, ¿no crees?

—¿Usted nunca se ha encontrado en una situación completamente diferente por error? Recuerde que sólo los humanos tropiezan dos veces en la misma piedra.

—Venga, hombre, esto debe de tratarse de una cámara oculta, ¿verdad?

Me levanté despacio y abrí la ventana de su despacho, dedicándole una mirada rabiosa que se palpaba en la lejanía.

—Sé lo que le hiciste a Nicole.

—¿Perdón? ¿Se refiere a Schaffer?

—Sí, también la puedes llamar Osborne, que quizá te suena familiar ese apellido o el nombre de Mel, ya que nos ponemos creativos —di vueltas lentas alrededor de su despacho.

—¡No sé de qué me estás hablando, Nick!

—¡Sabes muy bien de lo que hablo, escoria! La utilizaste a tu antojo y ahora vas a pagar un precio elevado por esas atrocidades.

—¿¿Encima te atreves a calumniarme?? —discrepó ofendiéndose por unos hechos que procuraba ocultar.

La rapidez siempre ha sido mi fuerte. Solté una bofetada colmada de despecho, ira e indignación. Apenas pudo defenderse de mi ataque porque cuando intentó huir corriendo hacia la puerta, lo levanté en peso por el cuello llevándolo hasta la ventana. Si no me daba la información que quería, unos buenos metros de altura resumirían su destino final.

—No me gustan los gusanos, así que escupe todo lo que sepas o este hospital será lo último que verás.

—Vaya, vaya... —soltó una risa falsa—. Al final el perro mordió la mano del que le dio de comer.

—No te hagas el tonto conmigo —le advertí dejando que sus pies ya no sintieran el marco de la ventana—. ¿Vas a contármelo o prefieres morir?

—¡No te atreverías!

—Las apariencias engañan, caballero.

—Pero tú no engañas a nadie —murmuró entre dientes sonriendo al mismo tiempo mientras se aferraba a mi mano.

—En efecto, y como el que avisa no es traidor, contaré hasta tres.

—No vas a hacerlo.

—Uno...

—¡Te faltan las agallas que yo tuve para follarme a tu chica!

—¡¡Dos!! —entoné de forma tosca para aclarar que no se trataba de un juego.

—¡¡Está bien, está bien!! ¡Ahora bájame, excremento! —se rindió.

Luego no podrá decir que mi generosidad se encontraba limitada. Me apiadé de esa desesperación insistente permitiendo que descansara en el suelo de su despacho. Cayó de rodillas, casi sin oxígeno e inspiró pesadamente mientras tocaba su cuello para recuperar el aliento que estuvo a punto de perder por culpa su terquedad.

—Bueno, ya que has visto que no me voy por las ramas, desembucha.

—Hace mucho tiempo yo era uno de los hombres más ricos de Reino Unido gracias a una vida prodigiosa, de esas que cualquier vagabundo malnacido desearía haber tenido, pero la suerte no es tan aleatoria, como dicen muchos. En una de las tardes que me hallaba dentro de mi haiga, una voz irrumpió en mi cabeza. El primer pensamiento que rondó por esta mente fue tranquilizarme, dado que podía ser un trastorno o alucinación concreta y yo contaba con el apoyo de muchísimos profesionales de la

psiquiatría. Ahí nació una esclavitud que jamás vi venir.

—¿Qué te decía esa voz?

—Me obligaba a cometer actos horribles todos los días, y en lugar de ir a mejor, empeoré hasta transformarme en lo que detestaba. Acabé demacrado, consumido por las drogas, las putas y convirtiéndome en un experto en trata de blancas.

—Sé más específico.

Acerqué la silla de manera que pudiera visualizar cada gesto, cogí otra para que se sentara y me quedé expectante con la pierna derecha doblada sobre la rodilla de la izquierda.

—¿Qué te decía cuando la oías? —interrogué.

—Afirmaba ser Dios. Me pedía que consiguiera jovencitas para llevar a cabo una venganza que ni el ser más rastrero y vomitivo del planeta se atrevería a ejecutar —tosió un poco—. La bomba atómica al lado de esta clase de planes era una hormiga en comparación con un elefante.

—¿Y luego? ¿Qué pasó con Nicole?

—Ella había terminado la selectividad y quería ir a la universidad. Provenía de una familia humilde que no se podía costear la carrera que pretendía estudiar, quiero decir, le pagaron los dos primeros años, pero gracias a mí logró acabar sus estudios. Le di dinero, joyas y la lealtad de un compañero de aventuras que no la traicionaría.

—Claro, por eso habla tantas maravillas de ti, ¿no?

—Oye, chico, tú no eres un profesor de ética precisamente.

—Sí, pero al menos no extorsiono a las personas ni me las follo a cambio de trabajar en un oficio donde el remordimiento es una pesadilla interminable para su salud mental.

—¿Y qué más te da que me la follara o no? Los hoteles están para algo más que dormir.

—Eres un jodido puerco —dije apretando los puños para no propinar un puñetazo.

—Yo no soy ese hombre ahora, ni siquiera me llamaban Pau, sino Max Blinder. No puedes juzgarme sólo porque mis pecados y los tuyos sean

diferentes.

—¿Estás seguro de que no puedo juzgarte sabiendo que tú contactabas con Nicole para decirle que me vigilara en todo momento?

—¿Y qué querías que hiciera? Ella tomaría las riendas sin contar con el permiso de terceros para torturarte. Sólo le di a entender que si aparecían más ángeles, debía matarlos.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de los asesinos de la web oscura no contratan a humanos normales para hacer lo mismo que ellos. Buscan a personas con habilidades sobrenaturales y así mantenerse en el anonimato.

—¿Qué sentido tiene lo que me cuentas?

—¡Mucho! Si fueras a cometer un crimen y te dieran a elegir entre un tipo corriente y alguien con superpoderes que es capaz de provocar en los policías una amnesia potente en caso de que te pillen, a quién escogerías?

—Al segundo, claro.

—Pues ahí va la cuestión del negocio. Los ángeles en La Tierra son una competencia brutal para los trabajadores del mercado negro, ipor eso Nicole se desvinculó de toda esta mierda! ¿Por qué crees que salió a buscarte como una loca con mi coche cuando supo que te habías escapado?

—Ella iba a matarme.

—No. Fingía porque en el fondo se moría de ganas de que estuvieras en su vida. Cuarenta minutos antes de que te largaras decidió abandonar nuestros proyectos para lidiar con una conciencia tranquila y un amor como el que tú le dabas.

—¿Por qué no me confesó nada antes de venir?

—Porque si Schaffer lo hacía, dudarías de ella en vez de lanzarte. Esa chica se enamoró de ti desde el primer día que te conoció, iy por mucho que yo intentara convencerla de que sólo eras la competencia, que sería el fin de los lujos y el dinero rápido, a pesar de obedecerme al principio de la historia, te eligió por encima de todo!

—¿De verdad le diste tu coche sabiendo que eso significaba perderla para siempre?

—Sí, Nick, lo hice por la sencilla razón de que prefería su felicidad, aunque eso implicara un odio inmenso hacia mí. Yo la herí, la traté como a un objeto y ni la consideraba un ser humano. Tarde o temprano esto pasaría.

—Eres un puto caso perdido, Pau —alucinaba en colores con el giro que no terminaba de asimilar—. ¡No tienes ni idea de la mujer que te has perdido!

—Pero sé de sobra la que tú te has ganado —esbozó una sonrisa sincera—. Ella renunció a su frialdad para ofrecerte el coraje que ya vivía dentro de sí misma y que por orgullo, desprecio o incomodidad nunca me mostró.

—Espero que esta locura te haya servido para que despiertes.

—Yo no voy a ir en busca de un dios que casi me lleva a la tumba por perseguir el dinero y las ansias de poder.

—Mientras no te acerques a ella, es más que suficiente, y si lo haces, que yo no me entere de que le has puesto un dedo encima —le avisé.

La desesperación a la par que el horror se reflejaba en ese rostro perdido por el tiempo y los errores cometidos.

—Me marcho —me despedí—. Manténgame informado de todo lo que ocurra.

—¿No me vas a matar? —preguntó confundido por la rapidez con la que me dirigía a la puerta.

—No soy ningún hipócrita, Blinder. Como bien dijiste antes, no puedo juzgarte por pecar de manera diferente a la mía.

Cerré la ventana y me esfumé de su consulta a paso ligero. Pau Swells no era más que un pobre diablo, un ingenuo que pensaba retener a Nicole con bienes materiales cuando lo que más anhelaba ella siempre fue sentirse viva sin recurrir a la muerte; salí de allí sabiendo que su confesión valió la pena como recordatorio de lo que jamás volvería a ser en su vida.

Capítulo 11

Segundas intenciones:

Me dirigí hacia el coche. Mientras salía del edificio comencé a tener alucinaciones nuevamente, lo veía todo oscuro y con muchísima sangre. Cuando por fin llegué, detuve mis pasos ante el asombro de encontrar el vehículo estropeado, las ventanas rotas, sin ruedas y para colmo, tampoco estaba Ni. Lo observo con cuidado durante varios segundos y luego saqué del parabrisas una pequeña nota donde decía: "□□ □□□ □□ □□?? □□□ □□□□ □□ □□□ □□ □□□ □□□□. □□ □□□ □□□ □□ □□□□, □□□ □□□ □□□□ □□□□ □□ □□ □□□□ □□□□□", o lo que vendría significando lo mismo: "¿quieres jugar a los juguetes, chino? Lo que buscas está esperándote en nuestras manos; por el momento lo tomaremos prestado. Mantente alerta si deseas que te devolvamos el juguete".

—□, □ □!! □□ □□□□□ □□ □□ □□□ □□ —me cagué en todos mis muertos por haber secuestrado a Nicole.

El teléfono sonó y mi pulso se aceleró en ese momento. ¡A saber quién podría ser! El número no me resultaba nada conocido, pero no me quedaba más remedio que coger la llamada porque si se trataba de mi novia, los secuestradores no descansarían hasta obtener lo que quisieran, por consiguiente, una de las cosas que guardaba similitud con las películas de acción era que los malos nunca te iban a cambiar gato por liebre. Aprovecharían tu adrenalina en momentos así para exigirte lo que les plazca porque saben que tus ganas de acabar con lo que te mata por dentro son tan grandes que harías lo imposible por anularlas.

—□? □□□ □□□ —pregunté lo típico que haría un humano en cualquier conversación telefónica. Al ver que nadie contestaba, pasé al español.

—¿Diga? ¿Quién llama? —insistí.

Oí un grito de desesperación como respuesta: era ella.

—¿Cielo? ¿iDónde estás!? ¿iNi!?

Una voz familiar llamó mi atención.

—Como ves, Bong, incumplir las normas requiere un alto precio.

—¿Karud? ¿iQué coño estás tramando!?

—Eso lo descubrirás más tarde. Ahora... lo haremos a mi manera.

—iiiAYUDA, POR FAVOOOOOOR!!! —escuché el chillido que pegó. No permitiría que la mataran.

Lancé el teléfono contra el suelo. Mi cara reflejaba un odio amargo que colmaba las gotas de la agresividad contenida por una impotencia que llenaba mi pecho de un ardor irrevocable. ¿Permitir que el amor de mi vida estuviera a merced de unos malintencionados? ¡Ni aunque me pagaran por cometer atrocidades peores! El coraje de un ángel se demuestra desde su nacimiento hasta el final.

De repente, un aura blanca apareció de la nada, y con ellas se dejaron ver un par de alas negras. Guardé el trasto que arrojé sin compasión al asfalto para volar con la mayor rapidez posible. La rabia es capaz de ocasionar un sinfín de sentimientos, y entre ellos, la indiferencia con la que no valoraba la posibilidad de que la gente o las Fuerzas Especiales me vieran. Llegué a casa de Karud en menos de diez minutos. Su mirada se cruzó con la mía al percatarse de mi presencia. El ambiente se había cargado de una rivalidad que sentí con sólo observar la posición de sus brazos quietos y a la defensiva, tratando de impedir el paso.

—iApártate! —ordené.

—Lo siento, pero los muchachos también tienen derecho a relajarse y divertirse, ¿no crees? —se negó, guiñándome un ojo.

—No lo volveré a repetir, ¡apártate! —avisé por última vez.

—iAsí no funciona el mundo, coreano de los huevos! —crujió sus nudillos sin saber la que se le venía encima.

—iiEntonces prepárate para conocer mis propias leyes!!

Agarré su cuello con el propósito de que se encontrara a escasos segundos de besar los pies de la muerte. Él se reía como si mi furia no hiciera efecto en su piel, así que iba apretando sin compasión alguna. Ahora éramos dos cuerpos manteniéndose en el aire. La situación habría sido diferente si fuera mi chica, pero no era el caso. Hablamos de un lobo con piel de cordero, el cual sostenía con mis manos.

—¿Qué pasaría si te suelto? ¿Dolerá?

—iYa te gustaría, capullo! Las ratas cobardes como tú no se merecen la

suerte que les ha tocado —sonrió de manera burlona.

—Ay... —suspiré—. ¡Qué difícil me lo pones!

Karud dio una fuerte patada en mi estómago. Aunque me estuviera retorciendo de dolor, no me atreví a soltarlo.

—En el fondo eres una nena. ¡No tienes lo que hay que tener para llegar a ser el hombre que Nicole querría en su vida!

—Con dejarte caer, me basta —levanté el dedo meñique—. Si no me dices dónde está ella, la parca te hará morder el polvo, amigo mío.

—¡Vete al carajo, basura!!

Puse mi mano izquierda sobre su espalda, ejerciendo una presión tremenda en el centro de la columna; es una técnica secreta que aprenden los ángeles más rebeldes para inmovilizar a sus enemigos. Duele de una forma tan bestia que magnifica esa sensación extendiéndose hasta el mismísimo nivel de anular la magia viviente de las alas.

Karud abrió los ojos del impacto porque sabía la finalidad de ese truco, y a pesar de que sus alas hacían el esfuerzo de un titán para no perder sus poderes, no se lo esperó por mi parte.

—Está bien —lo solté.

Aproveché el momento en el que su cuerpo cayó al vacío para regresar del mismo modo que una bala hacia la casa. Ladeé la cabeza y vi cómo se abrió un boquete garrafal en el jardín de su morada. No descarté la posibilidad de que hubiera muerto, pero ya sería demasiada casualidad, así que lo más probable es que permaneciera inconsciente en aquel hoyo. Me adentré en el salón y logré escuchar de fondo unos llantos que provenían de la cocina.

Me aproximé con cierta cautela, dado que los cómplices de esa fechoría vigilarían cada paso.

—Vaya, los perros siguen sedientos de sangre, ¡pero qué curioso, más que perros, parecen hienas robando la comida ajena! ¡Preparaos porque desearéis no haber nacido! —anuncié a aquellas alimañas escondidas.

Al ser novatos, tres de ellos salieron a enfrentarse conmigo sin preparación alguna. Sus movimientos eran lentos y se notaba que andaban perdidos en la materia. Los apuñalé uno por uno con una de las armas que tenía Karud en su sala de estar. El resto iba asomando el

hocico para acorralarme, cogiendo a Nicole como rehén; ambas partes nos mantuvimos expectantes. Como siempre, se olvidan del factor sorpresa. Otro de mis poderes consistía en desviar la atención con una triple voltereta que me dejaba quieto en el aire, ocasionando la atracción producida por la curiosidad de aquellos ingenuos. Entonces, no se percataron de que lo que veían era lo que en el cielo llamamos "el reflejo del ángel", que consiste en provocar un estado de hipnosis inconsciente donde se llevan de la confianza, cantan victoria antes de tiempo y creen que eres tú, cuando en realidad es una ilusión óptica que duplica tu esencia. El instante perfecto para que la distracción haga su efecto y mi verdadero yo consiguiera romperles el cuello a casi todos.

El monstruo que me faltaba agarró la cabeza de mi novia apuntándola con una pistola en la sien. Un paso en falso y ella moriría por mi culpa.

—Mátala y no volverás a ver la luz del sol. Tenlo claro —entoné.

—iiiUn paso más y me la cargo!!! —gruñó.

Por segunda vez aprendí una valiosa lección: no te fíes de nadie y tampoco aceptes sus maneras a la hora de encontrar tu camino.

La migraña se apoderó de mí, dejando este cuerpo delgado a merced de raudos golpes que actuaron de manera casi instintiva; ni el viento había sido tan acelerado como yo a la hora de quitar el arma a un indeseable. Quizás un cruce de cráneos coordinado por mis manos habría sido ideal para que el tipo que apuntaba a Nicole quedara inconsciente junto a otro compañero de batallas, sin embargo, un tiro en la sien me bastó para que ella y yo nos largáramos pronto de aquel sitio.

Nos alejamos un par de manzanas para que pudiéramos respirar un aire puro, limpio de incompetentes que pretendían herirla a cambio de un sueldo de risa. Coloqué mi chaqueta en sus hombros porque no paraba de tiritar y al mismo tiempo se sentía dolida e impactada por todo lo que acababa de presenciar, aunque esto no era más que otro infierno vestido de normalidad. Las gotas de sudor se deslizaban por mi cara mientras encendía un cigarro.

—Perdóname, debiste venir conmigo —ofrecí una disculpa.

—Pero al final me rescataste, Nick. Eso es lo que importa.

Insistí en que se pusiera mi traje cuando alguien a toda velocidad me propinó un puñetazo. El poder de tal porrazo provocó un chorro de sangre escupido por mi boca. Acto seguido agarró la pistola que llevaba y disparó a Ni en el corazón, que yacía en ese suelo pintado de rojo como una

fuente eterna que iba apagándose.

—Si no puedo ganar esta lucha, al menos acabaré con el amor de tu vida —expresó Karud con una sonrisa de oreja a oreja.

Conseguí levantarme con dificultad, miro hacia ambos lados y mi rostro se torna gris junto a un gran pesar. Ella estaba muriéndose, notaba su respiración agitada cual pez agonizando fuera del agua: necesitaba un médico urgentemente. La acurruqué entre mis brazos prometiendo su salvación.

—Te lo juro, mi amor, no vas a morir —susurré acariciando su melena.

—Esta vez debes dejar que me vaya, Nick... —trataba de justificar su partida con una voz demasiado reprimida.

—No, no lo haré —aseguré.

—Hay cosas que necesitan llegar a su fin —continuaba debilitándose.

—No, nena, no, prefiero quedarme contigo en La Tierra antes que acabar en manos de un dios asesino.

Su respuesta la conmocionó hasta el punto de ver aflorar sus sentimientos en forma de lágrimas que iban a más.

Karud me tomó del cuello, sosteniéndome a pocos centímetros del suelo.

—¿Sabes? Podíamos haber sido incluso mejores amigos, pero siempre andas estropeando los planes. Ya maté a muchos cabezas huecas como tú, excepto los que aceptaban mi ideología, porque ellos sí que merecían el placer de vivir. Lo único que te pedí fue su muerte, y nada de esto hubiera pasado si obedecieras mis órdenes.

—Nick... t-te a-a-mo —dijo con dificultad sus últimas palabras. Los ojos de mi pequeña se cerraron adentrándose en el túnel de la muerte.

Aún recuerdo el día que la conocí. Su melena rubia, ondulada y mediana pasaba desapercibida entre la multitud, pero sus ojos azules eran los dos diamantes más bonitos de la humanidad. ¿Cómo olvidar su tez blanca? ¿Y la forma en la que se sonrojaba sin pretenderlo? Pensar que no me daría cuenta de una lindura visible, desde luego la hacía terriblemente adorable: la amaba por encima de todo. No soportaba la idea de ver cómo se apagaba y yo sin gesticular ante un frío cobarde que recorría nuestra piel. ¿Quién jugaría con esa naricita respingona si los dos creamos inconscientemente un lenguaje que resucitaba a las mariposas? ¿Debería imaginar la manera en la que podrían amar su cuerpo del mismo modo que prendimos fuego en el hotel? Femenina hasta la médula y guerrera

incluso cuando no lo esperas. Sudores, sonrisas, complicidad, amor... y aún dicen que lo mejor está en el cielo. Los que pensaban eso sólo han conocido el infierno. Cogí sus manos delicadas, colocándolas en mi pecho mientras pedía al infinito que no me faltara su aliento.

Sin embargo, ¿cuál es mi aporte en cuanto a apariencia? Sé que mi sonrisa es agradable. Dientes alineados, no muy diminutos, pero tampoco soy un caballo. Cara ovalada, una nariz algo chata y ligeramente caída. Nicole no tendría nada que envidiar, pues mi pelo era muy al estilo Leonardo DiCaprio en la peli de Titanic; un peinado que lo lleva cerca de un setenta por ciento de la población juvenil coreana. ¿Dónde destaco ante semejante diosa del Olimpo? Diría que mi punto fuerte empieza desde mis hombros hasta abajo, pero según ella, una vez me contó que el tono de voz que empleaba para conseguir que acabara con su cabeza apoyada en mi pecho se convirtió en su sensación favorita, así que posiblemente sea lo mejor que pueda ofrecerle: un alma que navegó entre la oscuridad para estar en deuda con la luz que hizo de mi paso por La Tierra una aventura contagiosa.

—Vaya, murió... —me susurró Karud en el oído con ruindad. Como siempre, tomándose el horror cual espectáculo cómico.

La dilatación de mis pupilas permanecía al límite. Los cromosomas se multiplicaban a la velocidad de la luz, y si tuviera que comparar el ardor de mi sangre con lo primero que se me viniera a la cabeza, aseguraría que la lava de un volcán define el vínculo entre las ganas que poseía de acabar con su vida y unas ansias de fallecer indescriptibles.

—No me digas que no te lo advertí —anuncié crujiendo los nudillos de mi mano.

Le torcí su brazo hasta arrancárselo de cuajo. El grito fue tan arrollador que el planeta entero lo escuchó. Por suerte, estábamos alejados de la ciudad, y aunque alguien hubiera querido socorrerlo, las posibilidades tiraban por lo bajo.

Lo retuve con mi pie derecho haciendo una pequeña presión sobre su nuez.

—Voy a disfrutar matándote muy lentamente. ¿Qué será primero? ¿Orejas, dedos, ojos? ¡Elige, maldito demonio!

—□□! —me llamó perra—. Como si esto fuera una pelea de jovencitas de instituto.

—¡¡Me has arrebatado lo mejor de mi vida!! —exclamé agarrando su pelo con fuerza— Los ángeles adoramos cuidar a quienes amamos, ¡y ella ya no vive para contarlo!

Saqué el arma, aunque se resintió. Tanto que consiguió salirse con la suya y huir. Le saqué partido a mi maravillosa puntería disparándole mientras corría. En su hombro se formó un agujero que tenía muy mala pinta, no obstante, poco me importaba para lo que había hecho. Su rostro embarrado denotaba temor; juraría que era la primera vez que lo veía tan asustado. Me acerqué hasta permanecer en frente de él, mirándole impassible y al mismo tiempo con descaro.

—¿Vas a contarme todo lo que quiero saber o deseas morir de inmediato?

—Antes prefiero caer en el olvido.

—¿Esas son tus últimas palabras?

No dijo nada más. Lo único que salió de su boca fue un escupitajo.

—Muy bien. La basura siempre será basura.

Acto seguido, disparé nuevamente. Deseaba haber puesto fin a aquella escena con un balazo en la cabeza, pero algo dentro de mí me susurró que no lo hiciera, que me limitara a apuntar a sus extremidades, y así fue. Perdió mucha sangre, mas no lo dejé morir.

El poder que conservaba en mi interior se incrementó a causa del fallecimiento de Nicole. Con una mirada ahogada en lágrimas, me acerqué al cadáver de mi princesa y la observé con detenimiento. Ya no me interesaba apostar por una vida en la que no estuviera a mi lado, así que procedí a curarla. Me daba igual disfrutar menos cuando su cariño me regaló todo y más. Traspasé una energía cósmica que emanó de mis manos a su cuerpo, concretamente a ese lugar donde residía mi verdadero hogar: el corazón.

Al cabo de un rato, abrió los ojos. Extrañada por lo sucedido, se toca la cabeza, el pecho y la herida donde tenía la bala.

—¿T-t-t- tú... h-h-ha-has...? —preguntó ofreciéndome una bofetada de regalo.

Como ya te dije en su momento, prefiero quedarme contigo en La Tierra antes que acabar en manos de un dios asesino —aclaré mirándola fijamente.

El momento duró poco cuando volvió a cruzarme la cara, a pesar de que mi mirada traspasaba mundos en un pozo negro custodiado por una

amargura dura de mollera.

—No sé de qué ha valido todo esto si la vas a palmar antes de lo esperado —su voz temblaba demasiado—. ¡¡Ahora da igual que ganes o pierdas, porque si encima ganas, ya nada importará, los años pasarán como estrellas fugaces, envejecerás a una velocidad alucinante y será tu fin, Nick!!

—Un ángel, por norma general, no puede envejecer, a menos que viva en este planeta y acepte su condición de humano.

—Ya, ¿y por qué crees que te lo recalco?

—Que sí, Nicole, que soy consciente de que ahora me encuentro en La Tierra y podría acelerar el trascurso del tiempo dentro de mis propias carnes, pero no es lo que me importa en estos momentos ni por asomo.

Acerqué mis manos a su cara para limpiar ese rostro húmedo con los dos pulgares, deslizándolos suavemente desde el nacimiento de aquellas gotas cristalinas hasta el final de sus ojos.

—Las chicas lindas no lloran.

—Entonces soy feísima —me dijo apoyándose en la base del sarcasmo.

—Quizá tenga razón, señorita, o por el contrario, sería la asesina más despampanante del universo. Ya sabe, de esas que no reconocen la carga de un corazón blando —terminé la frase con un abrazo.

—Si alguien va a acabar contigo, ese debería ser yo, en la cama, besándonos y haciendo cosas que jamás puse en práctica por miedo o timidez.

—No sé qué decir —dudó—. Es tan inapropiado y excitante al mismo tiempo.

Iba a empezar la siguiente frase cuando un malestar profundo se asentó en mi pecho cayendo de bruces contra el suelo a causa de un intenso y punzante dolor. Nicole preguntó si me encontraba bien, pues sus gestos no mentían a la hora de mostrar lo preocupada que estaba.

—Descuida, mi amor —musité arrastrándome en busca de la sombra de un árbol.

Me sentía aturdido, tratando de coger la mano de mi amada para que el

consuelo viviera más tiempo del que a mí me quedaba.

—Tranquilo, te pondrás bien —intentó calmarme.

Al salvarla tres veces, mi cuerpo se hallaba en un estado de debilidad originado por una serie de daños físicos y mentales.

—No sé cómo puedo sacarte de esta —sacó a la luz su angustia girando la cabeza hacia los lados en busca de ayuda.

—Calla —bisbiseé colocando mi dedo índice derecho en los labios.

—¡Maldición, la temperatura sigue subiendo! —maldecía desesperadamente al tocar mi frente y notar que ardía cual hoguera.

Poco a poco mis ojos se cerraban. Nuestras bocas se preparaban para sellar un punto palpitante entre el ruido y el deseo de hacerla mía.

Al despertar, permanecí un buen rato contemplando el techo, aunque ni en broma era el mismo, sino otro. Me incorporé manteniendo mi espalda erguida, evitando los movimientos toscos. Sentí algo pesado, miré debajo de la cama, y por el amor de todos los santos, ¡me encontré a Shadow! La perrita se dio cuenta de la interacción, activó su rabito juguetero moviéndolo a ambos lados y empezó a babearme la cara.

—¡Madre mía, muchacha! ¿Cómo andas? ¿Bien? —curioseé con la mirada asegurándome de que seguía en plena forma.

Añoraba esa alegría que empapaba mi piel gracias a sus lametones. Saber que aquellas patitas descansarían en mis hombros y que el único precio a pagar serían las caricias, para mí significaba una limosna, pero para ella, un paraíso inagotable.

—¡¡Guau, guau!! —ladraba ansiosa.

—Calla o sabrán que ando despierto.

Demasiado tarde. Unas manos aporrearon la puerta desde fuera. Por una milésima de segundo pensé que se trataría de alguien cuya intención se basara en el exterminio de mi presencia. Dicho pensamiento se dulcificó al ver la cara de Nicole asomando, quien salió corriendo a abrazarme como una hija que lleva diez años sin ver a su padre. La perra se amedrentó debido a la rapidez con la que sucedió todo, alejándose a bastantes

metros de la habitación.

—Estuviste tres días durmiendo —mencionó preocupada y esquivando la mirada para que no exhibiera de frente su dolor.

—En mi defensa diré que es por el cansancio —aclaré jugueteando con su pelo.

—¿En tu defensa? No sabía que esto era un juicio, pantera —dijo riéndose.

—Ni yo que fuera tal animal —se la devolví con una sonrisa.

Nos preguntamos constantemente qué es lo que separa la vida de la muerte. Muchos dicen que un suspiro es el principio del fin, otros afirman que el silencio guarda la capacidad de definir la complejidad de permanecer vivo, y luego estoy yo, creyendo que esa diferencia la marca una lágrima. No sigo en deuda con el azar, al menos hasta ahora, mas no puedo anotar en mi mente la incuria que rompe cualquier lazo de cariño. Por eso me resulta imposible concebir el llanto como algo hermoso, abarrotado de emociones al igual que el nacimiento de un ser indefenso, ya que si se diera el caso, amaría la tristeza que crea Nicole con sus ojos.

—No moriré —la miré atentamente—. He encontrado mi razón para luchar.

Cada vez que detengo el bamboleo de aquella idea imprecisa, el asalto de un escenario alocado se pide una tarjeta exclusiva para determinar la verdad que me costó asimilar. He pasado de fingir un romance con una asesina a enamorarme por completo de ella. La información era importante y el progreso de la misión erigió el resumen perfecto de lo que no esperé jamás. Ahora bien, ¿cómo es que siendo un ángel logré conocer el significado del amor? ¿Suerte, coincidencia, destino?

—No llores más, por favor, tus ojos se volverán negros como el rímel —sostuve su cara hasta sentir la dominante necesidad de fundir nuestros labios en una lámpara de deseos sin fin.

—No es justo que tengas que ir allí arriba —comunicaba entre los pequeños descansos de los besos que nos dimos.

—Si no voy, el mundo se derrumbará.

—Nick, si lo haces, nadie te reconocerá.

—No busco eso, reina mía. Ni siquiera pretendo que me vean como un héroe nacional. Me vale con poder asegurar un largo futuro a tu lado.

El tango de nuestros labios marcaba el paso de un atrevimiento apasionado. Los besuqueos en el cuello iban formando un rastro sobre su piel perfumada por mi olor.

—Si me vas a comer de ese modo, prefiero hacerlo ahora.

—Pero...

—Nada de peros, mademoiselle. Sabes que siempre serás mía y yio vroy a szer tuiyo —pronuncié mal a causa de los mimos.

Nos habíamos visto desnudos con tantos atuendos, vistiendo unos cuerpos repletos de pusilanimidades, secretos al descubierto e individualidades ocultas, que conservar el principio de aquellos castillos de carne en mitad de dos almas deseosas de consumir el amor, ni tenía precio, ni cualquier gesto podría pagar tal instante como el que caracterizaba la suma de su tez con la mía. Ella tomó las riendas de una iniciativa absoluta a la hora de estar encima de mis caderas. Su sonrisa me recordaba a esa felicidad plena con la que una niña esperaba los regalos de Santa Claus. Amor es lo que necesitaba el mundo, y ser amado era lo que deseaba yo.

—¿Y si sellamos este para siempre? —propuse emocionado.

Nicole bajó la mirada.

—¿Qué ocurre, nena?

—No puedo ni imaginar qué pasaría si algún día te vas —sollozó.

—¿Irme? Suponiendo que tus palabras fueran ciertas, no lo haría. No sin ti.

Mordí su naricita para distraerla de esos pensamientos que acongojaban su paz y consiguió calmarse durante dos horas. Debía armarme de coraje, insistir en la firmeza de una verdad eterna: era una auténtica diosa. ¿Podría pedirle matrimonio? El miedo no entiende de sexos, únicamente valora la preocupación que vaga por las dudas que no logramos resolver. Nadie escapa de los enigmas de la mente humana, por muy simple que parezca el hombre, la complejidad esparce sus semillas en las tierras del

misterio.

Aprovechamos la quietud del tiempo y volvimos a charlar

—¿Tus heridas sanaron? —indagó acercando su mano a mi cuerpo.

—Siempre sanan, lo que pasa es que dejan cicatrices de por vida.

Es cierto que los ángeles tenemos el poder de curar, pero no a todos nos afecta de la misma forma. Hay quienes tardan semanas e incluso meses en recuperarse, y luego está mi caso, que un día me encontraba listo para cien batallas y a la mañana siguiente tocaba esperar media vida si pretendía aliviarme a gran escala.

—¿En serio seguiremos hablando de estas menudencias?

—¡Relájate, toro! Que te sepas de memoria tu naturaleza no significa que yo también sea una erudita de la cultura celestial.

—Es broma, □□ —la llamé tonta, no en el sentido despectivo, sino de manera cariñosa.

Llegó mi turno. Comencé a lamer su cuello haciendo un llamamiento al erotismo que moraba en la habitación. Sentir la excitación a punto de caramelo viajando por sus gemidos, destrozando la barrera de nuestra timidez descomedida y notando que el deseo iba en aumento reafirmaba la evidencia de ese instante.

—Quiero hacer un juramento.

—Adelante, no seré yo la que te lo impida.

—Juro por el poder de mis alas negras que no habrá deidad más omnipotente que tu magia dibujada en las paredes de nuestra piel. Me arrodillo ante el futuro que no soy capaz de imaginar sin el amor que le regalaste a mi corazón, y es por ello que citaré lo siguiente.

—Te escucho.

—Cada caricia, defecto, virtud, aventura, tristeza, alegría, temor o duda deseo vivirlo desde la aparición de la luz hasta la muerte de la oscuridad, pues dichas estas palabras, firmo mis planes con una tinta llamada lealtad.

Su respiración resumió aquella respuesta afirmativa en breves segundos.

—Te tomo la palabra —anunció juntando su frente con la mía a la par que

me cogía de las manos.

—Perderme en tus curvas, montañas y océanos es la serendipia inmortal de lo fugaz. Enamorarme es un hecho que no quiero que perezca en el olvido.

—No te olvidaré, Nick. Hay que ser muy idiota para permitir el fin de un cosmos que se creó de la nada.

Celebré esa convicción encendiendo un cigarro e imitando el sonido de un disparo con mi pistola invisible del calibre 27. Apunté a su pecho. Menos mal que cuando frunció el ceño se lo tomó a broma y no como si fuera tonto de remate.

—iiiBANG!!! ¡Ahora ya eres mía, baby! —pronuncié en alto quitándome el tabaco de la boca para no dar a entender que tenía un serio problema mental.

Nicole pasó de largo.

—Si me dieran una libra por cada vez que fumo y pienso en ti...

—Lo sé, cabeza hueca, serías millonario —terminó la frase antes que yo.

Capítulo 12

Pensamientos:

Entré en contacto con el cielo. El color de mis alas cada vez era más oscuro y dominante, pero esa preocupación no destacaba precisamente por la costumbre de mi naturaleza como ángel. El murmullo ajeno tampoco es que causara un gran impacto frente a lo que podría esperar debido a los acontecimientos. A ellos los paralizaba el miedo, la obediencia ciega y la vulnerabilidad; yo tuve el coraje suficiente para ir más allá de lo que los humanos llaman muerte. Aproveché el horario nocturno de estos momentos, pues en La Tierra serían las cinco de la tarde, y si me permiten elegir, prefiero la noche. Caminaba como si nada, listo para darlo todo. Mientras merodeaba, las mentes de ciertas personas armaban un jaleo que retumbaba en mi cerebro.

—¡Menuda pieza, lo echan y encima vuelve con la cabeza alta —pregonó un anciano entrometido a pocos metros de mi presencia.

—Voy a morir tarde o temprano, abuelo, así que cierre ese hocico maldiciente y déjeme en paz —proyecté mi voz lo justo y necesario para que me oyera.

Considerando el hecho de que a lo mejor no salgo vivo de esta, saqué el último cigarro que llevaba en la chaqueta: había que disfrutarlo como Dios manda. ¡Si es que resultan jocosas y retorcidas las vueltas que da la vida! Una opción arrolladora sería acabar con lo que me hace sufrir hasta la impertinencia de alguna venganza inevitable. Sin embargo, ese inútil al que llaman Dios, está incluso en frases hechas como si su imagen en el mundo abarcara un valor idéntico a la publicidad que consume la gente. Pues no, señor "todopoderoso", no eres nadie, y por si fuera poco, no es como tú mandes, sino como a mí me dé la gana.

Rumiaba una y otra vez las probabilidades despiertas de no fallecer en el intento de sobrevivir. Tan absorto permanecí en esas reflexiones que no me di cuenta del lanzamiento de un objeto bastante pesado, cosa que sin ton ni son aterrizó en mi cabeza tirándome al suelo en segundos. Miré hacia atrás algo aturdido, pretendiendo localizar al personaje que se deleitó con tal detalle cual regalo de irónica bienvenida.

—¡Largo de aquí, basura reprimida!! —gritó un hombre fornido a lo lejos.

—¡Eso es, mentecato! Los expulsados no merecen volver a este lugar

—vociferó la mujer de aquel bravucón—. ¡No hay sitio para los traidores!

Cuando conseguí levantarme, apoyé las manos en mis rodillas. Sí, lo sé, parecía un viejo en ese aspecto, pero no resultó un problema para quienes seguían erre que erre con el machaque. Un joven se acercó a escasos centímetros de mi cara, y cómo no, la mierda unida jamás será esparcida.

—No queremos a gente que haya cometido un pecado contra Dios. Lo mínimo que podías hacer era quedarte en el vertedero al que llaman Tierra —resumió la opinión de millones de borregos—. Ya no eres bienvenido.

—Vaya, vaya, vaya... luego dicen que la juventud se ha echado a perder —insinué con las palmas de las manos abiertas hacia el chaval—. Aprended de él, ovejas.

El odio se manifestaba en silencio, mas el ruido se notaba en la incomodidad, incluso para los que habían sido condenados al destierro terrenal. Al final entendí que ambos mundos estaban llenos de parásitos que con tal de vivir plácidamente, volverían a votar cuatro años consecutivos a un sinvergüenza que promulgaría una dictadura. Para más inri, sonreí.

—Ustedes no entienden, ustedes no saben, y por eso espero que no tengan que sufrir lo mismo que yo, pero parece que La Tierra es la manzana prohibida del edén —añadí la última frase como dedo que se mete en la llaga.

La rabia se dibujaba en los rostros de la población. Pensaban que ya me había adaptado al lugar. Esto se tornaba en un asunto complicado, porque una cosa es conservar la certeza de que al morir iríamos al cielo, y otra muy distinta es que todos contáramos con la fuerza suficiente para convertirnos en ángeles. Por ejemplo, los jóvenes pueden transformarse en conciudadanos, los ancianos directamente se denominaban ciudadanos, las mujeres pasaban a ser parte del ejército celestial femenino; se encargaban de cumplir las ordenes que Dios les mandaba. En resumen, quien fuese apto, sería ángel, quien no, un ciudadano más. También es verdad que en ocasiones los cuerpos se mostraban caprichosos. ¿Qué significa esto? Que contemplaban la posibilidad de negarte tu condición angelical si el instinto sentía que no tenías la madera necesaria para ello. Los afortunados subían de rango, pero hablamos de una minoría. Aquellos que ascendían a "oppa" eran considerados privilegiados, dado que al convertirse en arcángeles, mandan sobre cualquier persona, poseen una libertad absoluta para juzgar, matar, amenazar, torturar y violar. El pueblo los llama semidioses, yo los llamo escoria. Condenan injustamente a hombres, viejos, niños, niñas y mujeres. ¿La defensa personal? Un lujo. ¿Abogados? Ojalá. Solucionan los problemas creados por su ineptitud en

la horca. La corrupción salió a flote cuando esta deidad nueva se proclamó presidente: prometió más protección, más bajadas de impuestos y excelentes ayudas al prójimo. ¿Qué ocurrió a posteriori? Que todo eso cayó en saco roto, pues cada arcángel se embriagaba del dolor ajeno. Mi familia de acogida pagó una gran multa por mi culpa. Al estar preso, traje problemas, y mi "hermano" se lamentaba constantemente hasta caer en una depresión. Traté de huir, razón por la que fui expulsado del cielo con treinta años —debido a la diferencia del tiempo y las horas—, imponiéndome como castigo mi estancia en La Tierra. Si hubiera elegido quedarme en el cielo, mantendría los veintiséis otoños, aunque he de añadir que desde que puse mis pies en el planeta, se anuló la petición mental del cambio de edad, ergo, regresaría al paraíso siendo un treintañero. El lado bueno es que las alas resurgieron cual ave fénix de sus cenizas. Reconozco que no es muy común recuperarlas después de la desaparición de las mismas; el porcentaje de los seres del más allá que vuelven a volar no supera ni al dos por ciento de los habitantes.

Al llegar a la casa oficial, unos guardias custodiaban la entrada. Me miraron, los miré, me preguntaron, les respondí. Vamos, que no me dejaron pasar. Lamentándolo mucho, tuve que abatirlos. Entré al estilo espía, ya que había cámaras de seguridad y más vigilantes durante la noche. Logré colarme con dificultad a través los árboles del recinto. No obstante, siempre quedan cabos sueltos. Me deshice de ellos de manera sigilosa evitando dar la nota. Triunfo asegurado para un plan improvisado. Finalizada la primera parte de la faena, llegué a la sala principal y ni siquiera llamé a la puerta. ¿A estas alturas? ¡Venga ya, hombre! La destrocé con una sola patada. Formé un revuelo que echó por los aires la discreción del principio.

—Vaya, ¿nunca te han educado para que antes de pasar toques al menos dos veces? —cuestionó el organizador de esta cloaca.

—No es mi estilo —respondí encogiéndome de hombros y colocando las manos en los bolsillos.

Dejó de escribir con su pluma y me lanzó una mirada muy similar a la de un zorro.

—No pensé que regresarías. Estoy impresionado, muchacho. Ni mi mejor hombre ha conseguido detenerte —elogió el talento haciendo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Ya sabes lo que dicen, dos mentes piensan mejor que una —saqué la pistola de Karud debajo de la manga sin quitarle ojo de encima.

Dios apretó un botón que se encontraba oculto en una esquina de la mesa, llamando así a unos dieciocho ángeles que aparecieron para acorralarme.

—¿Qué? ¿Tus perros decidieron visitarme? Deberías adiestrarlos mejor, jefe —refleje mi chulería observando con desdén al personal.

Los rifles, las pistolas y escopetas apuntaban a mi cuerpo. Los guardaespaldas como siempre, tan ingenuos y adorables. Daban ganas de arrancarles las extremidades de cuajo. Deliciosa cena para un bebé que en lugar de un biberón, bebería la sangre de estos lambiscones en el recipiente de la muerte: un trofeo que tiene el todopoderoso en su escritorio para alardear de aquellos que iban en su contra y murieron por rebelarse.

—¿Listo para morir, cucaracha? —preguntó riéndose maliciosamente.

—¿Qué te hace tanta gracia, bufón? —escupí su alfombra roja aterciopelada después de responderle con la retórica más evidente de los tiempos.

—Parece que no entiendes tu situación —pronunció en un tono brusco y fragoso—. Arrinconado, sin escapatoria y a punto de morir.

—Aún no he dicho mis últimas palabras —puntalicé.

—Adelante, dilas.

—Quiero morir fuera.

—¿Fuera? —arqueó una ceja con los brazos cruzados.

—Sí.

—Está bien, mis guardias te acompañarán hasta el patio. Allí serás fusilado por atentar contra un político y autoridad pública.

Uno de sus mafiosos me quitó el arma. Permanecí inmóvil, pues sabía que después de todo, la muerte no era tan cruel. Al fin y al cabo, cuando una persona pierde la consciencia, en el fondo es como si falleciera: no se entera de lo sucedido y quienes la rodean sí dan fe de ello. Llegamos a la parte trasera del edificio. Agaché mi cabeza, cerré los ojos y me dejé llevar por la textura del metal helado, dispuesto a acabar con la vida de los que nos pusiéramos en su camino. Rodillas sobre cristales pequeños a la par que afilados que cumplían la función de un suelo —si es que se le podía llamar así— perjudicando la piel a base de cortes. El primer plato de la extinción se asemejaba a un aperitivo codiciado por las ansias de

cualquier sufrimiento esperado.

Las farolas del interior iluminaban tenuemente la fachada. Poco a poco aquellas luces iban tomando un protagonismo ardiente que vomitaba un color más claro en mi rostro.

—Ay, criatura, es una pena que vayas a despedirte del mundo aquí y ahora. Me hubiera gustado seguir jugando contigo, pero... creo que ya tuve suficiente. Di adiós a tu vida.

Segundos antes de jalar el gatillo, la oscuridad se acopló sin previo aviso. Aproveché la sorpresa de los guardaespaldas para atacarlos y continué con el resto, utilizándolos de escudos en el momento que Dios disparaba. Ni las películas de Jackie Chan alcanzaban un nivel tan sangriento como el que viví.

Los perritos falderos caían al suelo unidos, otros agonizaban hasta perecer y yo sólo debía asegurarme de que nadie se levantara para seguir con la tarea. El foco de atención era el tramposo de turno. Intenté luchar dentro de mis límites. Aquel majadero no se rendía, disparaba al aire confiando en algunos poderes. ¡Por el amor de todos los ángeles! Si fuera inmortal, lo entendería, mas sus defectos y las imperfecciones de cualquier humano delataban esa falsa seguridad. Adiós a la munición. Tiró la pistola al suelo sonriendo, haciéndome señales para que atacase primero. El estruendo de las balas provocó que las personas nocturnas desearan averiguar qué sucedía en el combate. La parte trasera actuó del mismo modo que un cuarto oscuro; no podían ver nada. ¿De qué se iban a enterar si los alrededores permanecían ocultos por bayas y plantas? La pelea fue cada vez más carnicera. Pasó de tener un arma de fuego a un athame, pues se rumoreaba que antes de considerarse el titán de la política celestial, solía creer en la brujería, ya que según las habladurías, guardaba una íntima relación con las tradiciones satánicas, motivo por el cual se convencía de que era el mismísimo Satanás en el cuerpo de un adolescente incomprendido. No sé si fue por mis bajos reflejos o el cansancio acumulado, pero Dios consiguió herirme. Aquella lucha sacó lo peor de nuestra enemistad concentrando el ímpetu de dos leviatanes defendiendo un honor perdido.

—Mi cuchillo está lleno de veneno, aunque eso no es razón para alarmarse, ¿verdad, Bob? ¡Hagámoslo divertido! —hacía lo imposible por tentarme—. Consigue tumbarme y prometo darte el antídoto.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunté con la voz entrecortada mientras evitaba que me atravesara.

—Hasta el amanecer, amiguito. Tú verás cómo te las apañas.

Los puñetazos aparecían de la nada. Apenas contaba con unos segundos de reacción para prepararme. Venían a la velocidad del rayo, dejando heridas profundas por el abdomen y un margen invisible que garantizaba las sucias risotadas de mi contrincante. La oscuridad pregonaba a los cuatro vientos una fuerza que se camufló en estas alas negras creando un soplo vertiginoso: ahogué mi silencio entre alaridos mudos con tal de que el susodicho se olvidara del sufrimiento que desgastaba el aguante de la piel. Esquivé los golpes alguna que otra vez, a pesar de que el cuerpo pedía de forma descarada un descanso urgente. El transcurso de los minutos fue espeluznante. Si al mencionado pavor le añadimos la posibilidad de un final inextricable o incluso evidente, ¿qué fichas movería suponiendo que lograra borrar un fracaso demasiado obvio? Mientras tanto, eludía un movimiento tras otro: era eso o fingir un desmayo para atacar por la espalda. Mi orgullo impedía una jugada así de sucia, ya que soy el primero que exige tratos justos. La imagen de Nicole rondando en la cabeza se convirtió en un estímulo ardiente que animaba al desafío final porque jamás diría adiós a este mundo sin despedirme de ella. Traté de actuar al límite concentrando el peso del cosmos en mi mano derecha. Al ver que los puñetazos no siempre demostraban una eficacia magistral, opté por la técnica secreta de los ángeles: el abismo del diablo. Dicho nombre tuvo lugar en la batalla inicial del bien contra el mal. Cuenta la leyenda que antes de que este inservible tomara el poder, existió una divinidad superior a cualquiera de las que el hombre pudiera crear en su mente. Un ser que deseaba terminar con la injusticia llevada a cabo en almas impuras e iracundas. ¿El mejor ejemplo? Mi oponente. Engreído, incompetente y estafador de la ética. Un día decidió pedir de la manera más humana posible que detuvieran la maldad para que el pueblo no aguantara traiciones encadenadas a un falso propósito disfrazado de ayuda. Los siete gusanos aceptaron el trato aprovechándose de su bondad y convenciéndole de un cambio que en realidad no vería. Por eso no me fío de las autoridades, porque en cuanto Tiziano —que así se llamaba el auténtico dios— decidió arrodillarse ante los ciudadanos escribiendo en el suelo con su sangre el fin de aquella guerra interminable, aplicaron “el abismo del diablo” como una trampa que casi lo llevó a la muerte. ¿Motivo por el que no llegó a fallecer? Sencillo. Cuando iban a darle la mano formando un círculo entre todos, él sintió el engaño a través de la energía viva y su instinto, por lo cual, una vez que se percató de ello, tergiversó las intenciones ocasionando que la esencia de sus enemigos se dividiera en dos partes: el lado malo permanecería encerrado en un rincón donde la gente desconocería el paradero de esas personas y el bueno quedaría en tierras de corazones puros. Iré al grano, en términos prácticos sería algo muy parecido a tener un doble, sólo que Tiziano dirigía la vida de cada individuo, aunque fueran dos cuerpos distintos. Así nació lo que actualmente llamamos el bien y el mal.

Utilicé la técnica esperando un resultado maravilloso. Las palmas de mis manos desnudas simulaban el instante en el que ese héroe invocó todo tipo de energía. Cerré los ojos, aposté por la concentración del momento... ¡y lo conseguí! Dios apartó sus sarcásticas contestaciones ofreciéndome un apoyo que agradecí debido al agotamiento, pues empezaba a remarcar hasta en la profundidad de mis ojeras.

—¿Ocurre algo, chaval? —curioseó con la mirada.

—No, señor.

—Voy a pedir ayuda, ¿de acuerdo? Si no lo hago pronto, te desplumarás —me avisó mientras sostenía el peso de mi cuerpo en sus brazos.

Quiero pensar que eso fue lo que sucedió, pues al ver el lucero del alba, noté una pesadez física extrema . Reconozco que apenas sé diferenciar un buen despertar de otro que da grima, lo admito, pero sentí un palpito raro; una sensación que se asemeja bastante al momento en el que te envenenan.

Seguramente mi juicio estaba tan ido que ya ni se esmeraba en apreciar un gesto amable. Dios había cambiado en el último minuto. Él me salvó.

Capítulo 13

Pesadilla de ensueño: ('□□ □')

Las pesadillas eran peor que un grano en la espalda. Mi mente se frotaba las manos cuando proyectaba el pasado de mi salvador. Aparecían los múltiples casos hipotéticos donde su jugada formó parte de un truco desconocido por las lecciones que aprendí, pero yo sabía que no volvería a las andadas.

Nicole inició mi despertar con uno de sus besos senderistas. Los llamo así porque recorren mis labios de tal manera que perderse entre ellos es como caminar por el Monte Corona. Entorné los ojos una vez que me incorporé en la cama, pues no hallaba forma alguna de ubicarme; ni siquiera reconocía el lugar.

—¿Dónde estoy? —exploré de un lado a otro.

—En la habitación de mis padres —respondió ella acariciando mi melena empapada de sudor.

—¿Y qué hago aquí?

—¿No lo recuerdas?

—Acabo de salir de una pesadilla, ¿iqué cojones quieres que recuerde?!

—Oye, relájate, ¿vale? —puso sus manos a la altura del pecho haciendo el mismo gesto que un rehén cuando trata de convencer al atracador de que no lleva nada encima.

—Bájalas, por favor —me lo pidió hablando en un tono conciliador.

—Nick, cuéntame qué ha pasado en tu cabeza. No te voy a juzgar, de verdad, sólo necesito conocer el motivo por el que te has puesto así conmigo.

—Sé que no me señalarías, es que todo esto es siniestro hasta para mí.

—Dijimos que esto era eterno, ¿cierto?

—Así es —asentí con los ojos inundados.

—Y así será. Ven aquí.

Obedecí acurrucándome en su pecho. Esas caricias convirtieron aquella respiración acelerada en una paz capitaneada por su serenidad; gesto que agradecí como día de lluvia en plena sequía.

—Soñé que Dios había escapado —comencé la historia.

—¿Eso es todo?

—No, hay más.

—Sigue.

—En el “sueño” utilizó un truco para escapar. Continuaba con una actitud narcisista, déspota y maligna, así que intenté ir detrás de él, pero parecía estar ciego porque no lograba ver nada. Únicamente divisé algunos puntos negros, y si te soy sincero, ese dato no aclaraba ni por asomo lo que pretendía descubrir.

—Espera, espera, espera... ¿puntos negros?

—Sí. Son técnicas basadas en cegar a tu oponente con una luz demasiado intensa y blanca. Aunque no te incapacita al cien por cien, en ese instante posees un buen margen de escapatoria, suponiendo que desees huir, claro.

—Buen ataque.

—El caso es que el enojo que tenía encima resultaba evidente. Encendí el televisor de su casa y las noticias decían que los ángeles existíamos y que habían venido para quedarse. Dejando a un lado el hecho de que la tía que hablaba me caía mal, comunicaba las cosas en un tonillo sensacionalista que potenciaba la rabia dentro de mí a niveles gigantescos.

—¡Qué exagerado! ¿En serio te molestan aspectos tan ridículos?

—¡No me jodas, Nicole! ¿Qué cara pondrías si oyes todo el rato a una mujer exponiendo teorías que son propias de un adolescente?

—Lo que tú percibes como prensa amarilla, quizás en La Tierra es pura información básica, sin mayor vuelta de hoja.

—Una cosa no quita la otra, cariño.

—Explícamelo mejor, anda.

—Vale, desde el punto de vista de un telediario, el cielo podría ser una realidad alternativa o la razón de disputa entre ateos que nos llaman "chalados con poderes".

—Mmmm, a efectos prácticos... lo de la realidad alternativa pega más.

—Se ajusta a lo que te definí en su momento.

—Correcto. ¡Vuelvo a ganar! —exclamó con los puños en alto.

—¿Dónde ves la victoria?—sonsaqué para que me aclarara el instante en el que perdí.

—Bueno, digamos que es una delicia escucharte sin ver cómo buscas desesperadamente un cigarro en tus pantalones o en la chaqueta.

—Cierto, aunque eso no significa que hayas ganado.

—¿Por qué no?

—El deleite mantiene alejada la sensación del triunfo. Lo que acabas de hacer es apreciar un momento que se sale de mi rutina, pero no existe relación alguna entre el disfrute y la obviedad que mencionaste antes sobre ambos mundos.

—Al menos soy observadora.

—No lo negaré.

—Oye, cuando dormías...

—¿Sí?

—Hablabas en sueños. ¿Qué viste en ellos? No parabas de susurrar unas siglas —se encorvó un poco—. Algo así como K.H.K.A.

—Kill Humans, Kill Angels. Estuve alrededor de cinco horas buscando unos informes en el Caelum. ¿Sabes quién es Carlo Maderno?

—El arquitecto italiano.

—Vale, pues el Caelum, artísticamente hablando, tiene casi la misma fachada que la Basílica de San Pedro con una ligera diferencia.

—¿Cuál?

—Equivale a siete rascacielos en cuanto a altura, mientras que de ancho serían noventa mil metros.

—¿Crees que nací ayer? —inquirió liberando una risita escéptica.

—¿Por qué te mentaría? Es el edificio más grande y antiguo del cielo.

—Al lío, Nick.

—Vale, yo buscaba ese informe como un condenado porque si Dios lo encontraba, destruiría sin piedad a ángeles y humanos.

—¿Y quién lo escribió?

—Él, junto a un proyecto en el que explicaba con pelos y señales cómo deshacerse de todos.

—No entiendo nada. Cuando esos papeles son tan jodidamente importantes, ¿qué pintan en un lugar así?

—¿Recuerdas a la anciana?

—¿La de aquella casa que daba escalofríos?

—Sí.

—¡Como para olvidarme!

—Fue ella. Los ocultó para protegernos de dicho plan.

—Vamos a suponer que lo que me cuentas es cierto, porque no olvidemos que seguimos hablando de un sueño.

—Ajá.

—Imaginemos que consigue exterminar a todo ser viviente y queda satisfecho con los resultados —lucubró mordiéndose la uña del dedo

meñique izquierdo—. ¿Qué haría después?

—Crearía clones con sus mismos poderes o ángeles modificados por él.

—¿No es un poco narcisista?

—¡Qué va, cosas tuyas! —comenté en un tono sarcástico.

—Lo pillé, gracioso.

—Mira, la vieja nos hizo un favor. No nos habría quedado otra que esperar hasta medianoche para actuar, porque si vamos por los policías, siempre te sueltan la mojiganga de cada año.

—¿Acaso no se pueden rebelar por voluntad propia?

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! No, cariño, grábate esto en la cabeza.

—¿Que me grabe el qué?

—Pues que las dictaduras existen para que el ciudadano crea que libertad y coacción son sinónimos. Los ejecutarían en caso de oposición.

—¡Vaya mierda!

Decidí entrar en más detalles contándole que la moción de censura fue provocada por Dios y los rebeldes defensores de la dictadura. La parte donde mencionaba que La Tierra se echaba a perder ya lo sabía hace tiempo, quiero decir, no existe un spoiler más esperado que ese. Por otro lado, la iniquidad actuaba sin vendas, predicando una maldad que iba en aumento, arrebatando vidas de jóvenes inocentes y encarcelando a presidentes honrados que estaban exentos de pecados. Extendí la versión con la esperanza de que llegara el instante en el que Nicole parase de hacer preguntas, pero el consuelo duró poco debido a que su curiosidad crecía a cada segundo.

—¿Por qué no optó por la vía fácil?

—Nena, hacer el mal es lo que tú llamas “la vía fácil”, no lo contrario.

—¡Pero el cielo habría sido un lugar de ensueño!

—¿Un lugar de ensueño? Dime que es una broma, tía. ¿Con un dictador controlando hasta la última flatulencia que te tiras?

—Ya veo que no.

—La historia se repite en innumerables décadas y siempre es lo mismo. Codicia, dinero y poder.

—Te olvidas de una cosa.

—¿El qué?

—Las mentiras. Dios era un fiel amante del "Mein Kampf".

—O un buen idiota.

—¡Oh, y tanto que sí! Admiraba la capacidad de oratoria de Hitler, seguía sus pasos, manipulaba los segundos del silencio, convencía a la gente y creaba un espíritu de guerra basado en falacias.

—¿Y si a lo mejor él es... ? —intentó continuar la pregunta, aunque decidí interrumpirla para que no se montara películas.

—No. Créeme, nos habríamos dado cuenta. Al omnipotente le importa un comino que seas blanca, negra o china, sólo le molesta que no le sigas la corriente.

—Resumiendo, que tiene una actitud de crío maleducado.

—Tenía. Habla en pasado —particularicé elevando gradualmente la voz.

—¡Lo que faltaba! ¿Ahora eres su putita?

—¡¡Cállate, no sabes nada!! ¡Cómo se nota que nunca has utilizado una técnica legendaria para derrotar a tu enemigo! —recriminé mostrando mi enfado.

—Nick, los enemigos no se convierten en amigos de la noche a la mañana.

—Nuestro caso fue distinto —tomé aire para tranquilizarme.

—¿Y nosotros?

—Nos amamos, queremos un futuro juntos y lucharemos por él.

Sentí su desolación a modo de cubo de agua helada cayendo encima de mi cabeza, notando la brusquedad de lo sucedido cuando buscaba armonía, no otra guerra.

—Perdóname, Nicole —rompí a llorar.

—No voy a dejarte. Una discusión no significará el fin de esta relación, ¿vale? —me besó la frente a la par que masajeaba mi pelo desde la nuca hasta la raíz.

—Esto me relaja mucho —sonreí.

—Quizá la situación ha sacado lo peor de ti y crees que es culpa tuya.

—¿Y no lo es? Te he hablado como si fueses tonta.

—Jamás lo he sido. ¿Ingenua? Puede.

—De verdad que lo siento. No volveré a gritarte.

—Eso espero —encorvó la espalda para estirar sus brazos, entrelazando los dedos de las manos con firmeza hacia delante—. ¿Salimos?

—¿A dónde iremos? —la miré extrañado.

—Es una sorpresa, pero antes dime cómo acaba el sueño.

—Convencí a los policías para que sacáramos a la luz los trapos sucios de Dios, llenando la ciudad de papeles esparcidos que claramente formaban parte del proyecto. Un éxito perfecto en todas partes, desde parques, colegios, medios de transporte, supermercados, gimnasios, etc.

—¿Y que pasó después?

—Los ciudadanos se encargaron de él.

—¿Cómo?

—Ahorcándolo. Su cuerpo colgaba de una cuerda de manera frontal sobre la cúpula del Caelum, así que... todos aplaudían y gritaban.

—¿Qué gritaron?

—¡¡No más dictadores, fuera los traidores!!

—Entonces, ¿ahí termina?

—No. El fin llega cuando vivo la misma sensación que al principio. Alguien me empuja y caigo en el planeta Tierra.

—¿Dónde te encontrabas?

—En el Punto Inicial 1. En teoría con el camino de nubes no tendría que ocurrir eso, dado que la intención principal era regresar a casa. Añádele de paso que la cara de mis padres fue el último recuerdo que vi antes de precipitarme sin saber el porqué.

—Curioso y espeluznante.

—¿Por?

—Casi nunca me hablas de tus padres.

—Lo sé. Tampoco comprendí cuál era el motivo de tal aparición, pero no podemos esperar demasiado de mi mente. El lado positivo es que estaban felices, puesto que murió la dictadura.

—¡Genial! Pues ya que la historia se ha acabado, nos vamos a comer a The Daily Catch?

—¿Celebramos algo especial?

—Sí, que sobreviviste en la pesadilla.

—¡¡Ja, ja, ja, ja, ja!! Nadie ensalza los sueños de esa forma, granujilla. Lo que importa es mi vida en este mundo contigo.

—No te arrepentirás, hazme caso.

—Confío en ti. ¿Quién mejor que tú para las elecciones complicadas? Por cierto, ¿has visto a Shadow?

—En la planta de abajo descansando un ratito.

Nicole me ofreció un traje de su abuelo que guardaba en el armario de su padre para las ocasiones repletas de júbilo. Saludé a la perrita, le di unos

mimos enormes y con la misma nos dirigimos a aquel sitio. Reconozco que el marisco que servían tenía una pinta deliciosa, además de estar riquísimo. Mientras charlábamos, una mano se posó en mi hombro en mitad de la conversación. Ella supo quién era y yo también.

—Hola, Pitt —decidí saludarlo.

—Buenas noches a los dos.

—¿Desea algo, caballero? —preguntó uno de los camareros del restaurante esperando una respuesta rápida.

Se levantó de la mesa con sumo cuidado y le dijo que no. El exnovio de Ni inspiraba cierta desconfianza por su carácter rudo e intimidante. No obstante, me dio la impresión de que esta vez no pelearíamos, a pesar de transmitir la vibra opuesta a quien sólo detectara en aquel grandullón un posible pleito.

—Vi a mis amigos y pasé por aquí para saludarlos. No se preocupe, señor, todo marcha bien.

El joven cerró su cuadernillo y asintió con la cabeza permitiendo ver una sonrisa educada. A nosotros sólo nos faltaba pagar la cuenta, sin embargo, Pitt le comentó al trabajador que de eso se encargaría él. No dábamos crédito.

—¿Qué mosca te ha picado, tío? —cuestioné ese gesto.

—¿No te han invitado nunca, Nick? —dejó caer una palmada de colegas en mi espalda.

—Considerando el percance que tuvisteis hace relativamente poco, veo normal que dude de tus intenciones —remarcó Nicole.

—Escuchadme, por favor. Antes de que penséis que la gente no puede cambiar, comenzaré por una palabra muy sencilla.

—¿Cuál? —indagué.

—Perdón.

Mi novia me miró de reojo en el momento que Pitt cogía la cremallera de su chaqueta con cierto nervio por miedo a que no quisiéramos escucharle, pero si nos poníamos tiquismiquis, ¿quién presume de un pasado sucio? Nadie. Salvo que hablemos de yonquis o psicópatas, la mayoría de la gente termina cambiando desde que ve la oportunidad de hacerlo, y aunque en el fondo seguíamos impresionados por el valor que sacó para la disculpa, no le quitamos el mérito de haber iniciado esa nueva etapa en su vida con nosotros dentro de ella.

—Veamos, yo... yo nunca debí meterme en vuestra relación ni tratarte como te traté en aquella pelea, Nick —su respiración se aceleraba.

—Tranquilo, respira hondo, ¿sí? Estamos contigo —procuré consolarlo.

—Descuida, voy bien, es que... dios, como se nota que no me acostumbré jamás a esto —expresó recuperando la naturalidad de la conversación—. Volviendo al tema, yo me quedé unos diez minutos observando desde fuera el amor que no me atreví a darte y te merecías, Ni. Al principio sentí unas ganas inmensas de empezar de cero hasta que me di cuenta de algo importantísimo.

—¿De qué? —esperaba impaciente su respuesta.

—Pues que la manera en la que lo miras dice más de tu felicidad que del rencor acumulado dentro de mí en años.

—Bueno, ella y yo también hemos pasado por muchas cosas juntas en poco tiempo. Parece una bobería, pero eso hace lo suyo cuando las dudas se meten en la cabeza y el miedo te corroe.

—¿Qué me vas a decir a estas alturas que ya no sepa siendo el gilipollas que no acierta ni una con las chicas? —atacó su propio ego con palabras hirientes.

—Tampoco es necesario que asumas eso, Pitt. Nosotros en realidad no somos nadie para juzgar, iy menos con la de veces que hemos visto que las apariencias engañan!

—Es que de verdad que lo siento, chicos, no lo digo por decir.

—Lo sabemos. Es un sentimiento que se te nota en la cara —añadió Nicole.

—Va en serio, hacéis una pareja increíble, y aunque una invitación improvisada no compensa todo el malestar ocasionado, necesito pediros

algo.

—¡Por supuesto! —le animé.

—¿Podríamos ser amigos? —requirió con timidez.

—Claro, chico, ¡haber empezado por ahí! —exclamó ella brindándole un abrazo amistoso.

—¿Amigos? —me ofreció su mano.

—Eso está hecho —estreché la suya.

—¡Muchísimas gracias, joder! La noche es increíble para dar rienda suelta a un nuevo comienzo.

—Y el día no pudo acabar mejor, Pittie —solté un mote instantáneo que desencadenó en una risa revoltosa.

—¡Oh, no, ya lo que me faltaba es que tu adicción a los pitillos la uses incluso para llamar así a los colegas! —protestó mi pareja.

—¡Venga ya, tía, que los dos somos fumadores! —se excusó con tal de dar paso a una risotada—. Fuera coñas, ya que vamos a poner seudónimos, ¿con cuál te identificarías, chico?

—Suelo llamarlo Nick —puntualizó Nicole.

—Ya lo sabe, cielo, pero sí que hay uno que me define.

—El que más te guste —señaló Pitt.

—Llámame Alas Negras.

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

iMensaje por parte del escritor!

iHola, muy benas! Decir que No tenía pensado hacer una segunda parte y concluir la historia dejando que "Dios Muera", Pero luego pensé que tal vez sería más divertido si "Dios" se escapase y se tranfromase en un humano promedio, escondido en cualquier parte del mundo, así podría hacer una dualogía y conlcluir de una vez por todas este libro, así que al final habrá segunda parte, me siento complacido por haber sido capaz de terminar mi primer libro, por otro lado, tengo claro que este libro tiene más faltas de autografía que Benito Carmela, así que es posible que lo corrija, por otra parte, No esperéis que los capítulos estén corregidos lo más rápido posible, ya que me gusta tardar y a su vez me gusta mejorarlos cambiando y quitando cosas. Eso sí, dejando el mensaje original intacto, así que, espero que os haya gustado tanto como a mi crearlo. Antes de despedirme decir que este libro fue escrito por casualidad y que, sinceramente no pensaba que lo acabaríaun día como hoy 24/06/2019. Así que nada, sed pacientes, ya iré corrigiendo el libro según disponga de tiempo. iiiMuchas gracias a todos por su colaboración, a los lectores fantasmas y a los no tan fantasmas! :33

Capítulo 18

La nueva vida:

Como el anticristo, sus alas se perdieron en un profundo negro azabache, colapsándose y cayendo, dejando así de brillar. En aquellas pupilas el reflejo mostraba la peor de todas las expresiones; él ya no era nada, tan sólo un sucio y mefítico humano a quien denominaron Nick. Ese corto y oscuro cabello caía en cascada cubriendo sus cejas lisas a la par que oscuras. Ojos pálidos y marrones cuyo temor absorto fue dibujado por la angustia subyugada en la piel. Sacudió las mangas del traje negro que llevaba puesto y con paso firme, se dirigió a la lápida donde estaban escritas sus iniciales: [□ □ □] (Bong-Min-San.) Quedó sorprendido al observarlas con detenimiento. Si aparecía ahí, ¿cómo es que sentía de todo menos la muerte? Comprendió que se encontraba vivo, tanto que incluso desconocía el motivo de un origen ciego. Agarró su macuto para dirigirse al hostel más cercano. Allí pidió un vaso de bourbon, se lo bebió de un trago y salió a la calle. Del bolsillo de su indumentaria sacó un mechero con inscripciones en un idioma desconocido, el cual encendió a la par que sacaba el cigarro. Al fumarlo, miró hacia la luna viva y llena por aquellas tonalidades blancas difuminadas en un gris suave. Guardó ese trasto de aspecto clásico en un lado de la chaqueta, decidido a mantener la calma en todo momento, se sentó en la acera sonriendo de oreja a oreja. Una chica que pasaba justo al lado lo observó extrañada.

—¿Puedes ayudarme, nena? —detuve a una muchacha que pasaba por allí con una sonrisa en los labios.

Tampoco pretendía parecer un acosador. Intenté hablar el horrible idioma de los humanos: el tedioso y cansino inglés.

Hizo un pequeño esfuerzo por comenzar la conversación. La chica optó por reírse y aceptó sin contemplaciones. Sus ojos normales decían más de lo que nunca nadie había expresado. La estampa de esos labios dulces, pero pequeños, callaban y esbozaban constantemente una mueca exigua.

—¿What's your name? —preguntó ella para saber mi nombre.

—My name is Nick and I'm from Paris —respondí inventándome la procedencia.

Las manos de la joven agarraron mis hombros. No parecía estar muy

borracha, aunque desprendía un fuerte olor a alcohol.

—Me llamo Nicole, soy de Londres. Nice to meet you.

Sus encantos hacían de cada gesto una dama atractiva, y eso era algo que a mí personalmente me gustaba. Bueno...dentro de lo que se podía. No estoy en contra del consumo de bebidas alcohólicas por parte de las mujeres, pero sí que limita bastante la probabilidad de encontrar ayuda si lo que tienes es prisa.

—Si no es mucha molestia, ¿podría venir conmigo? —sugerí intentando ser amable en la medida de lo posible.

—Ponte en mi lugar. No te conozco de nada, llevo un par de copas encima, tampoco sé qué quieres de mí, ¿y pretendes que te haga un favor?

—¿Acaso tengo más opciones, chica? Mírame. Si pudiera elegir, ni te habría molestado.

—¡No, joder, deja de hacerme sentir mal! —elevó la voz.

—Mi intención es muy distinta.

—Sí, claro, eso dicen todos —hipó mientras intentaba mantenerse en pie.

—¿Pistantrofobia?

—No me gusta el alpiste, pero gracias.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! La pistantrofobia es el miedo a volver a confiar en alguien. Normalmente se asocia ese temor a experiencias pasadas. ¿Pensabas que significaba "rechazo al alpiste"?

—Sorry, okay? I didn't know it, smart aleck.

La chica fue hasta donde él había aparecido. Es posible que se debiera a su estado de ebriedad, ya que una persona normal, por lo general, desconfía. Allí le explicó detalladamente lo sucedido. A pesar de la incredulidad que mostraba en aquellos gestos, le siguió la corriente pensando que así podría acabar cuanto antes.

—Lo más seguro es que no me creas, pero acabo de caer del cielo.

—Ya, claro. ¿No será que a lo mejor te diste un golpe en la cabeza y ahora estás delirando?

—¿Crees que miento? —pregunté desesperado.

—No te he llamado mentiroso, patán, sólo planteé una opción que ni has tenido en cuenta. Además, no es para sentir vergüenza, los delirios son muy comunes —aclaró.

—¡Ahora mismo tú podrías ser presa de uno!

—Beber alcohol aporta muchas cosas buenas.

—¿Por ejemplo?

—Te convierte en alguien agradable, apuesto, con iniciativa y sin miedos.

—Llevas sin fiarte de mí desde que empezamos a hablar, de ayudar ni hablemos, ocultas tus temores en la bebida y para colmo consideras que la subjetividad relacionada con la belleza depende de un vicio —revelé lo que pretendía esconder a través de esa seguridad de cristal—. Divertirse es bueno siempre y cuando conozcas los límites.

—Certainly, darling —me pegó un pisotón en el pie derecho con su tacón de aguja.

—iiiiJoder!!!! ¿¡A qué ha venido este ataque!?

—¿Nunca te han dicho que es de mala educación opinar sin saber? —trató de hacerme entrar en razón.

—Me ciño a los hechos.

Lanzó un escupitajo en mi cara, el cual resbalaba lentamente mostrando

sus refinados modales. ¡Vivan los hipócritas!

—¿¿¿Qué sabrás tú de mi vida??!! —berreó acercándose de forma amenazante.

—Tu nombre es Nicole Schaffer y eres de Shirley. Vives por el “Bulevar de La Discordia”. A los diez años tuviste un cocker spaniel que sacrificaron tus padres por una enfermedad que iba de mal en peor. Fuiste al Rhapsody High School donde encontraste a personas que se burlaban de tu aspecto hasta que alcanzaste los dieciocho. Rechazabas a la gente porque sabías de antemano que la superficialidad era puesta por delante, aun ofreciendo una mano amiga en cualquier momento duro. Querías estudiar Medicina, pero algo dentro de ti llamó tu atención y acabaste graduándote en Farmacia. Al destacar académicamente, conseguiste trabajo pronto. Bebes demasiado alcohol porque intentas evadir el pensamiento de una expareja tóxica que te metió en la cabeza la idea de que no servías para nada. A veces sueñas con un pasado que no te deja dormir, por lo tanto, prefieres la soledad como método de autoconocimiento, aunque tampoco lo pasas mal disfrutando en sociedad.

—Vale, genio, ahora sí que me estás asustando —retrocedió progresivamente.

—Da igual, ya encontraré la manera de resolver este embrollo. Siento haberte alarmado.

—¡De acuerdo, te ayudaré! —exclamó.

—Dame tus manos.

—No las necesitas, a menos que ansíes transportarte mágicamente, pero la gente normal recurre a un taxi cuando tiene mucha prisa por llegar a algún sitio —explicó con una pedantería insoportable.

—Mis visiones no suelen fallar, si es lo que te inquieta —añadí poniéndome a su nivel.

—¿Cuál es el plan?

—Necesito buscar un nombre.

—¿¿Eso es todo??

—Si dejaras de estar a la defensiva cada vez que trato de explicarte las cosas, quizás a estas alturas ya hubiéramos descubierto una pista.

Resopló ofreciendo sus manos como señal de arrepentimiento, las coloqué entre las mías y mi concentración empezó a hacer efecto pasando por el

instinto, que aún contaba con los poderes justos para averiguar ciertos detalles que mirando a mi alrededor serían imperceptibles.

—Ahora cierra los ojos, por favor —indiqué dándole un toquecito con mi dedo índice derecho.

—De acuerdo —obedeció.

Resultó sorprendente su compromiso porque en el poco tiempo que llevaba conociéndola me demostró que cuando la participación se activaba, los objetivos salían a pedir de boca.

Nicole sintió un escalofrío punzante en toda la espalda. Inspeccionaba el lugar con sus ojos revoltosos tratando de ubicarse para decirme dónde estábamos.

—¿Y bien?

—Creo que estamos en el Cementerio del Este de Highgate —musitó contemplando el monumento de Karl Marx.

—Avísame cuando no te quedes pasmada admirando el destino final de un comunista.

—Como si hubieras leído a Engels o Marx.

—Entiendo que tú sí.

—Tanto si lo he hecho como no, es mi problema. Hemos venido para ayudarte a buscar alguna pista, así que deja los putos prejuicios a un lado.

—Pareces una dictadora.

—Tú tampoco te quedas corto, listillo.

Merodeamos por la zona hasta encontrar una tumba mohosa y descuidada. Tuvimos que acercarnos a la lápida para ver —con mucha dificultad— el nombre del fallecido, porque parecía que las esquinas habían sido roídas por un ratón gigante.

—Aquí pone Sir Juno-Klaus Pennington, 1936-2009 —leí en voz alta.

—¿Quién es ese tal Pennington?

—¿iY yo qué coño sé!?

—¡Contéstame bien, niño! —protestó dándome un empujón en el brazo derecho.

—¿De qué vas, tía? ¿Eres tonta o te pagan por ello? —me defendí.

—¡Céntrate de una vez, que esto es por ti, yo no salgo ganando nada a cambio!!

—¡Cómprate unos modales, estúpida!

—¿Y me darás tú el dinero para algo que no está a la venta?

Seguimos peleando de la manera más absurda posible, mas un pequeño sonido que provenía de la vegetación llamó nuestra atención. ¡Bendita oportunidad! Me daba igual si se trataba de un monstruo o cuatro vampiros. Con tal de parar al menos un par de segundos, todo era válido.

—No morí porque tenía alas.

—¿Crees que Klaus pudo ser un ángel que te empujó desde el cielo?

—Lo dudo. Allí casi todos nos conocemos, y si no fuera el caso, poco tardaríamos en encontrarnos.

Ella se sentó en el suelo esperando mi compañía. Las mujeres son increíbles, con una mirada destruyen o fortalecen. Imaginaba a la señorita Schaffer de una forma menos masculina en cuanto a temperamento, pero tampoco quita lo irresistible que resultaba cuando su mala leche se derramaba en algún desacuerdo. Agarró mi brazo de un tirón y me caí.

—Habría sido muy desagradable visualizarte con las tripas convertidas en un batido de carne asquerosamente pegajoso —dijo limpiándose con las manos la base de su tacón.

—Oh... what a pity, baby! Should I think I'm important for you when it

isn't true? —cuestioné su preocupación a raíz del sarcasmo.

—A veces das pena, chico, y por cierto, tu inglés es muy chistoso. Digamos que es la parte más graciosa del proceso de ayudarte.

—Manejo bien el idioma, créida. Piensas que eres mejor que yo porque juegas con ventaja siendo nativa, pero habría que verte hablando en coreano.

—Mucho es que haya aprendido inglés y español desde pequeña.

—Cosas del colegio.

—En realidad es por mi familia. Mi padre nació en Madrid y mi madre en Londres.

—¿Y de quién heredaste ese carácter? ¿De algún animal? —expresé conteniendo la risa.

—No lo sé, a lo mejor de ti.

—No soy tu canguro, niña, aunque tampoco me veo siendo tu padre.

—Ni yo tu hija, pero quizás en un universo paralelo vivo encerrada en un castillo custodiada por un dragón malvado educado por tu estupidez.

—Menos mal que la trama ha variado un poco, icasi pienso que hablabas de esa película llamada Shrek!

—Te veo demasiado familiarizado con La Tierra.

—¿Por?

—Porque no me digas que ves normal conocer una peli tan famosa como la que acabas de mencionar sin haber puesto un pie aquí antes.

—Lo es debido a una razón muy simple.

—¿Cuál?

—Estudia a fondo lo desconocido y dejarás de contemplar el mundo como un extraño.

—No te ofendas, pero fui yo la que supo identificar este lugar, no tú, y menos cuando se supone que deberías estar al tanto según lo que me cuentas.

—¿Quieres que te premie por ello? —pregunté evitando que el cigarro que iba a encender cayera sobre mis pantalones.

Nicole sostuvo la cabeza sobre sus manos heladas y delicadas. Sentía que el pecho le iba a explotar de lo ansiosa que estaba, pues quería contestarme, pero no soportaba la idea de admitir que nos encontrábamos en una situación compleja.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora, Nick?

—Me gustaría responderte de una manera sencilla.

—¿Cómo es que esta lápida es el único aporte que tenemos para averiguar lo que necesitas saber?

—Porque en mi mundo las referencias así suelen basarse en una serie de datos dispersos por los alrededores y una vez que los unimos, al menos damos con ciertas partes importantes.

—Nuestros mundos no son tan distintos. La policía hace prácticamente la misma labor que describes.

—Sí, pero dile a un agente que has visto a un ángel caído pedir ayuda debido a su mala orientación y que la única pista se resume en la lápida de un tipo que ni siquiera conoce. ¿Te creerían? Ya te digo yo que no.

—¿Y si a lo mejor es un antepasado tuyo?

—Tengo rasgos asiáticos, no londinenses.

—Las adopciones existen.

—Sé lo que significa adoptar.

—¿Y bien?

—No es ningún familiar, Nicole.

La esencia del enfado comenzó a despertar en el rostro de la muchacha. Se levantó rápidamente y corrió hacia la salida del cementerio.

—¡Para, joder!

—¡Vamos, sígueme! —anunció de manera agitada a lo lejos.

Nota del autor:

¡Holaaa! ¿Qué tal estáis? ¿Qué os ha parecido el primer capítulo? ¿Os gustó? :)

Pd 2: Gracias por leer, Os leo a vosotros (vuestra opinión) :3